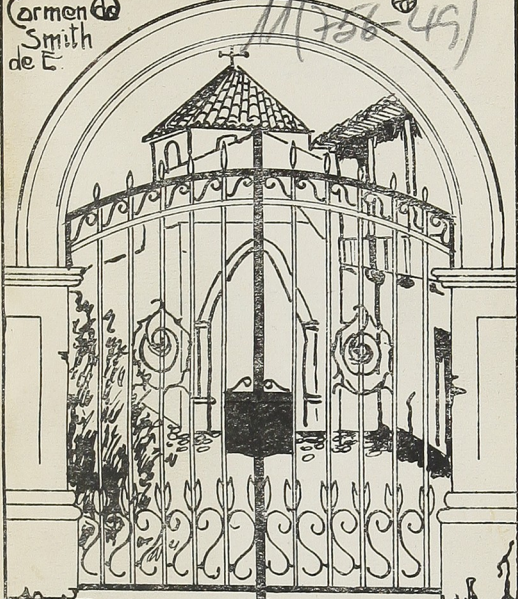


Carmen de
Smith
de E.

M 756-49



MIS MEMORIAS



CARMEN SMITH DE E.

MIS MEMORIAS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA "EL IMPARCIAL"

San Diego 67

FRANK SMITH OF A.



UNIVERSITY OF CHICAGO
LIBRARY

1955

DEDICATORIA



Señora Rosaura Canales de Smith Sra. Carmen Smith de Espinosa

A mi santa madre dedico estas memorias de mi vida. Su recuerdo va regado con lágrimas de ternura y del más puro amor.

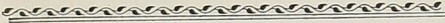
Madre sublime, sufriste por tus hijos desde antes de que viésemos la luz; más tarde los acerbos dolores soportados por ellos con santa resignación; todo, en fin, me hace evocar tus virtudes, tu abnegación de esposa y madre amante y esperar con fe en el alma reunirme pronto contigo en el Cielo.

Tu hija,

CARMEN.

BIBLIOTECA NACIONAL





INTRODUCCION

Pido benevolencia a las personas que lean estas Memorias, pues han sido escritas sin ninguna preparación literaria. Animóme a escribirlas, el muy noble y bondadoso señor y amigo, don Darío Ovalle Castillo, quien me decía que no carecían de interés los variados acontecimientos de mi vida y que los relatase tal como hablaba, sin pretensiones de amoldarme a las reglas gramaticales y de literatura.

No dejo de reconocer que ha sido demasiado atrevimiento de mi parte al publicarlas, y sólo podrá servirme de excusa el natural deseo de subsistir de algún modo después de mis días.

Sé, pues, indulgente, benévolo lector, y no te detengas a considerar la mayor o menor valía de los hechos relatados y de la personalidad de la que escribe.

Al mismo tiempo, cumplo gustosa con el deber de hacer presente mi más sincero agradecimiento, por la generosa ayuda y facilidades dispensadas, a los señores Augusto Ovalle Castillo y Oscar Barrios, propietarios del prestigioso diario "El Imparcial", en cuya imprenta han sido editadas estas Memorias que lanzo al mundo con la esperanza de que no mueran y les den vida sus benévolos lectores.

CARMEN.

M I S M E M O R I A S

(Los recuerdos de varias épocas de mi vida vienen en tropel a mi memoria. Con razón Santa Teresa de Jesús llamaba a la imaginación "la loca de la casa".)

INFANCIA

Tenía yo dos años y medio. Toda la familia pasaba el verano en la Hacienda de Comalle, de la que era dueña la bisabuela o mamita, como la llamábamos sus biznietos, doña Mercedes Trucíos y Larraín de Irisarri. Andaba yo por el corredor de la casa, a la siga de mi madre. Llevaba puesto un delantal de mi hermano mayor, que me quedaba grande, largo. Iba llorando. Pedía a mi madre me diera de comer, restregábame los ojos como hacen los chicos cuando lloriquean. No veía bien, me enredé en el delantal y caí. Mi frente se estrelló en la solera de uno de los pilares. Me levantaron chorreando en sangre y llorando sin consuelo. Una de mis tías estaba casada con un doctor español, y éste me curó la herida y me vendó la frente. Primer recuerdo de infancia que está fresco en mi memoria, tal vez porque aun conservo la cicatriz.

El día que me golpeé, la familia iba a almorzar a un paraje pintoresco de la hacienda, al sitio llamado la Quebrada del Guindo. Junto a un cerro cubierto de vegetación,

el agua cristalina deslizábase por la quebrada. Por entonces, los paseos en el campo hacíanse en carreta y a caballo. Mi madre me llevó acostada en su regazo. Estuve muy contenta en el paseo y no volví a acordarme del golpe.

Otro recuerdo imborrable remonta a mis tres años. Estábamos en Santiago. Una pobre vino a casa a pedir limosna y su cara me hizo una impresión terrible: le faltaba la nariz. La más joven de mis tías, al verme tan asustada, me dijo: "A esa infeliz Dios la castigó, por desobediente con su madre. Por eso se le cayó la nariz..."



Señora Mercedes Trucios y Larraín de Irisarri

Algunos días más tarde, habiendo desobedecido, sin duda, a mi madre, comencé a gritar y a llorar, a la vez que decía: "¡Se me cayó la nariz; se me cayó la nariz...!" Al oír mis gritos, vinieron todos los de la familia. No hubo

forma de convencerme de que tenía la nariz en su lugar. Vino también el tío médico, quien me tomó en sus brazos y llevome a su escritorio. En una mesa había una bandeja con piñones. Al verla, dije al tío: "Tío lindo, póngame un piñón aunque sea en vez de nariz". "Bueno, niña, quita las manos de la cara..." Obedecí, el tío tomó un piñón, me lo puso entre los ojos, llevome frente a un espejo y, al mirarme, quedé convencida de que el tío me había reemplazado la nariz...

En el verano volvimos a Comalle. A mí me encantaba jugar con los animales chicos. Sobre todo con los puercos nuevos. No había forma de sacarme del corral, junto a los chanchitos... La misma tía bromista pasó por ahí con una amiga, Elena Gazmuri de Estévez, a la cual dijo de modo que yo le oyera; "Vámonos de aquí, porque este olor a chanchos hace caer las narices..." No necesité oír dos veces lo mismo para nunca volver al corral.

Tendría poco más de cinco años. Mi madre lloraba y yo me afligía mucho cada vez que la veía triste. "¿Qué tiene?"— le dije. Y ella me contestó, con honda pena: "Mi madre querida se fué al Cielo. No la veré más aquí en la tierra". Yo quedé muy impresionada, porque en casa se hablaba siempre de la abuelita, que vivía tan lejos y a la cual debíamos querer mucho... Mamá recordaba el viaje de la abuelita, desde Chillán, a conocer a sus nietecitos. Vino en diligencia hasta Curicó. Desde ahí en tren a Santiago. Mi hermano tenía dos años y medio, yo uno, y la abuelita nos quiso con ternura, nos colmaba de cariños, según cuentan, y tuvo mucha pena al dejarnos...

No conocí abuelita, pues de ésta no me acuerdo, y la madre de mi padre, murió dos años antes de mi nacimiento. De la bisabuela o mamita, como ella nos enseñó que le dijéramos, conservo, en cambio, muchísimos recuerdos.

Mi madre me llevaba al dormitorio de la mamita a darle los buenos días. ¡Cómo veo de bien su cuarto! Catre de bronce con pabellón, cubierto de cortinas de brocato car-

mesí. Sentada en la cama, apoyada la frente en la mano izquierda, y lista en los dedos de la derecha, la narigada de rapé. Rezaba con hondo fervor, a la vez que sorbía... Otras veces la encontraba tomando mate. Vuelvo a ver la confitera de plata, en que se guardaba la yerba, el azúcar tostado, cáscaras de naranja, chanco y otros mixtos que se fundían en el mate.

Al abuelito paterno, que era inglés, lo quise mucho. Lo llamaba "taita", por pedido suyo. ¡Qué bueno era! Mientras duró la ausencia de mi padre— que fué a Europa a perfeccionar sus estudios de pintura,— el "taita" corrió con todos nuestros gastos. En cuanto a mi padre, éste se radicó durante cuatro años en Florencia.

Nuestras oraciones de la mañana y de la noche eran pidiendo por la salud del alma y del cuerpo de nuestro papá ausente. También pedíamos su pronto regreso... Cuando mi madre se acercaba por las mañanas a nuestras camas, decíanos: "Levántense, hijitos, a alabar a Dios. ¡No oyen a los pajaritos, que desde el amanecer alaban al Señor con sus trinos y gorgoros?... Hay que imitarlos..." Y nos enseñó un himno que hasta la fecha rezo al despertarme:

En este nuevo día
gracias te tributamos,
Oh Dios Omnipotente,
Señor de lo creado.

Tu divina clemencia
se ha dignado sacarnos
del horror de la noche
a la luz del sol claro.

Lleno está de tu gloria
todo el vasto teatro
del mundo y cuánto existe
es obra de tu mano.

Por tí nacen las flores,
y reverdece el campo,
los árboles dan frutos,
y el sol nos da sus rayos.

Alábante en las ramas
los pájaros ufanos
y en el agua los peces
cantan tu nombre santo.

Dirige, Dios inmenso,
y guía nuestros pasos,
para que eternamente
tu santa ley sigamos.

Nos hacía rezar de rodillas, las manos juntas...

Imposible olvidar las máximas sublimes que nuestra madre trataba de grabar en nuestras almas.

El mismo año en que murió la abuelita, madre de mi madre, regresó mi padre de Europa. Yo estaba en Comalle con la mamita y la tía soltera. Mi madre y mi hermano, en Santiago, acompañando al abuelito. Mi padre llegó de sorpresa y a los pocos días vino a Comalle a vernos. Yo no me acordaba de su fisonomía y experimenté una felicidad inmensa, una especie de engreimiento delante de él, pues tenía padre y madre! Ese invierno lo pasamos en el campo. Felices mi hermano y yo. Cada cual tenía su perrito. El mío se llamaba Piluncho. Chiquito, lanudo, blanco, mezclado de café, cubiertos los ojos por la lanita, todos lo hallaban feo, pero yo lo hallaba lindo. Lo bañaba para que estuviera siempre hermoso y lo cuidaba como si hubiera sido un niño... El de mi hermano era un perro pelado, plomo, obscuro, de piel parecida a la de los elefantes. Pequeñito, de orejas abiertas adornadas con moños de cinta. Se llamaba Futre, y era objeto de cuidados particulares en cuanto a aseo, porque era el calentador de

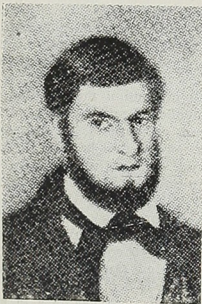
nuestros pies cuando nos acostábamos... Vivíamos contentísimos mi hermano y yo y los hijos de los inquilinos nos querían mucho. Nos regalaban pajaritos y así jugábamos con zorzales, tordos, tencas, loicas, diucas y cherecanes... Había en la hacienda otro perro, feo, grande, que se llamaba Cuitiño, como un conocido de la familia. Estando en Santiago, vino a casa de visita una señora amiga de la mamita y en seguida preguntó: "¿Cómo está Cuitiño?..." Yo me adelanté a contestar: "Siempre en Comalle y cada día más feo... Nunca lo hubiera dicho: la tía soltera, que estaba a mi lado, me atestó un pellizeco y me abrió los ojos tan grandes... La señora preguntaba por el señor Cuitiño!

Al poco tiempo de la llegada de mi padre, vino una hermanita. Yo la trataba como a una muñeca viva.

La menor de mis tías contrajo matrimonio con un caballero español, distinguido. Al principio quedó viviendo en casa de la mamita, donde vivíamos nosotros. Luego separaron domicilio y la mamita pasó a vivir con ellos. Nosotros quedamos con el taita. Este arrendó una casa muy grande en la calle del Dieciocho, con puerta falsa para la calle San Ignacio, y la del tío estaba en San Ignacio esquina de Alonso Ovalle. Eramos vecinos... Mis tíos tuvieron la desgracia de perder a su primera hijita y resolvieron viaje de distracción a Europa. Cuando estaban en los preparativos del viaje, aconteció la muerte del bisabuelo, el cual había vivido separado de la mamita largos años.

El bisabuelo, don Antonio José de Irisarri, era guatemalteco. Vino a Chile muy joven, después de recorrer las dos Américas. Hijo de un comerciante español rico, éste le dejó de albacea y llegó a Chile a imponerse de algunos negocios de su padre y a conocer a cercanos parientes con que sabía contaba. Luego de llegar a Santiago visitó a los primos y conoció a una hija única, dueña de pingüe fortuna, bonita y bastante educada para una época como aquella en que las señoritas no sabían leer ni escribir

y sólo algunas sabían firmarse. No es raro, pues, que el joven guatemalteco se prendara de esta prima excepcional y se casaron. Radicados en Santiago, él tomó parte activa en la Independencia de Chile. En muchas ocasiones triunfó; en otras fracasó, como acontece a los hombres dotados de inteligencia extraordinaria. Por cuestiones políticas se ausentó de Chile y cuando pensaba regresar al seno de los suyos, le sorprendió la muerte. ¡Qué tristes serían sus últimos momentos, alejado de su patria y de la de su adopción! “No quiero morir lejos de ustedes!” decía en la última carta recibida por la mamita. Ella abrigó siempre la esperanza de reunirse con su esposo y sufrió tanto con la noticia fatal, que recuerdo cómo arrancaba sus canas, entregada a hondo dolor. (Episodio es éste, el de arrancarse los cabellos blancos, que me hizo fuerte impresión).



Don Antonio José de Irisarri

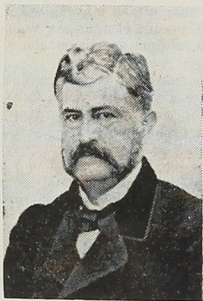
Con motivo del viaje de mis tíos a España, la mamita volvió a vivir con nosotros, lo que no hizo pizca de gracia al taita, que tendría, tal vez, algún resentimiento con su suegra. Parece que le oigo cuando dijo a mi madre: "Ella entra por San Ignacio y yo salgo por Dieciocho". Diecho y hecho...

Triste fué para mí la separación del taita. Fuí su compañera desde pequeña, siempre me llevaba de paseo y varias veces de visita a casa de una señora... Por el camino me prevenía: "No vayas a decir que te he traído a esta casa". A mí me gustaba mucho la señora, que era viuda y tenía una hija. Ambas eran muy cariñosas y me dejaban hacer cuanto quería. Garabateaba en el piano, persuadida de que tocaba muy bien, y pintaba bigotes a los retratos de los álbumes... De regreso del paseo, la tía menor, aun soltera, me preguntaba: "¿Te llevó de visita a alguna parte mi padre?" Yo guardaba silencio, pero ella me sacaba de mentira verdad: "Yo sé que fueron donde la señora tal". Creyendo que ella en realidad sabía, yo confesaba que sí y los ánimos se agriaban. Luego que el taita se separó de nosotros, contrajo matrimonio con la señora del cuento.

No se quedó la familia mucho tiempo en la casa de la calle del Dieciocho. Resultaba cara para mi padre, pues los niños habíamos aumentado: ya éramos cuatro. Arrendamos otra casa, esta vez en la calle de la República. Calle recién formada, sola, retirada. Frente a las casas había una gran quinta, de dos cuadras, cuyo frente miraba a la Alameda de las Delicias. Era la quinta Meiggs, que se conserva igual a cuando se edificó, excepto los jardines y huertos de entonces, que se convirtieron en suntuosos edificios. La mamita no estuvo nada contenta con el cambio, pues no le gustaba vivir tan lejos del centro, y la casualidad me acercó a la vez del taita. La Legación Inglesa se había trasladado a una casa vecina a la nuestra. El taita era el Secretario del Ministro al propio tiempo que Cónsul

de Inglaterra, y todos los días venía a la oficina. Yo esperaba sus salidas, corría a su encuentro cuando lo divisaba, abrazábame a sus piernas, alzábame él en sus brazos, besábame con ternura y terminaba por darme invariablemente un escudito de oro.

Recién nos cambiamos a la calle de la República, la mamita fué a pasar el verano a Viña del Mar y me llevó con ella. No conocía yo el norte y nunca había visto el mar. ¡Qué perspectivas tan grandes me ofrecía la idea de este viaje! En todas las estaciones del trayecto la mamita fué comprándome comestibles. La sirvienta de razón que iba con nosotras, decíale a cada rato: "Mi señora, no vaya a enfermar a la niña con tanta golosina". "No, respondía la mamita. Los niños tienen estómago de punto de media".



Don Hermógenes de Irisarri Trucios

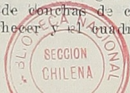
Un tío-abuelo nos esperaba en la estación de Viña. Por desgracia, caí enferma. Salió cierto lo que decía la sirviente, pues llegué a la casa en que íbamos a alojar víctima de las golosinas. El tío también censuró a la mamita: "Madre, por Díos, cómo se le ocurrió enchascar a esta niñita de comistrajos? Si se muere, qué cuenta va a dar a sus padres?... Por suerte mejoré y pude disfrutar de aquellos días. El dueño de casa era el Cónsul alemán, don Felipe Calm, casado con doña Mercedes Riovó, chilena. Tenían varios hijos, que me recibieron con mucho cariño y con los cuales jugaba todo el día. Recuerdo que la casa estaba en la calle de Bom. De la impresión que me hizo el mar sólo puedo decir que pasaba las horas muertas observando el flujo y reflujo de las olas... La sirviente de mamita me llevaba todos los días a bañarme a una pocita rodeada de rocas. Al lado estaba la gran laguna, en la cual nos bañábamos cuando el mar estaba muy agitado. Pero allí no me gustaba bañarme, porque el agua era sucia, cubierta de lama, y sobre todo, porque me disgustaba el agua sin movimiento.

El tío-abuelo pasaba el verano en Valparaíso, pero venía continuamente a vernos y aún a llevarnos de paseo al Puerto. En una de esas idas me llevaron a una tienda en que había trajes hechos para niño. Cuál sería mi felicidad cuando la mamita me dijo: "Elige el vestidito que te guste. El tío va a regalártelo". Elegí uno blanco de un género que llamaban "barege", adornado con galoncitos verde-esmeralda. Completé mi toilette con un sombrero de paja color caña, bordeado de flores. ¡Qué placer experimenté al vestirme con todo eso, con lo primero que se me compraba hecho en las tiendas! Moneaba con mis composturas...

Después de un mes de alejamiento de los míos, volvimos a Santiago. Me recibieron con mucho cariño, naturalmente, y yo tuve mucho gusto en ver a mis hermanitos. Especialmente al menor de ellos, que contaba pocos meses y que era criado por una cabra a la cual llamaban Juana. Mansa e inteligente, Juana reconocía el llanto de

mi hermano y, balando, corría hacia él cuando él se manifestaba a su modo. Colocábanlo en un cojín, en el suelo; venía la cabra y se ponía de manera que el chico pudiera tomar el pecho. Mi hermanita estuvo feliz con los regalos que le traje: caracoles y conchas recogidas todas las mañanas en la playa y que le obsequié en unas bolsitas del mismo estilo que las redes de los pescadores... También llegué cargada a Santiago de las compras hechas en el trayecto con un escudito que me dió el tío: en Limache compré tortas de bizeochuelos; en Quillota compré frutas; en Til-Til, quesos de cabra. Y no probé nada en el camino, a fin de traer todo eso de regalo a mi madre, así como también le traje el dinero que me sobró.

√ Cereca de nuestra casa vivía una distinguida y respetable familia, don Julio Féster y su esposa Luisa Recabarren. En esa época se visitaban las vecinas y la señora visitó a mi madre. Se comprendieron y fueron verdaderas amigas, quisiéronse como hermanas, a la vez que los chiquillos nos hicimos amigos todos. Los vecinos eran cinco mujeres y tres hombres. Como no había colegio cercano en qué ponernos, nuestras madres resolvieron enseñarnos en la casa y empezaron a prepararnos para internarnos más tarde. Las mujeres fuimos a las Monjas de los Sagrados Corazones y los hombrécitos entraron a un colegio inglés que se estableció en el barrio, bajo la dirección de Mr. Naith. Las murallas divisorias entre la casa de mis amigas y el colegio inglés, eran muy bajas. Mediante una escalera que había en el jardín y a la cual nos subíamos muchas veces, podíamos divisar a los muchachos mientras jugaban en los recreos. Cierta tarde sentimos gritos estridentes de un chancho. Muertas de curiosidad, urá a una fuimos trepando la escalera. ¿Qué pasaba?... Que estaban matando al pobre cochino. Cuando ya dejó de gritar, metiéronlo en una batea de agua caliente mientras varios niños, provistos de conchas de choro, raspábanle las cerdas. Era el anochecer y el cuadro se completaba



con una inmensa fogata en medio de la cual depositaron al chanchó... Entre las llamas, veíase a un chiquillo colorín, de delantal blanco y gorro de cocinero. Entusiasmada grité: "¡Qué lindo se ve el colorín!" Mis compañeras lo hallaron feo, porque era pecosó, y se desquitaban diciéndome: "A mí me mira Fulano". "A mí me mira Zutano". En verdad, nunca tuvimos ocasión de hablar con los chiquillos y sólo nos entendíamos con miradas... El colorín de mi cuento jamás ha sabido que yo lo hallaba lindo. Hoy día es veterano del 79. Suelo divisarlo por la calle, con muy pocos pelos en la cabeza y blancos los que le quedan...

* * *

Llegó el día de ingresar a las monjas. Tenía siete años y medio. El internado me parecía muy triste, pero mi madre me consolaba: "Tus amiguitas vendrán pronto al mismo colegio y te acompañarán con ellas. Los primeros días les será difícil habituarse, pero después estarán todas muy contentas..."

En realidad fué así. Todo era novedad para nosotras, desde el orden y disciplina reinantes hasta las distracciones del recreo. ¡Qué diversidad de juegos en aquel inmenso patio. Saltábamos la soga, jugábamos a la galina ciega, al pillarse, a los huevitos, al ángel malo y al ángel bueno, a la cebollita, y, por último, juegos de prendas. Sauces llorones, olmos, encinas, pimientos y jacarandás, dábannos su sombra. Y las flores de los jacarandás, caídas al suelo y recogidas por nosotras, servíannos para jugar al topa-topa...

El gran patio y el huerto estaban separados por una reja de hierro. El huerto estaba poblado de hortalizas, verduras y árboles frutales. Había un parrón de dos cuadras de largo. Más allá, un pabellón cubierto de gliscinas o de flores de la pluma, coronado en lo más alto por la estatua de la Virgen del Sagrado Corazón de María. Al fondo del huerto había una capillita encantadora, a

donde las Madres nos llevaban a rezar si nos comportábamos bien. Así, el rezo en aquel sitio era un premio...

La Madre que cuidaba de los dormitorios asistía a misa a las cinco de la mañana, con toda la comunidad. Volvía a las siete, abriendo de par en par las puertas y despertándonos con esta jaculatoria: "Vivan los Sagrados Corazones de Jesús y de María": a lo cual las niñas contestábamos en coro, "Ahora y siempre y por todos los siglos, Amén". Saltábamos a un tiempo de la cama, haciendo gran ruido, pues teníamos que arrastrar cada una un piso que guardábamos debajo del catre y en el cual nos sentábamos para calzarnos. Lavadas, peinadas y vestidas, venía el lavado de las peinetas, para limpiar las cuales cada niña tenía una cola de vaca especial. Luego, de una en una, a que la Madre nos pasara revista de asco: cuello, oídos, dientes y uñas... Después, en fila de dos en dos, éramos conducidas a la Iglesia, la cual, por ser también para los fieles, tenía dos puertas. Por la puerta de la calle entraba el público y nosotras por una puerta lateral, que daba acceso a una nave. A ambos lados de esta nave quedaban los asientos de la comunidad, separados de los nuestros por un zócalo de madera. ¡Qué imponente nos parecía el espectáculo del templo! Las madres, vestidas de blanco y recubiertas con blancas capas de coro, orando con fervor, mientras aquellas que adoraban al Santísimo Sacramento, lucían capas rojas de cola larga. Cuatro madres, hincadas en sendos reclinatorios, permanecían extáticas, en adoración, sin cuidarse de las colas de sus rojas capas...

El devocionario del colegio era un "Guía del alma de las alumnas del Sagrado Corazón". Servíamos de él por la mañana. Las niñas grandes y medianas comulgaban con frecuencia; las chicas ansiábamos hacer la Primera Comunión y encontrábamos que se retardaba demasiado ese día grandioso... Una de las niñas mayores rezaba en voz alta la preparación para comulgar. Cada

acto se meditaba. En seguida, venía la Acción de Gracias... Desde el fondo nos miraba una antigua alegoría, representando al Padre Eterno, Hijó y Espíritu Santo, que nos infundía respeto y temor...

Las clases comenzaban a las ocho y media, después del desayuno, y después de una hora de recreo, que nos daban a las pequeñas. Trabajábamos hasta las once y media. En seguida almorzábamos de modo corriente, con postre de dulces, en el invierno, y de frutas, cuando era la estación. Durante las comidas estábamos obligadas a guardar silencio. A algunas nos costaba mucho seguir este detalle del régimen, pero nos sometíamos para no recibir el castigo,—uno de los más duros castigos,—que consistía en dejarnos sin recreo. El recreo era la hora de la revancha de nuestras lenguas, que se desataban en toño mayor o menor, según cada temperamento...

Salíamos de las Monjas una vez al mes. En una de estas salidas experimenté la impresión de no encontrar a la mamita en casa. Mi madre me explicó que había partido de la calle de la República a la de Santo Domingo, factiñada de vivir lejos del centro. Habíase ido acompañada de la criada de razón. Como la mamita era mi madrina y yo la quería mucho, sufrí hondamente a la sola idea de esta separación; pero fuimos en el acto a verla. Me guardó consigo a almorzar y después me llevó de compras a las tiendas. Adquirió para mí una muñeca de loza y esa tarde regresé feliz al colegio, prendida a mis brazos esta nueva compañera. ✓

Otra vez calí del colegio por enferma. Yo sentía que en la casa sucedía algo raro, pero como era impresionable, de poca sensibilidad y de carácter sentimental, no me dijeron nada. Mi hermano también estaba fuera de clases y nos pusimos a jugar carga de burro. Como yo lo dejara de burro siempre y me riera a carcajadas, él se enojó y se vengó de mí de esta manera: “¿Cómo puedes reírte tanto? ¿No sabes que se murió el “taita?” Yo me puse a

llorar desconsoladamente. Vino mi madre y así se enteró de que yo ya estaba en el secreto.

A la muerte del abuelito, ya no habitábamos en la calle de la República, sino en una casa más céntrica, en la calle Vergara. Casa esquina, con gran huerto y árboles frutales. No tenía comodidad, sin embargo, para que mi padre instalara allí su taller de pintor. Un amigo le propuso se instalaran juntos en un estudio, en el centro. Así se hizo, pero el negocio pictórico fracasó. Mi padre quedó debiendo dinero a su asociado y como no hubiera con qué pagarle, el antiguo amigo dió orden de embargo. Cuando vinieron a embargar los muebles, mi madre había salido. Estábamos los niños con mi padre y las sirvientas. El propio ex-socio de mi padre dirigía el traslado de los muebles, todos los cuales iban a dar a un carretón de mudanza. Yo creí en un nuevo cambio de domicilio, pero una de las empleadas dijo: "¿Qué va a pensar la señora cuando llegue y encuentre la casa peláa?" Cuando me dí cuenta de lo que pasaba, mi impresión fué dolorosa. Y cuando ví al señor ése indicar nuestras comoditas para que se las llevarán—dos comoditas de caoba, recuerdos para mi hermana y para mí de las tías que habían partido a Europa,— no pude contenerme y me eché a llorar, defendiéndolas con mis propias manos, y rogando al caballero: "Las comoditas nó. Que no se las lleven. Una es de mi hermanita y la otra es mía..." El caballero se compadeció de mi aflicción y consistió en dejarlas... (Los demás muebles también eran recuerdos de familia). Cuando llegó mi madre, corrí a contarle, impresionadísima, lo sucedido, y ella, con la pureza de alma que conservó hasta el final de su vida, me aconsejó: "No te aflijas, hija, por esto. Dios no los dió y Dios no los quitó. Hay que conformarse en todo y por todo con su santa voluntad. Como él es nuestro Padre, él nos proporcionará lo que nos falta".

En efecto, Dios no tardó en acordarse de nosotros,

Cambiamos nuevamente de casa y las amigas de mi madre— que las tuvo excelentes— repusieron los muebles perdidos en el embargo. La casita, recién construída, era muy modesta, pero no carecía de comodidades. Estaba en la calle Sazié y el taller de mi padre pudo instalarse también en ella, en la pieza más grande, con salida al jardín. Todos los artistas de la época frecuentaban este taller y se reunían allí a charlar y a pintar, pues cada uno tenía preparado su caballete. A través de la ventana veíase el jardín arreglado por las propias manos de mi madre y en el cual plantó ella sus flores predilectas: madreselvas, pelargonias, rosas y resedá. En el segundo patio plantáronse un parrón y árboles frutales, que dieron fruto. Exquisitos como ningunos otros me parecen hasta ahora aquellos racimos de uva de Fontainebleau.

Recién cambiados a la calle de Sazié se enfermó gravemente la mamita. Mi madre se trasladó a su casa a cuidarla y yo fuí con mi madre, pero no me dejaron ver sus últimos momentos. Durante su enfermedad reclamaba a su único hijo, ausente del país hacía un año. Varias veces le oí exclamar, preguntándose: “¿Volverá este niño?” (El niño, que estaba blanco de canas, a mí me parecía muy viejo). Dos años antes de la muerte de la mamita se vendió la Hacienda de Comalle. La mayor parte del dinero que produjo la venta pasó al Banco de Chile, institución con la cual se estaba en deuda desde hacía largo tiempo, de modo que a la viejecita sólo quedóle una insignificancia para concluir sus días...

Algunos días después de esta muerte, fuimos a los Baños de Chillán, a pasar el verano. Mi madre volvió así a su ciudad natal, después de doce años de ausencia. El mismo día que mis padres contrajeron matrimonio viniéronse, en efecto, a Santiago. En diligencia hicieron el trayecto de Chillán a Tomé, ahí se embarcaron, en el vapor “Valparaíso”, que los trajo al puerto del mismo nombre, y de Valparaíso a Santiago hicieron el viaje en tren. Por nuestra

parte, nosotros haríamos un itinerario semejante, pero a la inversa. Nos detuvimos en Valparaíso un día y una noche y casi nos quedamos sin seguir el viaje, debido a que a mi hermanito menor, que tenía dos años y medio, le hizo viva impresión la vista del mar y de los buques, y en la noche tuvo pesadillas que mi padre interpretó de modo erróneo. “¡Me comen los pescados grandes!”, gritaba en su media lengua. Mi padre creyó que el niño se había vuelto loco, pero al día siguiente se había borrado este recuerdo de su cabecita excitada, y nos embarcamos temprano en el mismo vapor “Valparaíso”, conocido de mis padres. Amanecemos al otro día en Tomé, después de una navegación feliz, en la cual los niños, registrándolo todo, estuvimos más inquietos que el mar...

Al pisar el muelle de Tomé, mi madre encontró a algunos de sus familiares. Agradable sorpresa la de sentirse entre gentes amigas, relacionadas con su propia infancia y aun con su familia. Unas primas habían tomado en arriendo una casa para pasar el verano en Tomé, y no nos permitieron irnos. Estuvimos con ellas varios días. Nos bañábamos en el mar, íbamos a jugar a la playa y nos distaía ver mariscar: cogían jaivas, choros, erizos, y luego echaban las jaivas a unos fondos con agua hirviendo que tenían preparados de antemano. Hasta allí mismo venían los veraneantes, y devoraban las jaivas calientes en medio de las más agradable camaradería.

Llegados a Chillán, nos detuvimos en casa de otras primas antes de emprender la subida a las Termas. Mi madre era muy querida de sus parientes. Una de ellas, había estampado esta impresión en el diario de su vida: “31 de enero de 1872.— Un día bastante feliz. He visto a R., después de muchos años, y mi corazón se ha impresionado de un modo extraño, no sé si de contento o de felicidad. Hace tanto tiempo que mi corazón se sentía indiferente a todo, que no sé comprender los sentimientos que lo agitan. Pobre R.! Bastante impresos lleva en su semblante

los sufrimientos de la vida, pero sobrellevados con dulce resignación. ¡No hay amargura en esa alma de ángel!” Revelación de dos almas; esta página fué enviada a mi madre a raíz de la muerte de la prima.

El viaje a la Cordillera hacíase en aquellos tiempos en grandes coches llamados diligencias, tirados por cuatro caballos y por postillón. Salíase de la ciudad de Chillán a las 2 de la madrugada. A las 5 horas de jornada llegábase a un lugar reconocido como la mitad de camino, “Las Trancas”, donde renovábanse los caballos... El viaje era muy molesto, a causa de un polvillo finísimo, —“el trumao” — que casi ahogaba a los viajeros, secándoles la garganta, cerrándoles las narices. Todos llegamos a “Las Trancas” ávidos de lavarnos y de refrescarnos. Almorzamos en la posada del lugar, donde nos esperaban con almuerzo campesino, o sea, cazuela de ave con chuchoda y ají, cordero asado al palo, longanizas de Chillán, chancho arrollado y pañecién sacado del horno. Visitamos la vertiente cercana a la posada y continuamos viaje por el corazón de la montaña, es decir, a través de árboles añosos y vistosos, como el avellano, por ejemplo, cuyos frutos, negros verdes y granates tachonaban el suelo. Los niños descendíamos continuamente del carruaje y hacíamos largas excursiones a pie, encantados de la magnificencia de la naturaleza virgen y embesados ante los arrayanes, los canelos, las pataguas y los robles... Llegamos a las Termas al atardecer. Alojamos en el Hotel del establecimiento, mientras otras familias alquilaban las llamadas “casuchas” por la temporada de verano. Cada una se instalaba allí como en su casa, con los muebles necesarios y aun con servidumbre propia. Encontramos en las Termas a varias familias de Chillán, antiguas conocidas de mi madre, y hasta la esposa del concesionario, don W. Ojeda e Isabel Cruz, su esposa, había sido amiga suya de la infancia. El salón de esta señora era el punto de reunión. Las personas de respeto jugaban malilla y brisca, a la vez que los jóvenes se divertían jugando a “la ar-

golia" y otros juegos de prenda. Iguales divertimientos había en el salón del hotel. Los niños preferíamos corretear por los cerros, cogiendo flores silvestres, topa-topa, helecho, trinitarias, y deslizándonos sobre la nieve desde lo alto al plano. Ese era nuestro placer mayor. A veces mi madre nos conducía hasta el sitio en que mi padre estaba pintando, emocionado ante la maravilla de esa naturaleza e interpretándola con tal perfección, que puedo contar el siguiente comprobante: un efecto de luna pintado por mi padre en las Termas de Chillán fué adquirido por don Luis Cardoso, caballero que en seguida se fué a Europa, llevando consigo el cuadro. Llegado a la Gran Exposición de Viena lo expuso allí y la tela del pintor desconocido, de Antonio Smith, pintor chileno, obtuvo la primera medalla.

Regresamos a Santiago por tierra, en diligencia. Por el camino sufrimos un percance: mi hermano menor abría y cerraba la puerta del carruaje constantemente. En un vaivén, saltó mi hermano al camino y yo, por sujetarlo, caí con él. El salió ileso de entre las patas de los caballos, pero yo resulté herida en la frente y sin conocimiento. No había agua ni nada de qué servirse para estancarme la sangre. Felizmente un viajero traía consigo un cajón de vino. Lo abrieron y me dieron a beber. Con eso volví en mí y pudimos continuar viaje hasta Curicó. Aquí nos hospedamos y vino el doctor a verme. Declaró que mi estado era grave, que debía guardar inmovilidad durante varios días y que no podía, por lo tanto, continuar viaje. Yo sentía en la cabeza ruido ensordecedor.

Mi padre resolvió irse a Santiago con los niños y mi madre quedóse atendiéndome. Una semana después estaba restablecida, pero este accidente impidió volviera por un año a mi querido Colegio de los Sagrados Corazones. Yo tenía once de los de mi edad. Mientras me reponía, fuí como medio-pupila a un colegio francés, de un señor Guijón, pero no veía las horas de regresar a donde las

monjitas. En efecto, al año siguiente volví. Fui recibida con mucho cariño y permanecí allí tres años más.

Cambiamos nuevamente de casa. (Nos trasladamos a la calle Vergara. Se entusiasmó mi padre con un chalet recién construido y dotado de más comodidades que la modesta casita de Sazié. Mi madre no miró con buenos ojos este cambio, pues el arriendo era caro en relación con nuestros recursos, pero, viendo el entusiasmo de mi padre, no lo contradijo. Ella lamentaba abandonar el jardín, el huerto, hechos por sus propias manos... Como en el chalet había mayor número de habitaciones, pude tener "mi pieza", dormir sola, y arreglarme mi rincón personal. Comencé por instalar una mesa de "toilette". Con un vestido de taclatán rosa y blanco, antiguo vestido de baile de mi madre, pasado de moda, cubrí la mesa, que quedó muy elegante, como si hubiera sido una nube. Coloqué allí los útiles de tocador: un espejito móvil, que había pertenecido a la mamita, suspendido en un soporte de jacarandá; y una serie de dijes que pescaba en uno y otro lado. La comodita salvada del embargo era el mejor mueble de mi dormitorio.

El taller de mi padre era más espacioso en esta nueva casa y siguió siendo frecuentado por sus amigos artistas: Pedro Lira, Onofre Jarpa, Nicolás Guzmán, Cosme San Martín, Ortega, Valenzuela Puelma, María del Tránsito Prieto, Manuel Tapia Portus, pintores; Nicanor Plaza, Blanco, escultores; Vicente Grez, Jacinto Núñez, Carlos Toribio Robinet, Augusto Orrego Luco, periodistas. Todos ellos venían a casa, sin olvidar a Alberto Orrego Luco, Jacinto Peña Vieña, don Marcos Maturana, don Manuel Blanco Cuartín, que también concurrían muy seguido. Al uruguayo Juan Manuel Blanes recuerdo que le agradaba extraordinariamente el mate servido por mi madre. Don Manuel Aldunate Avaria se quedaba seguido a comer con nosotros. Era un acuarelista notable y hombre de vasta cultura. Alto, corpulento, buen mozo, de ojos azules muy dulces, su figura

era imponente y, sin embargo, parecía entender muy bien a los niños. Nosotros lo queríamos tanto como estimado era de nuestros padres.

Dos años permanecimos en esta casa y cuando dejamos el chalet— (¡qué de cambios, Dios mío!) — nos trasladamos a la calle de Echaurren. Aquí estuvo mi padre muy enfermo del hígado. Lo atendió el doctor Aliende-Padín, secundado por Ugarte-Gutiérrez, que entonces sólo era practicante y que pasaba las noches junto a mi padre. El mal se resolvió en una peligrosa operación. Mes y medio de lucha entre la vida y la muerte. Gracias a la ciencia y a la abnegación de mi madre, triunfó la vida, pero la convalecencia fué larga. Como mi padre no podía pintar y era muy sensible a la música, mi madre, que ejecutaba con hondo sentimiento, tocaba al piano los trozos preferidos de mi padre: “Canción Rusa”, “Una furtiva lágrima”, “Cantos de Bohemia”, “Aires del Tírol”... Gustábase, además, oír música mientras pintaba y muchos de sus cuadros nacieron inspirados de esta comunidad espiritual con su mujer.

Vino el verano. Como no podíamos salir al campo, mi padrino, Enrique De-Pu rón y su señora, me llevaron a su hacienda a pasar las vacaciones. No tenían hijos, de manera que les era agradable acompañarse de mí. Tenían casa en Viña del Mar y solía ir allá con ellos. Durante la convalecencia de mi padre, venían seguido a casa. En una de sus visitas, viendo que yo no iba al colegio, me pidieron como compañía efectiva, comprometiéndose a hacerme seguir algunos cursos privados y a continuar mis estudios musicales, pues revelaba bastantes disposiciones, y un buen profesor alemán me las fomentaba. Mi padrino tenía una cuñada que por entonces perdió a su marido. Nueva petición de hacerse acompañar por mí. Ambas nos fuimos a pasar el verano a la hacienda “La Quinta”, cuya propietaria había sido doña Ignacia Vicuña de Iñiguez. A la muerte de su marido, don Pedro Felipe, la hacienda divi-

dióse en siete hijuelas, que era el número de sus hijos. La señora Clotilde Iñiguez v. de Cerda, que me había invitado, me llevó a la hijuela de su hermana menor, Amelia, la cual acababa de contraer matrimonio con don Aníbal Zañartu. Ella vivía con su madre también, y así la propiedad en que yo estaba era el centro de una vasta familia.

Todos los domingos reuníanse los hijos en torno a la



Don Jorge Smith Bukanam



Sra. Carmen de Irisarri de Smith

madre, respetabilísima persona de bellísimo carácter. Le gustaba hablarme de la mamita, Carmen de Irisarri de Smith: “Eramos primas en segundo grado, recordaba. Nos queríamos mucho y nos educamos en el mismo colegio. Tu abuelita tendría unos diez años, y las muchachas hablábamos un día de matrimonio. Ella dijo: “Yo no me casaré con chileno come-porotos, sino con un extranjero”. Y

así fué. Vino un inglés, Secretario de la Legación, se enamoró de ella y se hizo el matrimonio. Lástima, porque mi hermano la quería y nuestros padres, los de ella y los míos, deseaban ardientemente esta unión. No hay nada que hacer contra el destino..." Entre recuerdos de este tenor transcurrían las veladas.

Pasamos enero y parte de febrero en el campo. En seguida todos partimos a Viña del Mar. Recién estaba de moda este balneario y varias familias de la aristocracia de Santiago habían construído casas allí para pasar las vacaciones. La dulzura del clima, los jardines floridos y la proximidad de Valparaíso, hacían especialmente agradable la temporada de Viña. La playa dejaba aún mucho que desear; pero, a pesar de todo, gozábamos de distracciones, que encontrábamos magníficas, a la hora del baño. Algunas familias iban a la playa en carretas cargadas del elemento joven y acompañado éste a su vez de guitarras. Cantábamos tonadas guasas animadísimas, como aquella que dice: "tira, tira, carretero, que me gusta tu tirar", y otras que por entonces estaban en boga. Las familias veraneantes eran muy unidas entre sí, no se conocía el estiramiento reinante hoy, y la franqueza y la cordialidad eran uno de los mayores agrados de que se gozaba en aquellas temporadas. Otro de los atractivos era el viaje a Valparaíso, después de almuerzo. A las dos de la tarde salía un tren de Viña, lleno de veraneantes, que iban al puerto a revolotear por las tiendas, en busca de curiosidades; después, el punto de reunión era la dulcería de la Gasseaux, de gran fama en esa época.

Varias residencias de la calle de la Montaña eran de la señora Ignacia Vicuña de Iñíguez y de sus hijos. En casa de ella reuníanse, como en el campo, algunos de sus hijos con sus respectivas familias. No faltaban por las noches "a tomar el té", hora que se transformaba en una reunión íntima y amena. Amigos también concurrían, entre los cuales recuerdo especialmente al General Baquedano,

cuya preferencia era el famoso “trago de la beata”, consistente en media taza de té puro sin azúcar. Como el General era medio tartamudo, repetía la petición del trago, sino el trago mismo “el trago de la beata, el trago de la beata...”

Mi verano de este año fué interrumpido por un acontecimiento triste para mí. Mi padre se enfermó gravemente y yo hube de regresar a Santiago. Refrió complicado con pulmonía. Lo atendió nuevamente el doctor Alliende-Padín, con la misma devoción de antes. Ayudante del doctor era, a la sazón, Jenaro Benavides, quien velaba junto a mi padre, acompañado de un doctor chillanejo, hijo de una amiga de mi madre, Carlos Arrau Ojeda, padre del genial pianista Claudio Arrau León.



Don Antonio Smith Irisarri.

La pulmonía no mató a mi padre, pero ésta se continuó en tisis galopante. Poco a poco fué apagándose su vida y el 24 de mayo de 1878 acaeció su soplo final. Sus últimos momentos fueron dignos de un Santo. Reclinado en varios almohadones, triste la cara, soñadores y dulces los ojos, esperaba recibir por vez postrera el pan del alma. Este le fué administrado por el Santo Cura de San Lázaro, don Pablo Torres. Sus amigos más queridos rodeaban a mi padre: mi padrino, entre ellos, quien lo sostenía con sus brazos. Mi madre y los cuatro hijos, de rodillas alrededor del lecho, ayudándole a orar las plegarias de esos casos. Fervorosamente recibió la sagrada comunión. No tuvo agonía. Miró hacia el cielo y cerró los ojos tranquilamente, como quien va a dormir...

Hicieronle honras de cuerpo presente en San Lázaro, a la cual asistieron todos los artistas de la época.

Mi madre recordaba siempre: "Murió como un santo. Mientras duró enfermo, preparóse para el eterno viaje. A la hora triste— la caída de la tarde— me decía: "Léeme un capítulo sobre la preparación para la muerte, de San Alfonso María de Ligorio". Cuando concluía de leerlo, tomábame las manos y me preguntaba: "¿Me perdonas de lo que te haya hecho sufrir en la vida?" Y derramaba copiosas lágrimas". Alma de poeta era la de mi padre.

Por entonces vivíamos en la calle Doce de Febrero, en una casa-quinta, con muchos árboles. La pieza de mi padre daba a la calle y desde su lecho no podía ver los árboles de la quinta. Preguntaba a mi madre: "¿Muchas hojas se han caído? Porque yo me iré con la última que caiga..." Y sucedió así.

Mi padre fué el primer muerto que ví. La impresión desgarradora me causó una enfermedad de varios días. Mi madre resistió el golpe, no habiéndose separado de él hasta que se lo llevaron al Camposanto, cuidándole y rezándole el Padre Nuestro del camarero, pedido por él mismo. Sobrevivió largos años, pues ella partió en 1925.

Viuda joven, sin recursos y con cuatro hijos— dos mujeres y dos hombres—, mi madre emprendió sola la lucha por la vida. El marido artista no había dejado más que su paleta, sus pinceles y sus pomos de pintura. El caballero preparado aguardaba como nosotros mismos, la mejoría de mi padre... Cuando la tía que estaba en España supo la muerte de su hermano, escribió pidiendo a mi madre que me mandara junto a ella. Única forma en que podía ayudarla. Prometía esmerarse en mi educación y me ofrecía el lugar de sus hijos muertos. La separación no sería larga— decían ella y su marido— pues proyectaban venirse a Chile después de dos o tres años. Indicaban, por último, que aprovechara la ida a Europa de mi padrino con su señora y que yo me fuera con ellos.

Yo no había perdido el afecto a mis tíos porque ellos habían estado en Chile a raíz de la muerte de la mamita. Permanecieron un año en Santiago. El primer tiempo, en nuestra casa de la calle Sazié. Después, en los altos de la casa del General Bulnes, en la calle Compañía. Vinieron al país, tratando de mitigar una pena que les amargó toda la vida: la pérdida de su último hijo, nacido en Barcelona y muerto a los tres años. El día de salida de las monjas iba por entonces yo a acompañar a los tíos, se habituaron ellos a mi compañía y cuando se aproximaba su regreso a España pidieron a mis padres me dejaran ir con ellos. La idea de la separación y de la distancia, hizo irrealizable el deseo de mis tíos.

No nos sorprendió, pues, que, acaecida la muerte de mi padre, renovaran ellos su petición. Mi primer impulso fué rechazar una vez más las posibilidades de viaje; pero mi madre, ajena a todo egoísmo, vió perspectivas lisonjeras para mí en una ida a Europa, y reflexionó santamente: "Dios vela en todo momento por sus hijos. Sufriremos grandemente con esta separación, pero pensemos en que ella será benéfica para ambas y que tu ausencia no será prolongada". Mi partida fué resuelta bajo esta ilusión.

El vapor "Iberia" zarpaba a fines de marzo, rumbo a Europa. Familias conocidas de Santiago y Valparaíso partían en él, a la Gran Exposición de París. Entre ellas, la hermana viuda de mi padrino, con su segundo esposo, iban en viaje de luna de miel. La despedida fué alegre y bulliosa para todo el mundo, salvo para mí. Invasada por una tristeza infinita, lamentaba separarme de mi madre y no tuve valor para despedirme de ella. No vino a bordo, naturalmente, y yo me encerré en el acto en mi camarote, so pretexto de arreglar mi equipaje. Abrí las maletas dispuestas por mi madre y encontré una "Imitación de Cristo", otras prácticas de piedad, todas sabiamente dedicadas, y un Cristo, labrado en madera, que había pertenecido a mi abuelita materna. Infinitas lágrimas acompañaron el descubrimiento de tales objetos.

La alegría reinaba en el "Iberia". Iban viajeros de todas edades y de todas nacionalidades. Ingleses, principalmente, fuera de los chilenos. Casi todo el mundo mareóse al comienzo. En Lota bajamos por primera vez a tierra. Don Felipe Astaburuaga, administrador de doña Isidora Goyenechea de Cousiño, nos ofreció un gran almuerzo y nos llevó en seguida a recorrer el Parque y las dependencias industriales. Asistimos con gran interés a la fabricación de botellas y a mí, principalmente, todo parecióme allí admirable, pues era la primera vez de mi vida que veía una fábrica. Regresamos al vapor encantados de las impresiones del día y maravillados ante la belleza del grandioso Parque.

A cargo de mis padrinos iban dos muchachos traviessos a estudiar a Inglaterra. Divirtiéronse ellos mucho, haciendo picardías. Entre otras, entre las contables, recuerdo la mala jugada que hicieron a un matrimonio inglés que no se mezclaba con nadie y que pasaba el día entero en cubierta, cómodamente instalados en grandes sillones de junco. Los muchachos se adueñaron de las sillas y hacían que no entendían cuando sus propietarios las reclamaban "My

chair. my chair". Fueron arrancados de su comodidad a cimbrones, pero resolvieron vengarse. En efecto, durante la noche, echaron al mar los asientos. 'Al día siguiente daba pena ver al matrimonio inglés, grandes y gordos como eran ambos, sentados en las duras banquetas de madera del barco. Y así hicieron el resto del trayecto.

Al llegar a Magallanes, una neblina impenetrable nos impidió desembarcar y no disfrutamos del espectáculo maravilloso que se presenta a la vista cuando hace buen tiempo.

En Montevideo vivían la hermana mayor de mi padre y su marido, el doctor español de que he hablado. A consecuencia del bombardeo de Valparaíso, Chile había hecho salir del país a todos los españoles. Radicóse entonces mi tío en el Uruguay y ni él ni su familia habían vuelto más a Chile. Avisados de mi pasada hacia Europa, esperábanme en el muelle. Soplaba en Montevideo el famoso viento pampero y tuvimos dificultad para ir a tierra. Pero aminoró el viento y pudimos desembarcar en una lancha. Trece éramos los ocupantes de la pequeña embarcación y el número trece había correspondido a un compañero de viaje, César Larraín Zañartu, joven simpático y querido de todos. Tírate al agua, le gritaban; si no lo haces, la lancha se vuelca, y nos ahogamos todos". Algunos reían, pero otros tomaban a lo serio la superstición y comentaban la pretendida fatalidad acarreada por el número trece.

Mi familia esperaba en el muelle, vestida de luto riguroso por la muerte de mi padre. Los primeros momentos fueron tristes, pero el recorrido de la ciudad disipó las penas. Preciosa ciudad es Montevideo. Como el vapor no saliera hasta el día siguiente, pasamos la noche en tierra. Yo, en casa de mis tíos. ¡Cómo hablamos aquella noche! ¡Qué de informaciones sobre la familia de Chile, a la cual no veían desde hacía años! ¡Qué de respuestas y de detalles hubo de dar! Mi prima y yo, charlando, no nos

dormimos sino al alba. Ese día almorzamos en el Hotel, reunidos los trece de la lancha y la familia de mi tío. Me llamó la atención un guiso de la lista y lo pedí, con curiosidad: "Mondongos a la italiana", decía el menú, y resultó de "guatitas con tomate". Todos regresamos al vapor, es decir, ya no éramos los temibles trece, pues mi familia vino a bordo y sólo se separó de mí cuando el "Iberia" partía...



Don César Larraín Zañartu.

Después de linda navegación en mar tranquilo y lleno de sol, llegamos a Río de Janeiro, de madrugada. Espectáculo grandioso, bahía maravillosa, reputada de ser, y con justicia, la más impresionante del mundo. Todos los viajeros estuvimos en pie al amanecer, para presenciar la entrada a ese paraíso. Nadie pudo callar sus palabras de

admiración ante la obra divina. El Supremo Creador estaba patente...

Desgraciadamente, la mayoría de los viajeros no desembarcamos, prevenidos de que la epidemia de fiebre amarilla estaba en su apogeo. Algunos hombres fueron a tierra. Entre ellos, el joven del número trece. También desembarcó monsieur Jeve, Ministro de Bélgica, quien regresó cargado de objetos curiosos, especialidades de Río de Janeiro. A mí me trajo una caja de flores, confeccionadas con las más variadas plumas de pájaros; había en la caja rosas de todos los tonos, jazmines del cabo, etc., etc., y multitud de ricaflores, de insectos y de pololos verdes.

Algunos días después de abandonar Río, el joven del número trece empezó a sentirse enfermo. Muy intranquilo, nervioso, cambiaba de camarote todos los días, encontrándose mal a donde fuera. Pasaba el día en el salón, tendido en un sofá, sin ánimos para nada. De alegre, vivo y bromista que era, habíase transformado por completo. Creyendo que sería mareo el origen de su malestar, íbamos a acompañarlo al salón, a darle ocasión de que charlara, queríamos alegrarlo dándole bromas, pero nada le distraía. Varios días duró en este estado. La última noche en que yo le vi, estábamos en el camarote de un caballero francés, Monsieur Delanard; el enfermo, recostado en el diván, postrado hasta la extenuación, y junto a él una salivadera, manchada de negro. ¿“Qué ha bebido”? — le pregunté. “No”, — me respondió. “Es así lo que vuelvo...”.

Como hiciera un calor excesivo y los camarotes estaban abajo, cerca de las máquinas, el capitán permitió a señoras y niños que durmiéramos esa noche en el salón de cubierta. Casi al amanecer sentimos cierto ruido de cadenas y correteo de gentes. Parecía que levaban anclas, como si fuéramos a fondear. Fué cuestión de breves minutos. La noche volvió a imponer su silencio y sólo se sentía el ruido de las máquinas. Marchábamos a gran velocidad.

Al otro día fuimos, como de costumbre, a ver al en-

fermo. Su camarote estaba cerrado con llave y no nos permitieron entrar. El capitán nos informó que el joven había sido trasladado a la enfermería, víctima de un tifus violento, y que era prohibido verle, por temor al contagio. ¡Cuánto compadecimos a nuestro compañero y cuánto lamentamos no poder prestarle nuestros servicios! Pero la consigna era rigurosa y aun se llegó al extremo de echar al mar las ropas de todos los camarotes que él había recorrido! ¡Había que evitar la propagación del tifus a bordo! A cada cual de los pasajeros nos dió el doctor unas grandes bolas alcanforadas y nos recomendó las aspiráramos constantemente. ¡Qué espectáculo presentábamos! Junto a la nariz, la bola de alcanfor, del tamaño de una de billar, y los semblantes acongojados, pensando constantemente en el pobre enfermo. "Sigue muy grave", contestaban invariablemente a nuestras preguntas sobre su estado.

Tres días antes de llegar a la Isla de Cabo Verde, pasaba una bandada de golondrinas, emigrando hacia la costa de Africa. Una avecita, muy nueva, no tuvo fuerzas para seguir a sus compañeras a través de la inmensidad del Atlántico, y se puso al alcance de mi mano. Cogí la golondrinita, la cuidamos a bordo esmeradamente, convirtiéndose la preocupación en un entretenimiento para los viajeros, y sólo cuando nos aproximábamos a la Isla, la eché a volar. Largo rato la seguimos con los ojos y la vimos llegar a tierra...

Llegamos a Lisboa y el vapor no fué recibido, porque llevaba bandera amarilla izada. Y ahí tuvimos la revelación tristísima de saber la muerte del joven del número trece, acaecida aquella misma noche en que le vimos por vez última. Ya tenía el llamado vómito negro de la fiebre amarilla... Y aquel ruido de cadenas escuchado al amanecer, correspondía a la penosa ceremonia de lanzar al mar un cadáver, aun caliente. Consternados estuvimos por varios días ante esta noticia fatal y tuvimos detalles. Nadie había reconocido la enfermedad de César Larraín

Zañartu, sino en el momento de morir. Fuera de él, en tercera clase habían sucumbido seis pasajeros embarcados en Río de Janeiro y propagadores de la enfermedad. Hízose la desinfección total del barco, tomó éste un olor insoportable y hasta la comida trascendía a desinfectantes. Continuamos el viaje profundamente tristes, incapaces de olvidar al muerto, recordando el entusiasmo con que se embarcó, ignorante del destino que le aguardaba: como tumba, el mar... Dos sacerdotes españoles que venían a bordo habíanle auxiliado y las señoras y niñas nos reuníamos todas las tardes a rezar el rosario por el eterno descanso de su alma. Sabíamos que él era católico ferviente.

Atracamos en Poullac, puerto célebre de Francia por la fama mundial de sus vinos. Ocho días de cuarentena pasamos en este punto. Estuvimos muy bien alojados en uno de los castillos del lugar. Cerca estaban Chateaux Laffite, Chateaux Margot y todas las demás posesiones vinícolas famosas. En tierra, libres del espantoso contagio, y recorriendo aquellas fértiles regiones, parecíamos bandadas de colegiales en descanso.

Con nosotros había desembarcado un cóndor, oriundo de Chile, enviado a la exposición de París. Durante la navegación no había salido nunca de su jaula y los pasajeros le cuidábamos llevándole de comer. Se le ató en tierra a un cordel largo, para que pudiera pasearse y aun dar vuelcos cortos. Una mañana paseábamos todos por el parque del castillo. Unos francesitos que habían hecho el viaje con nosotros, hijitos de un señor Donneau y que venían a Francia a cargo del señor Delanard para ser entregados a su abuela, estaban cerca del cóndor. De pronto, un grito aterrador!... ¿Qué sucedía?... El más pequeño de los niños, de espaldas en el suelo, estaba aprisionado por las garras del ave de rapiña al mismo tiempo que ésta le picoteaba el vientre. Gracias al auxilio oportuno, la cosa no pasó más allá de la desgarradura de las tropitas. Y el cóndor, naturalmente, volvió a su jaula.

Los niños eran esperados por su abuela en Burdeos. Al verlos mal vestidos y desaseados, se desató a hablar en contra de Chile: "¡Oh, decía en francés. Estas criaturas vienen de un país de salvajes, en qué estado vienen, Dios mío!" Se le explicó lo que había pasado, la echada al mar de la ropa y los picoteos del cóndor... La abuela se fué al comercio de Burdeos y compró a los nietos cuanto les faltaba.

Mis tíos también estaban en Burdeos y pasaron allí toda la cuarentena. Dos días antes de ser declarado fuera de contagio, se les permitió venir a Poullac y que me vieran en el Cható, donde estábamos en cuarentena, a través de una reja. Imaginará el lector la alegría trunca de este recibimiento, digno de presidiarios. Todos los viajeros agrupábanse en la ventana enrejada para conversar con mis parientes y ese fué uno de los pocos momentos agradables pasados en el cautiverio.

Inmediatamente de concluída la cuarentena, hicimos la travesía del Garona en un vaporeito especial para este recorrido, que dura dos horas. Almorzamos en la embarcación. ¡Qué bello panorama ante nuestra vista! Ambos lados del río están bordeados por una serie de residencias suntuosas, históricas en su mayoría, emergiendo de jardines pintorescos.

En Burdeos permanecemos un día y una noche, que empleamos en recorrer la ciudad y conocer lo más importante de ella. Majestuosa su Catedral. Llamó mi atención una Virgen con el Niño en brazos, de mármol blanco, cuyos pies presentaban numerosas hendiduras. Explicáronme que la huella de los besos de los fieles, a través de los siglos, había venido horadando los pies de la Virgen.

A las siete de la tarde tomamos el tren en Burdeos, rumbo a Barcelona, con cambio en Tolosa. De aquí partían dos trenes hacia España: uno por la costa, otro por el interior. Preferimos el de la costa. Después de una noche y un día de ferrocarril, llegamos por la tarde a la ciudad condal. Algunos amigos de los tíos nos esperaban

en la estación. Entre otros, una familia chilena que hacía años residía en Barcelona. Tuve verdadero agrado en conocer a mis paisanos. Llamábanse los Salinas Arribiyaga. El caballero era español; la señora, chilena. Habían salido de Chile a consecuencias del bombardeo de Valparaíso.

La casa de los tíos estaba situada en el Paseo de Gracia esquina de la calle de Valencia. Linda situación, que hacía recordar nuestra Alameda de las Delicias. Transcurrían días apacibles, días de primavera. Hermosa, grandiosa e interesante es la capital de Cataluña, la cual comencé a recorrer inmediatamente después de llegar. El exceso de tráfico es casi mareador y como los catalanes hablan con mucha energía, son accionadores y su idioma es duro, aturde un poco tanta bulla. Recuerdo que la primera vez que oí a dos personas hablar en la calle les supe enojados, dispuestos a irse a las matas. “¡Qué peleadores parecen los catalanes!” dije. “No, me contestaron; es que la lengua catalana es muy áspera”.

“La Rambla de las flores” es un paseo encantador. Como su nombre lo indica, todas las floristas reúnen allí. ¡Qué profusión de claveles! Son los más desarrollados que he visto en mi vida y los más embriagadores, sin hablar de la variedad infinita de coloridos. Al final de este paseo está el templo de Santa Mónica, hasta el cual llegábamos todas las mañanas a rezar el Mes de María. Cuando entré por vez primera a este templo, acongojéme el recuerdo de los míos, el de mi madre, especialmente, que había fortalecido su pena de la muerte de mi padre leyendo la vida de Santa Mónica... La verdad es que cada paso traíame el mismo recuerdo. Cuántas veces, con un pretexto cualquiera, abandoné la mesa, herida de la idea de si tendrían qué comer en mi casa y de la dureza del destino, que me impedía compartir con los míos la largueza de mi nuevo hogar. Puedo emplear tal término, porque los tíos convirtiéronse en padres para mí. Mi pieza estuvo siempre junto a la de ellos. Miraba ella a la calle de Valencia por un gran balcón con persianas exteriores y con

cortinas de muselina blanca por el interior. El lecho estaba cubierto también de muselina y el conjunto era fresco, juvenil... Profesores de francés y piano venían a casa a enseñarme. Así pasaron los días hasta que en junio nos fuimos a un pueblito de Francia, al pie de los Pirineos, cerca de Lourdes y del Pico de Medio Día. Bagnere de Bigorre llámase el pueblo y allí pasamos el verano, en casa arrendada. Está cerca de Pau, rodeado de bellos e históricos parajes, vecino a Lourdes, como he dicho, y a Cauteret, balneario a la moda por entonces. ¡Qué de recuerdos surgen dentro de mí a la sola evocación de Bigorre! Admíranse igualmente allí la obra de la naturaleza y la mano del hombre.

Con frecuencia íbamos a Lourdes, llevando nuestra merienda, en un carruaje que en esa época llamaban "panier". Era abierto y los caballos iban enjaezados, haciendo sonar los cascabeles. Media hora de trayecto, a través del corazón de la montaña, entre pinos gigantescos, que exhalaban un aroma saludable. De cuando en cuando tropezábamos con casitas de agricultores, cuyos hijos aguardaban la pasada de los turistas para arrojar flores a los carruajes. Ellos recibían una moneda, "un sou", en cambio... Limpieza en las viviendas y aseo en los campesinos; los chiquillos, de caritas frescas, bien peinados y lavados, eran elegantes, hasta finos, aun para pedir limosna. Grandes pilas o montones de tierra interrumpían también la ruta. Eran los famosos hormigueros, fabricados por las industriosas hormigas. En una de estas idas a Lourdes nos tocó presenciar el espectáculo grandioso de una peregrinación como de cinco mil almas venidas de Montpellier. Formados en filas, vestidos del traje típico de esa región de Francia, marchaban hacia la Gruta los peregrinos poseídos de fe y fervor ciegos. Dentro de la Capilla llamó mi atención el techo de la nave central. Estaba cubierto de las banderas de todas las naciones del mundo. Entre ellas — ¡qué emoción! — la bandera de nuestra querida patria. Oré con toda mi alma, no lo ol-



vido, pues recientemente habíase declarado nuestra guerra con Perú y Bolivia. En medio del techo, las insignias de la Alsacia y la Lorena, cubiertas de crespón negro, simbolizaban a las dos provincias entonces muertas para la Francia...

Los alrededores de Lourdes son ricos en parajes encantadores, cada uno representante de una especialidad. Col des Pina, por ejemplo, famoso por sus sabrosas truchas, era centro de atracción general. Se iba hasta allí en carruajes ligeros. Al centro del lugar está el Hotelito, muy concurrido siempre, y en el cual reinaba la bulliciosa alegría del espíritu francés, sin olvidar la famosa frase de "pardón, madame", "pardón, mademoiselle", con que por todo se excusan. Son respetuosos y ceremoniosos con las señoras.

Recuerdo que leía por entonces una célebre novela: "Malvina", de Madame Cotin, famosa novelista francesa, autora de "Matilde, la de las Cruzadas". Aunque el relato pasaba en Escocia, la belleza de las descripciones poéticas de los campos y las desgracias sufridas por Malvina impresionáronme profundamente y me interesé por la autora. Al margen del libro venían el retrato de Madame Cotin y la enumeración de las obras que había escrito durante su vida. Y, por coincidencia muy cercano a Bagnere de Bigorre existía un paraje llamado "Elise Cotin", Separábalo de la villa la Montaña del Bedá. Era allí adonde ella se retiraba a escribir sus obras. Tuve deseos de conocer el lugarcito y un día hicimos la excursión hasta allí, a pie. Marchamos hora y media para atravesar la montaña. De pronto pasamos frente a una chacrita que parecía chacra chilena: un gran maizal con choclos tiernos... ¡Qué locura tuve de comer choclos cocidos! El cuidador de la chacra se impresionó con mis deseos y me ofreció algunas mazorcas, después de haberle explicado que en mi país se comían y que eran deliciosos. El me respondió que entre ellos eran alimento de chanchos y que si guardaban los granos era para nutrir las aves. Cargué

con mi obsequio durante toda la excursión. Al fin divisamos "Elise Cotin": una simple cabaña, en lo alto de una colina, a cuyo alrededor pastaban vacas y cabritos. En el bajo corría un arroyo, protegido por la copa de árboles centenarios... Bajo esa sombra, en ese poético lugar, retirada del mundo, madame Cotin había escrito sus libros. A través de todos ellos adivinase el alma pura de una gran escritora.

Regresamos a Bigorre por el camino plano, que distanciaba más del pueblo. Llegamos allá por la noche, rendidos de cansancio. En el trayecto encontramos, felizmente, a unos campesinos que consintieron en arrendarnos los burros que llevaban. Eran dos, de modo que en uno montó la tía y en el otro el tío y yo, yo en ancas... Largo fue el regreso. Cuando entramos a Bigorre, todo el mundo estaba alarmado con nuestra tardanza y, creyéndonos extraviados en la montaña, preparábanse para salir en busca nuestra... No olvidé los choclos, naturalmente, y esa noche fueron mi deliciosa cena!

Otro recuerdo: cierta mañana paseábamos por una avenida llamada Paseo de los Coustous. Dos caballeros venían a nuestro encuentro. Uno de ellos saludó atentamente a mi tío. "¿Quiénes son?" pregunté. Uno era Emilio Castelar, y León Gambetta, el otro. Castelar era corpulento, corto de cuello, calvo, no muy alto, de semblante agradable. Gambetta era grande, arrogante, moreno de tipo. Llevaba monóculo en el ojo derecho, disimulando el ojo de vidrio con que le habían reemplazado el suyo, perdido en hora temprana.

Nunca faltaron excursiones interesantes que hacer en esta región veraniega. "El Pico del Medio Día", por ejemplo, distaba poco de Bigorre. Para llegar hasta allí había que cruzar una gruta maravillosa. Quedábamos admirados a la vista del techo, que parecía de diamantes, a causa de las estalactitas.

De Bigorre nos fuimos a París. París, centro de refinamientos y de depravación. Todo nos viene de allí en

grandes dosis. Era la época de la Exposición del Trocadero. Llegamos allá a las siete de la tarde. ¡Qué lucha para encontrar alojamiento! La capital del mundo estaba invadida por un gentío ansioso, desconcertante. Felizmente tuvimos sitio en un Hotel cercano a la Bolsa comercial. “¿Qué te parece París?”, me preguntó mi tío. “Me lo había imaginado muchísimo mejor”, fué mi respuesta. Pasábamos en ese momento por una calle sucia. Sufrí, en verdad, una desilusión, pero ésta fué pasajera.

Nuestra primera visita fué a la Exposición. Grandioso y maravilloso cuánto contenía! De los inventos admirables, de las maquinarias industriales, yo no comprendía en detalle el valor, pero me explicaba la admiración de técnicos y entendidos. Recuerdo, en cambio, mi estupor ante los regalos hechos por la India al Príncipe de Gales. Estábales dedicada una sala entera. Cuatro caballos,— cada uno en su urna de cristal, — enjaezados de regias monturas, con mandiles de terciopelo en distintos colores, incrustados de piedras preciosas y bordados en oro; las baticolas formadas de varios hilos de perlas, los frenos y estriberas de oro cincelado, estaban al centro de la sala, custodiados por soldados en armas. Las armas obsequiadas también por la India al futuro Eduardo VII ocupaban otra urna. ¡Qué magnificencia y qué suprema obra de artistas! Todas las empuñaduras de oro, incrustadas de pedrería auténtica. El guardarropa de los Príncipes de Gales exhibían cosas espléndidas. Un abrigo para la Princesa, recuerdo, de terciopelo color violeta, bordeado de marfil cibelina, bordado el cuello de oro e incrustadas también de piedras preciosas. El bordado terminaba en punta, en medio de la espalda, y remataba en perla oblonga de pulgada y media, perfecta de forma y de oriente soñado.

En materia de objetos chinos había cosas soberbias. Un catre de marfil, por ejemplo, cubierto de esculturas y trabajado hasta la minuciosidad. Quizá si más sorprendente que artístico.

Exhibíanse también los diamantes de la Corona de Inglaterra. En estas alhajas faltaba el arte. Eran macizas, pesadas, sobre todo la corona. Siempre oro puro y siempre inerustaciones valiosísimas. ¡Cuán distinto efecto hacían las alhajas de la Corona de Francia! Cada aderezo, una maravilla. Los había de záfiro, de brillantes, de esmeraldas, de turquezas, de rubíes, de perlas, de topacios, de amatistas, y cada aderezo acompañado de su correspondiente corona. Al centro de la gran vitrina que exhibía estos tesoros, alzábase, orgulloso, "el regente", ese célebre brillante sostenido en horquilla de oro. Irradiaba luces que ofendían la vista... ¡Qué de reflexiones ante tanto esplendor! Imposible dejar de pensar en las cabezas, cuellos y brazos que lucieron todo aquello... ¡Cómo no recordar con piedad a la reina-mártir, a María Antonieta, más víctima que culpable?... Víctima, sí, de aquella época de depravación escandalosa amparada por Luis XV.

¡Qué de maravillas vi encerradas en el monumental edificio del Trocadero! ¡Cómo no hablar de un cuadro admirable que ha quedado grabado en mi memoria?... Representaba a doña Juana la Loca, mujer de Felipe el Hermoso, acompañando los restos de su marido, camino de la capital del antiguo reino Moro. Muerto el monarca en una de las reales granjas de España, su cadáver fué conducido a pulso por gran cantidad de súbditos, entre los cuales contaban los principales personajes de la Corte. Juana la Loca iba acompañada por sus damas de honor. ¡Aquello era un cuadro vivo! Los personajes, de tamaño natural. Tarde fría y tempestuosa, en campo desierto. La comitiva, en descanso. El féretro, reposando sobre un túmulo, entre cuatro gruesos cirios encendidos. La viuda de la mente extraviada, abrazando el ataúd, contemplando los restos del muerto adorado. El ataúd abierto, dejando ver el cadáver embalsamado. La fisonomía de la reina, expresando la locura causada por su gran dolor. Las damas de la Corte, descansando junto al féretro, arrebujadas, transidas de frío y de horror, calentando sus

manos en una gran fogata. Uno de los cirios, apagado por el viento, expedía un humo trágico y parecía oler a peveza. Cuadro inmortal de Pradilla, el pintor español...

Luego fuimos a Versalles. Verdadera mansión de reyes, cuya grandiosidad era realzada ese día con los famosos juegos de agua en movimiento. El célebre capitán Boiton nadaba y hacía sus temerarias pruebas náuticas... Recorrimos las avenidas centenarias que juntaban, allá arriba, su espeso follaje, hasta constituir bóvedas impresionantes. Después entramos al Palacio. Ante todo, nos dirigimos al dormitorio de María Antonieta, conservado tal como quedó a la salida de los reyes. Después visitamos el museo, cuyas pinturas, esculturas y obras de arte, todo histórico, nos sumieron en la más profunda impresión evocadora de tanta grandeza y de tanto sufrimiento como vivieron allí los reyes de Francia y aun el Emperador. Un gran cuadro representando a Napoleón Primer Cónsul, con palmas en la mano, coronado de laureles, el semblante bello y triunfante, detuvo nuestras miradas. Y luego, en medio de una sala, la estatua de mármol que representa a Bonaparte prisionero en Santa Elena. Triste de cara, conserva aún su gesto de energía; sentado en un sillón, el pecho descubierto, hace el efecto de que a esa imagen viva le faltara ya el aire para respirar... ¡De la gloria, al abismo!

París, París... El Louvre, las Tullerías, el Museo Grévin... Recorrido cuanto sitio bello y apasionante ofrece la Ciudad Luz. ¡El Museo Grévin! Siempre fiel a mi entusiasmo por María Antonieta, detúveme ante la figura de cera que la representa en el momento de ser conducida al cadalso. Todavía esbelta, vestida de largo traje en terciopelo negro, ceñidos los hombros por la tradicional pañoleta de encaje blanco que ha guardado la moda bajo el nombre de "fichú María Antonieta". La bella cabeza encanecida en el curso de una noche, la tristeza de la fisonomía, no ocultan la resignación cristiana de la pobre reina, escoltada en el Museo Grévin por un grupo de

policías y por el populacho insultante. El zapatero Simón está también allí, junto a ella, tratando de sostenerla en un instante de desfallecimiento, al tiempo mismo que ella, reaccionando con sus fuerzas de reina, rechaza la ayuda del hombre cruel y malvado... Situado este Museo en los Grandes Bulevares, se llega a él o se sale de él entre la multitud parisiense. ¡Qué espectáculo! La misma fiebre humana que se observa en la Avenida de los Campos Elíseos, en la Plaza de la Concordia, en el Bosque de Bolonia... Y, en todo sitio, por todas partes, las Iglesias magníficas que nos acercan a Dios, y los Teatros espléndidos, templos del arte. ¿A qué hablar de la Iglesia de Notre-Dame!... Quien no la haya visto, la imagina. Es mundial y ha sido reproducida en todos sus detalles. No así "Notre-Dame des Victoires", más íntima, más acogedora, de un atractivo místico misterioso y de una reputación universal en cuanto a milagrosa...

Regresamos a Barcelona después de varios meses de ausencia. Las noticias de la Guerra del Pacífico eran nuestra eterna preocupación. El Gobierno chileno se descuidó de modo inaudito. No tuvo en Europa corresponsales nuestros que informaran la verdad de los acontecimientos. Nuestros enemigos aprovecharon la oportunidad y repartieron en descrédito nuestro todo género de calumnias. Los diarios españoles eran decididamente favorables a nuestros contrarios y la situación de Chile era degradante y desesperante para los que estábamos en el extranjero. ¡Qué de lágrimas derramé entonces! Hasta hoy veo retintos los caracteres con que el principal diario de Barcelona publicó un artículo bajo el título siguiente: "Salvajismo y cobardía de los chilenos. Pasan a cuchillo y por la espalda a un ejército de peruanos y de italianos aliados al Perú". Y, así, todas las noticias de entonces eran demostrando la crueldad y ferocidad de nuestro país. Bajo estos golpes empecé a concebir la abolición de

la guerra, a ansiar el establecimiento definitivo del Arbitraje. Han pasado los años y ¿cuánto hemos avanzado en este sentido?... ¿Qué se ha hecho la doctrina cristiana?... ¿Nadie lee el Evangelio?

Volviendo a la falta de corresponsal chileno, largo tiempo demoró el país en salvar el error de no enviar uno a Europa. Imprevisión de todo pueblo demasiado confiado en los dictados de su conciencia. No hay que olvidar que la astucia y la malicia suelen dilucidar las cuestiones internacionales con mayor éxito que la justicia...

Aun cuando me he apartado de mi relato, no quiero suprimir este paréntesis de expansión. Volvamos a Barcelona, donde mi permanencia duró cuatro años.

Barcelona, monumental ciudad mediterránea, ha sido en todo tiempo la primera de la Península y una de las más importantes de Europa. Célebre, sobre todo, por su poderío industrial. Son famosos sus tejidos, desde la finísima batista de hilo, a los madapolanes, damascos, mantelerías, sin olvidar tampoco sus sedas. Barcelona es llamada con razón la perla española.

La fe religiosa de los catalanes es intensa y los templos alzados en la ciudad condal son, generalmente, del más puro estilo gótico. La Catedral, situada en la calle del Obispo, es de piedra. Admirables sus claustros. En medio del gran patio central hay una histórica pila, poblada de bandadas de gansos acerca de los cuales existe esta tradición: cierta familia de la antigua nobleza catalana dejó una capellanía para el sostenimiento de estas aves y las que fueran renovándose hasta la consumación de los siglos. ¿A título de qué?... Nada más que porque créese que los gansos son el mejor barómetro.

El Templo de Belén, situado en la calle del Carmen esquina de Fluxa, ofrece un pesebre que es el re-

cuerto de la tradición cristiana, en todo se asemeja al descrito en la Historia Sagrada. Aquí, con solemnidad y pompa, celébrase la Novena del Niño Jesús, rodeado de los pastores y sus rebaños; el buey, calentando con su hálito al niño aterido en esa noche de invierno; El, sonriendo acostado en la divina pobreza de su colchón de paja... Lleganse hasta allí los reyes magos, Reyes orientales, portadores del oro, el incienso y de la mirra. El conjunto rememora nuestra redención. La celebración de la Novena es animada por todos los niños de Barcelona, pobres y ricos, quienes caminan hacia el pesebre llevando en sus manecitas algún presente al Niño-Dios; casi todos llevan un canastito, ora con pasas, ora con higos; vasitos de miel y platos de nata. Y al unísono cántanle así en catalán:

“Qui li darem al noy de la mare,
li darem panes en bona balanza,
li darem figas y mel y mató”.

Esta fiesta es tradicional, pues se celebra desde hace varios siglos en Barcelona. Su música pastoril de flautas, pitos y gaitas tocados por los chicos, y la infantil alegría de estos inocentes, hacen palpable la parábola de Nuestro Señor: “Dejad venir a mí a los niños...”.

El pavo de Navidad no falta en la comida de las familias, igualmente que los famosos turrónes de Gijón, Alicante y otros puntos de España, mezclados a Tortas de Nadal, como llaman en Cataluña las que se devoran en esta ocasión; a los almendrados de Astorga y a los masapanes. La alegría de la Noche de Navidad es bulliciosa en Cataluña y no hay quién no participe de ella.

Santa María del Mar es otra iglesia interesante de Barcelona. Antiquísimo templo de piedra que debe su nombre al hecho de estar situado cerca del mar, en la calle de la Platería. Consta de tres naves sostenidas por columnas de piedra, esbeltas como palmeras. A esta igle-

sia asistía todos los domingos, a las ocho de la mañana, un batallón de artillería acompañado de su banda de músicos. Alzada la Hostia, tocaba por entonces esta banda la marcha real, a cuyos acordes los españoles reflejaban emoción honda.

San Felipe Neri se halla en la Plaza del mismo nombre. Su mayor reputación es la de que allí concurren grandes oradores sagrados, aptos en el arte del sermón y de la conferencia. Recuerdo haber escuchado al doctor Sánchez de Castro, eminente orador místico, que explicaba con suma claridad y sencillez las llamadas Bienaventuranzas.

Barcelona celebra con pompa y solemnidad la Procesión de Corpus. El Obispo lleva la Custodia bajo palio, y va acompañado de lo más importante del clero, del gobierno y de la milicia, y seguido de un cortejo de jóvenes católicos, de a dos en dos, vestidos todos ellos de la tradicional vesta. Vesta es una túnica negra de gran cola. El pecho de la túnica es de terciopelo negro y los hombres de tradición prenden de él las alhajas valiosas que se conservan en sus respectivas familias. Cada cual lleva un cirio encendido y marcha al son de cánticos sagrados. Las casas de las calles que recorría la procesión estaban floridas y embanderadas, a la vez que de los balcones pendían brocados y tapices antiguos. Las señoras arrojaban flores al paso de la procesión, especialmente a la carroza que había pertenecido a los Condes de Barcelona. La carroza es de carey con incrustaciones de nácar, va tirada por seis briosos caballos; los cocheros y postillones van de pantalón corto, media de seda, zapatillas brillantes, casaca, peluca empolvada y sombrero tricoinio. Tras la carroza, un grupo de palafreneros. Al final de la procesión, una nota desconcertante: un cortejo de enanos, deformes las cabezas, abigarradamente vestidos y metiendo una bulla infernal con tambores, flautas y platillos...

Al comienzo de la primavera hicimos una excursión a Monserrat, en el pueblo de su nombre. Para escalar la montaña nos detuvimos en Sabadell, que es donde se toman carruajes o burros para hacer la ascensión. Como la carretera era magnífica, algunos excursionistas optaban por los coches, pero la mayoría preferían lo pintoresco a lo práctico y subían en burros, a través de los caminitos estrechos que bordean íntegra la imponente montaña. El ascenso en burro permite admirar mejor la grandiosidad del paisaje.

La montaña es de piedra lamida y parece haber sido cortada a cincel, terminando en airosos picos. Créese que Montserrat estuvo sepultada dentro del mar Mediterráneo por siglos de siglos. Las aguas, al irse retirando, fueron descubriendo el monte y los campos de que está circundada.

En el Monasterio de Montserrat venérase a la Virgen de Ebano. La Madre de Dios aparece sentada, teniendo al Niño Jesús en el regazo. A la vez que imagen sagrada, es también espléndida obra de arte. Dícese que a la expulsión de los moros, quedó esta Virgen oculta en una cueva de la montaña, hasta que San Ignacio de Loyola, al huir herido, encontró refugio milagroso junto a Nuestra Señora. Próximo a la cueva está el Monasterio de Monserrat, donde los monjes celebran misas durante cierta época del año. En el altar mayor del Monasterio está colocada la Virgen Negra. Detrás del altar, en el camarín abovedado, pueden admirarse los votos dejados allí por los fieles; votos que cubren los muros y que son de la más completa variedad; alhajas valiosísimas, charrateras, espadas, coronas de novias, trenzas, muletas... Cada cosa guardada en su vitrina. La Virgen y el Niño llevan coronas de piedras preciosas y Ella está revestida por traje de lana de oveja, cuajado también de piedras. A las siete de la tarde, los sábados, los monjes cantan la Salve. Luego viene el Rosario, cantado por los alumnos del colegio que dirigen en el Monasterio los monjes. No-

table escuela de música, de ella han salido ejecutantes y cantantes de fama mundial.

Los visitantes de Monserrat se alejan en un ala de la abadía, dedicada por los Padres a posada de feligreses. Nosotros permanecemos allí durante nueve días, vinculándonos a aquella vida sagrada, en la cual no se ha olvidado,— fuerza es decirlo,— la vida mundana, pues hay restaurantes muy buenos.

A nuestro regreso a Barcelona continúe conociendo más a fondo la ciudad. Curioso es el hecho de un señor a quien se le ocurrió ennoblecer al bacalao. Era un comerciante en este género de pesca, que se hizo muy rico y en cuyo surtoso palacio colocó un escudo que en vez de armas heráldicas de antepasados, lucía un enorme bacalao en relieve. ¡Gratitud hacia la fuente de su fortuna!... y gesto de independencia de que serían incapaces los actuales nuevos-ricos.

En este transecurso, se presentó en casa de mis tíos un joven chileno que estaba de paso en la ciudad, Juan Manuel Echaurren González. Venía azorado a referir algo extraño que le había sucedido. Llegado a Europa poco antes que yo, había hecho el viaje en el mismo vapor, con don T. R., que venía solo, a pesar de ser casado y de tener familia. Los compatriotas intimaron en la navegación, desembarcaron juntos en los puertos, etc., hasta que en Pernambuco el vapor dejó a don T. R. en tierra. Echaurren no pudo hacer más que lamentar el percance acaecido al compañero, y al llegar a París se acercó al Consulado chileno a dar cuenta del incidente. A los pocos días, el cónsul avisó a Juan Manuel que acabada de recibir un cable de Pernambuco, en el cual se le comunicaba la muerte del señor R., a consecuencia de la fiebre amarilla. Después de un año de viaje a través de Europa, llegó Echaurren a Barcelona y fué al Teatro del Liceo la misma noche de llegar. ¡Y cuál no sería su sorpresa al divisar entre los espectadores en la fila inmediata a la suya a un caballero exactamente igual a don T. R.! Termi-

nado el acto, se fué a cerciorar, pero el señor había desaparecido. Sin embargo, Echaurren preguntó al vecino de butaca, con quien había visto conversar al sosías de R. —“¿Conoce Ud. a ese caballero?” —“Sí, respondió el interrogado, es un compañero de hotel y se llama T. P.” No cupo duda a Juan Manuel que se trataba del compatriota dado por muerto, y al día siguiente se trasladó a la “Fonda de las Cuatro Naciones”, domicilio indicado por el informante del teatro. Y encontró de nuevo a éste que le contó que el señor R. T. Pérez habíale golpeado muy temprano a la puerta, despidiéndose para un viaje urgente, pues lo llamaban con apuro por un asunto de importancia.

Dos años más tarde se supo en Chile, de buena fuente, que don T. R. vivía en Europa en perfecta salud.

La presunta viuda y sus hijos, tuvieron que convencerse de que el ausente no quería verlos y, en efecto, nunca volvió al país. ¡Misterio!

¿Cómo no dedicar un recuerdo al Castillo de Montjuich?... Sus fortalezas y troneras impónense a la vista y no pierden en grandiosidad, no obstante su vecindad al mar incommensurable en cuyas orillas se alza.

Hay un gran parque en la ciudad condal, circundado de magníficas rejas, que lucen en sus pilastras las armas y cascos de los Condes de Barcelona. Hermosos los jardines, bellos los juegos de agua, artísticamente dispuestos monumentos y estatuas, todo allí hace admirar la mano maestra que concibió el paseo y las que han continuado actuando en él más tarde.

“La Rambla de las Flores”, que está situada en la parte antigua de Barcelona, llega hasta el mar. Es la animación misma, sobre todo en la mañana. Las floristas y la muchachada dan allí una nota de color. De todos los colores, mejor dicho, y de todos los perfumes. Guapas, apetitosas, las floristas, cargados los brazos con un jardín ambulante, alternan con las mozas del mercado. Unas y otras son muy cortejadas por los estudiantes, a la salida

de los cursos, quienes las festejan y piropean a cambio de lindas flores o de ricas frutas. Esta especie de galanteo interesado es proverbial en Barcelona. Las cocineras catalanas son muy coquetas y visitan a su peluquero,— siempre a un peluquero de la Rambla, — antes de hacer sus compras. Así, onduladas las cabelleras, hacen el mercado y cosechan el sufragio de admiración general. Varias de las principales calles de Barcelona revientan en esta avenida, como ser la calle de Fernando, la de la Princesa, la del Consejo de los Ciento, de modo que la Rambla es universal en cuanto a quienes la frecuentan. Haciendo contraste con estas arterias aristocráticas, está en la parte vieja de la ciudad la calle de la Boquería. Muy estrecha, comercial por excelencia, está sembrada de tiendas surtas de todo cuanto se pueda imaginar, desde lo más caro a lo más barato. La multitud la invade todo el tiempo y transita a través de ella igualmente por las veredas que por la calzada.

¡Y qué decir de la ciudad nueva!... El Paseo de Gracia, la Gran Vía, son avenidas grandiosas, pobladas de palacios, y de una longitud respetable. La primera llega hasta el pueblo de Gracia, junto al cual está el pintoresco lugarcito de Bona-Nova, al pie de imponente montaña; y, vecino a éste, el sitio llamado Pedralbas, famoso por la calidad de sus requesones.

Recuerdos de ahora, impresiones de entonces. Todo muy interesante, y muy afectuosos los tíos, pero el tiempo pasaba y yo no me habituaba a la separación de mi casa. ¡Cuatro años! Cuatro años sin verles y, a veces, largo tiempo sin recibir correspondencia. Cuando llegaban las cartas, qué de sensaciones encontradas. La alegría de reconocer la letra de mi madre, el temor de que su correspondencia trajera malas noticias. Placer y angustia que sacudían mi alma, desasociados que en muchas ocasiones impedíanme abrir yo misma las cartas. Pero allí estaban, junto a mí, los tíos, convertidos en verdaderos padres... Sin embargo, era forzoso regresar al país. Ya

no podía más con mis zozobras, con mi ansia de venir junto a mi madre, y los negocios del tío, a causa de la guerra del Pacífico, habíanse resentido grandemente. Imposible era para ellos realizar su proyecto de venirse a Chile para siempre. Alejada la idea de viaje al país, propusieronme me quedara con ellos, en calidad de hija. Inmensa fué mi gratitud, pero aquello no podía ser. ¡Qué dilema! Hacerles sufrir con la separación o hacer sufrir a mi madre y sufrir mucho yo misma. ¡Imposible!... A pesar de mi impulso, quise consultar antes a mi confesor. Expuesto el caso, "haz, hija,—me dijo,—lo que el corazón te dicte!"... Mi resolución estaba, pues, tomada, y hube de participarla a mis tíos, abrigando unos y otra la esperanza de reunirnos algún día en Chile.

Comenzamos los preparativos de viaje, que no eran otra cosa que una compra interminable de toda especie de regalos. Fuimos arreglando un cajón que llegó a ser un arca de Noé. Piezas de madapolán, ropa confeccionada, utensilios de casa. Mi regocijo era profundo y gozaba de antemano con las diferentes reacciones de cada uno de los de la familia al recibir de nuestras manos los objetos que les estaban dedicados. Nuestras manos, digo, porque los tíos resolvieron venir a Chile a dejarme...

Antes de partir de España, fuimos a Madrid, y nos detuvimos en Guadalajara, donde residía un matrimonio relacionado con la familia. La señora era chilena, doña Rosa Llausás, casada con don Lorenzo Gallegos, ingeniero-militar español, jefe de la Academia de Ingenieros y oriundo de Castilla la Vieja. La Academia ocupaba el antiguo palacio de los duques de Osuna, legado a la nación por la familia. Mansión regia, digna de príncipes, en efecto, y que fué habitada por los primeros duques de Osuna, aquellos que recuerda la historia por hidalgos y por buenos, por magnánimos... Los techos eran artesonados de oro; los frescos, obras de renombrados pintores de la antigüedad. Gran parque en cuyo fondo estaba el panteón de los de Osuna. Soberbios mausoleos en már-

mol negro... No hace muchos años, un incendio devoró esta residencia.

Ocho días estuvimos en Guadalajara y continuamos a Madrid. La Capital del reino era otra cosa que la capital de Cataluña. Barcelona, industrial, comercial, ha merecido por parte de sus habitantes esta frase: "Barcelona e bona si la bolsa sona, sona o no sona". Siempre es buena, en resumidas cuentas. Yo misma salí de allí con pena, formulando en lo más profundo de mi alma: "¡Quién pudiera volver". Madrid es más alegre, bulliciosa y, sin embargo, tocada de ese no sé qué de las capitales de un reino. Asiento de la Corte más austera del mundo, Madrid me pareció espléndido, elegante, rico en palacios, en jardines, en museos, en plazas... ¡Sus plazas! La de Oriente, por ejemplo, en la cual se erguía la residencia de los reyes. Por entonces todos eran comentarios en torno a los monarcas. Alfonso XII estaba casado con María Cristina y había nacido la primera hija de ambos. Habíanla bautizado con el nombre de Mercedes, en recuerdo de la primera esposa del rey, Mercedes de Orleans, hija del duque de Montpensier y de Luisa Fernanda de Borbón, hermana menor de Isabel II. Primos hermanos, en consecuencia, Mercedes y Alfonso habíanse querido desde la infancia y realizaron el prodigio de unir un primer amor. El segundo matrimonio del rey, en cambio, con María Cristina de Austria, había sido hecho por razón de Estado. El pueblo comparaba a las dos reinas y no olvidaba aún a la muerta. La nación había aceptado entusiasmada el primer matrimonio, no así Isabel II, quien rehusó de asistir a él. Su marido, don Francisco de Asís, miró gustoso la unión y vino a España a ser padrino. España no fué defraudada por la reina Mercedes. Eran proverbiales su modestia, su falta de vanidad y su dulzura. Desgraciadamente murió pocos meses después de su matrimonio.

Aunque se sentía mal, Mercedes no quiso sustraerse al lavatorio de pies del jueves santo, asistió a la ceremonia, lavó los pies a doce pobres y cayó ese día herida de

muerte. Llamó a su confesor, que era el Patriarca de Indias, y éste le preguntó si sentía dejar este mundo. —“Sí, contestó ella serenamente. Lo siento por Alfonso y por mis padres”. Alfonso XII sufrió profundamente. Ella fué amortajada, según su deseo, con el hábito de Mercedes.

En Madrid permanecemos quince días, interesados por sus antigüedades, sus colecciones artísticas y el sinnúmero de cosas grandiosas que ofrecía la ciudad cortesana. Y partimos a Portugal, para tomar el vapor a América. Atravesamos la España entera en dos días de viaje. Los campos de Extremadura hicieronme pensar en los de Chile. En Oporto estuvimos algunas horas y las aprovechamos para conocer las grandes bodegas del famoso vino generoso, así como para ver la fabricación misma del oporto. Y continuamos a Lisboa, ciudad que no conocía, a causa de que a mi venida de Chile el vapor no fué aceptado por las autoridades.

Nos alojamos en un hotel de la Plaza de Oriente. Desde los balcones miraba los almacenes y las tiendas, cuyos letreros leía y cuya traducción hacía a mi guisa, descifrándolos de acuerdo con el parecido que, en verdad, existe entre el portugués y el español, pero que se presta, — ¡sabe Dios cuánto! — a equivocaciones notables. Había, por ejemplo, un almacén de “luvas”, que yo tomé por dulcería y que en realidad era tienda de guantes; otro de “faccenda” y que era de ropa hecha. Los precios también me despistaban, pues la cosa más insignificante costaba cinco mil reis.

Permanecemos nueve días en Lisboa, recorriendo sus sitios principales e iglesias más importantes. En la Catedral están sepultados reinos y reyes desde tiempo inmemorial. Los sarcófagos son de mármol negro y el nombre correspondiente a los restos está incrustado en letras de oro. De todos ellos, el que me pareció más hermoso como nombre es el de una princesa de Braganza llamada María de la Gloria. Las campanas de los templos portugueses suenan a orquesta cuando dan las horas. Son los más armoniosos

carillones que he escuchado hasta la fecha. En cuanto a mansiones regias, Belén, Cimbra y Coimbra, son dignos de atención.



Nos embarcamos en el vapor "Congo" de las Mensajerías Marítimas de Francia, que antes fueron Mensajerías Imperiales. Venían muchos pasajeros, la mayoría de los cuales eran argentinos procedentes de París. Recuerdo a un señor Cueto, casado con uruguaya, y cuya hija mayor, Isabel Cueto Ressig, era extremadamente bonita; a don Francisco Moreno, el gran explorador de Tierra del Fuego y de la Patagonia, más tarde perito en el asunto de la Puna de Atacama. Muy agradable fué esta navegación, debido a que el tiempo, en un principio a lo menos, fué soberbio, y debido también a las comodidades del vapor. Los camarotes eran con catres y sobre nuestras cabezas no había las literas de los vapores ingleses. El comedor tenía sillas móviles, la comida era espléndida y servida de modo muy elegante por negros de pasa uniformados de etiqueta. Cuando llegamos a Dakar, el vapor se vió asaltado por canoas transportando negros y negras, vistosamente ataviadas ellas, mientras ellos no llevaban más que un tapa-rabo. Dirigíanse en francés a nosotros y nos ofrecían "je traverse le bateau pour un sou". Al cuello llevaban un cordón con un amuleto. Resultó ser un talismán para que no se los comiera el cri-cri. (Cri-cri llaman en Dakar a los tiburones). Todo el día estuvimos entretenidos con estas gentes de color, que nos obsequiaban ramos de flores de laurel a cambio de monedas y de comistrajos. La travesía fué espléndida hasta cuatro días antes de llegar a Río de Janeiro. Desencadenóse una tempestad violenta, con truenos y relámpagos; el mar, embravecido, arrasaba con todo cuanto había sobre cubierta; el vapor trepidaba de popa a proa y la consternación fué adueñándose de los pasajeros y aun

de la tripulación. A las 2 de la mañana, el capitán hizo levantar a todos el mundo y obligó a ponerse los salvavidas. ¡Pavor indescriptible! Reunidos los pasajeros en la parte baja del buque, junto a los camarotes, mujeres, hombres y niños rezábamos el trisagio con fe profunda. Al amanecer, presentóse a nuestra vista un sol esplendoroso, a la vez que la tempestad habíase calmado. El espectáculo de Río de Janeiro nos dejó absortos. Estuvimos allí día y medio y dejamos en el Brasil la hélice del vapor "France", perteneciente también a las Mensajerías, que venía destinada a reemplazar una que se había quebrado hacía cuatro meses y que era esperada en Río para que este vapor reanudara sus viajes. Debido al peso de la hélice, corrimos el peligro de naufragar.

De Río a Montevideo no hubo incidentes especiales. Llegamos al Uruguay en pleno otoño y pasamos allí el invierno y parte de la primavera, en casa del tío médico Juan Rusiñol. Mis tías, hermanas que se querían entrañablemente, no se veían desde hacía varios años. Los maridos de ambas eran catalanes, de modo que todos se entendían bien entre sí. Felices fueron esos meses pasados en Montevideo. A mi prima, María, la quise como hermana.

El tío Rusiñol era el doctor de más fama del Uruguay y estaban relacionados él y los suyos, con lo más selecto de la sociedad. Conocí a muchas personas cuyo recuerdo persiste hoy. Una de las señoras que llamaba la atención por entonces, era Mercedes Mandeville, casada hacía poco con el Ministro español, señor Castellanos. (Después este matrimonio se radicó en Madrid y una de sus hijas fué la última novia del General Primo de Rivera). Recuerdo a las Cibils, a las Sosa Díaz-Maderna, a Isolina Eastman, que había de contraer matrimonio con un chileno, Hernán Vial Bello; a María Carlota Avalos, que contrajo matrimonio con Adolfo Basáñez y quienes también vivieron después en Madrid, llamando Carlota la atención de la Corte por su belleza. Su hija es Mercedes Basáñez, esposa de Emilio Rodríguez Mendoza.

Mi tía tuvo miedo a la navegación, pues se mareaba mucho, y sólo mi tío vino a dejarme a Chile. A mediados de octubre nos embarcamos en el vapor "Galicia". Triste la despedida, lágrimas y recuerdos... Pero, luego nos habituamos a la nueva vida, a bordo. Venían Ramón Subercaseaux y Amalia Errázuriz con su hijo Pedro, niño entonces, al cual celebrábamos todos, pues nos entretenía muchísimo, y que se hizo querer sin excepción. Pasamos el Estrecho en día de sol maravilloso. ¡Qué región tan bella!... Al fin desembarcamos en Valparaíso. Lo primero que salió a nuestro encuentro en el muelle, fué un tortillero: ¡tortillas de rescoldo tostaditas!... Se me hacía agua la boca y no resistí a la tentación de comprar algunas, que devoré en el trayecto a Santiago. En nuestro compartimento venía don Miguel Cruchaga, amigo de mi tío y relacionado con la familia de mi padre. Distrájose él durante el viaje, preguntándome impresiones de Europa, y yo hablaba como lora, nerviosa y feliz con la idea de volver a ver a mi madre. El señor Cruchaga compró un lindo ramo de flores en Quillota y me lo obsequió. Era muy fino.

A las diez y media de la noche, llegamos a Santiago. En la estación estaban misía Magdalena Vicuña de Subercaseaux, sus hijas y yernos, juntos con mi madre y hermanos. ¡A qué describir esos momentos de emoción profunda y de ternura, mezclados a lágrimas de alegría! Al ponernos en camino hacia la casa, la luna brillaba con luz tenue y daba a la ciudad el aspecto de un vasto cementerio. Esa fué mi impresión al cruzar Santiago, después de larga ausencia. Ciudad muerta más que dormida. Mi madre habitaba por entonces en la calle de San Ignacio, en los altos de la casa de un señor español que fué muy bueno para nosotros, don Manuel Capdevila, como igualmente su esposa doña Manuela Riesco.

Una de mis amigas de infancia, Ana Rosa Salcedo Solar estaba muy grave, atacada de tisis galopante. En la misma noche quise ir a verla, pero ello no fué posible. A la mañana siguiente mandé a la empleada a saber cómo seguía y

a que le llevara un ramo de flores. La criada volvió consternada, pues mi amiga había muerto al amanecer. Fué un golpe para mí. Nos conocíamos desde chicas y nuestras madres eran más que parientes, parecían hermanas. Emilia Solar de Salcedo también era chillaneja. (Me refiero a la viuda del Almirante Salcedo). Inmediatamente fuimos a casa de ella. Al abrazarse las dos amigas, Emilia dijo a mi madre: "Mientras a ti te llega tu hija, la mía se va para siempre". Mi compañera acababa de cumplir 17 años. La contemplé muerta. Estaba más bonita que viva. Sus ojos, que fueron soñadores, aparecían festoneados de largas y onduladas pestañas. Parecía dormir... Arrodillada al pie de su ataúd, medité sobre tanta cosa; Llamada por Dios para evitarle, sin duda, las amarguras que nos reserva la vida. Yo misma, a pesar de la alegría indescriptible de encontrarme entre los míos, estaba sumida en la pena ante la coincidencia de mi llegada y la partida de ella, como había expresado su madre. Y mis primeros días de estada en Santiago, fueron para acompañar a esa familia herida en lo más hondo de sus afectos. Era noviembre, el mes de los muertos, y los jardines estaban floridos como para darnos ocasión de ofrendar flores a los ausentes queridos...

Llegó el verano y partimos a la hacienda Pirque, de misía Manuela Subercaseaux de Vicuña. La hospitalidad de esta señora era tan amplia, que nos pidió lleváramos a nuestra criada antigua. ¡Qué temporada tan agradable pasamos en el hogar de esa familia en que todos eran bondadosos! Una de las hijas, Cecilia, tenía el carácter más bello que es dable imaginar; estaba dispuesta siempre a sacrificar sus gustos por los de los otros. Era romántica, inspirábase en las avenidas sombrías y recitaba poemas de Gustavo Adolfo Bécquer, poniendo de relieve la filosofía y el fondo de tristeza que hay en tales composiciones:

"Hoy como ayer, mañana como hoy..."

Cada cual de los hijos de misía Magdalena Vicuña de Subercaseaux, tenía su hijuela en Pirque. En la perteneciente a la madre, estaban situadas las casas primitivas de la gran hacienda. Todos los domingos reuníase la familia para ir a oír misa a la capilla de Pirque Viejo. Era el día de diversión general, pues nadie era triste y sí graciosos y ocurrentes. A la caída de la tarde dispersábamosenos. Las señoras ocupaban los carruajes y la muchachada los caballos. Durante el trayecto recitábanse poesías y cantábase con entusiasmo. En marzo de ese mismo año contrajo matrimonio una nieta de misía M., Julia Larraín con Ernesto Zorrilla, en la chacra del Llano Subercaseaux. La ceremonia fué suntuosa. La señorial mansión vióse concurrida por lo más distinguido de la sociedad y por el Cuerpo Diplomático. Orquesta de profesores amenizó la fiesta. El Parque, sombreado de árboles añosos; los floridos jardines, la laguna surcada de aves, contribuyeron a la belleza del espectáculo. La concurrencia formaba animados grupos y bailó hasta las primeras horas de la noche. Los novios partieron a Viña del Mar.

Momentos de tregua eran éstos en mi vida, pues se me presentaba el más duro de los problemas: yo debía trabajar en algo, en lo que se me presentara, pues mi madre contaba con muy escasa fortuna. De sus padres había heredado un fundo de 180 cuadras, llamado Caripoco y situado a cinco leguas de Chillán. Muertos mis abuelos, habíase dividido la hacienda del mismo nombre entre los cinco hermanos. La hijuela de mi madre fué puesta en arriendo, con mala suerte, ya que el primer arrendatario no pagaba el canon, y cuando encontró uno honrado, mi madre le vendió la propiedad. La renta no alcanzaba para nuestras necesidades y mis hermanos estaban aún en el colegio. Mi madre tejía de la mañana a la noche. Hacía chales y puntas de lana que le encargaban las amigas. Tejía también para vender o rifar y daba lecciones de piano entre las jóvenes de nuestro círculo.

matanza

¿En qué trabajaría yo?... En algo más lucrativo: me convertí en modista de sombreros. Principié a confeccionarlos para nuestras amigas íntimas y fueron ellas quienes me animaron a dar vuelo a mis actividades, haciéndome convenir en que yo tenía mucho gusto para ese género de obra. Poco a poco fuí aumentando mi clientela, a grado tal que algún tiempo después hube de tomar una ayudante. ¡Qué felicidad fué para mí poder ayudar así a mi madre! Con lo poco que ella tenía y con el producido de mi trabajo llegamos a satisfacer las necesidades apremiantes de la vida diaria, y aun pudimos rechazar pequeñas humillaciones. Recuerdo, por ejemplo, que una señora pariente cercana de mi padre asignó a mi familia, a la muerte de mi padre, una mesada mensual de tres pesos. Mi hermano menor iba por la mesada todos los meses. Cuando yo regresé de Europa, mi hermano tenía ocho años y me contó que nuestra protectora le hacía esperar ratos largos, en el pasadizo de la casa, antes de hacerle entrega del dinero. Indignada con semejante proceder, rogué a mi madre que renunciara a recibir esa mesada. Activa e independiente, no me gusta humillar ni que me humillen; menos aceptar desatenciones de personas que habían sido tan favorecidas por nuestra familia. La persona en cuestión, habíase casado bajo la tutela de mi mamita y nada menos que con un futuro Presidente de la República.

A pesar de carecer de fortuna, participábamos de muchas fiestas, de grandes bailes. Las buenas amigas de mi mamá, no sólo nos invitaban, sino que nos compraban ricas telas, de las que nosotras mismas confeccionábamos nuestros trajes. Noche a noche asistíamos al Teatro Municipal; siempre estábamos invitadas. Al abono A. íbamos al palco de las Iníiguez Vicuña; al B. al de la Emilia Solar de Salcedo. Beneficios eran éstos, que nunca pesaron sobre nuestra dignidad y que nos caían en suerte, debido a los afectos que sabía despertar mi madre. Sus

amigas trataron siempre de hacerle llevadera la existencia y uno de los detalles que más cuidaban, era el de proporcionar a sus hijos aquello que ella no podía darnos. Mi madre era tan buena que nuestras amigas decían: "Rosaura hace milagros en vida; es una santa".

Aunque ello parezca exagerado, deseo relatar lo que me contó una señora, recién llegada yo de Europa. A poco de morir mi padre se fué mi madre a un templo, postrose a los pies del altar de San José e imploró de este modo al Santo. "De hoy en adelante tú serás el padre de mis hijos. Vela por que no carezcan de nada". Pareció que el Santo había escuchado la plegaria, pues durante dos años nada faltó a la familia, pero después fué escaseando todo en casa. El trabajo no daba para cubrir las primeras necesidades.

Afligidísima volvió mi madre una mañana al templo e hizo cargos a San José en su papel de padre negligente y rogóle no desamparase a sus hijos. Mientras mi madre estaba implorando detúvose un carruaje a la puerta de casa y el cochero preguntó: "¿Vive aquí doña Rosaura Canales de Smith? Como le contestaran afirmativamente, el buen hombre comenzó a bajar del coche paquetes de café, té, azúcar y otros varios comestibles suficientes para apear una despensa y una variedad de géneros blancos para ropa interior y también para trajes, además cajas de medias y calcetines. La sirvienta estaba deslumbrada y creía que mi madre había adquirido todo aquello para pagarlo por mensualidades. Cuando llegó mi madre a la casa y vió tanta cosa útil reunida, pensó en una equivocación del cochero; pero la sirvienta le dijo: Nó, puesto que traía un papel con el nombre y la dirección de la patrona".

Convencida quedó mi madre de que se trataba de un milagro, de que San José había iluminado y movido a alguna alma buena. Debe haber sido así; nunca supimos quién fué esa alma.

Rápidos se deslizaron los primeros años de mi llegada a Santiago. Mi hermano mayor, que estaba ausente de la Capital, vino a reunírse nos y se ocupó en uno de los diarios de la época. Nos ayudaba en los gastos de la casa, de la que tuvimos que trasladarnos a otra, pues la de la calle San Ignacio resultaba muy pequeña. Pasamos a habitar unos altos de la calle Santa Rosa (propiedad que fué del Arzobispo Valdivieso). Los bajos estaban arrendados a don Bernardo Solar Vicuña, hijo del segundo matrimonio de misía Pepa Vicuña, viuda del General don Juan Mackenna. Don Bernardo era casado con la señora Delfina Avaria y tenían varios hijos: Bernardo, Fermín, Nicomedes, Alberto, María del Carmen, Luis, Sara, Delfina y Adela. Nuestras familias eran muy amigas desde hacía tiempo, de manera que esta vecindad fué recíprocamente muy agradable. Nos invitaban a pasar las tardes en su casa; tocábamos y rezábamos el rosario en el oratorio que había pertenecido al Arzobispo. El oratorio era austero, pintado de cal y muy modesto, tanto como los reclinatorios que eran de paja; de paja también la estera que cubría los antiguos ladrillos del suelo. En todo veíase la santa humildad del prelado. Esta casa pertenece hoy día a las Siervas de Jesús, santas y misericordiosas Madres que cuidan con abnegación a los enfermos.

Dos años permaneció la familia Solar en esta casa. La mala salud de la señora los obligó a radicarse en Valparaíso. Nuestra pena de verlos partir fué mitigada por la venida de los nuevos arrendatarios, un señor Varas, casado con la señora Mercedes Mena. Tuvimos amistad también con ellos hasta el momento de irnos a habitar a la Avenida Independencia. Mi hermano tenía un íntimo amigo, Manuel Domingo Correa, quien le propuso arrendar entre ambos un chalet recién construído, rodeado de quinta bastante grande. Nos trasladamos, pues allí, calle que por entonces se llamaba la Cañadilla. Estábamos instaladas más cómodamente; pero el barrio no me gustaba: la



Escuela de Medicina al frente y muy próximo el Cementerio. El ambiente era triste, sin contar la distancia a que quedábamos del centro. No vivimos más que un año en esta casa.

Mi hermana salió por entonces del Colegio de los Sagrados Corazones, ya era toda una señorita. La primera vez que salió al mundo fué al Teatro Municipal, durante la temporada de invierno, al palco de las Iñiguez Vicuña.



Señora Victoria Smith de Pesse

Fué celebradísima la aparición de Victoria. Todos dirigían sus anteojos al palco y preguntábanse quién era esa niña tan bonita e interesante. La familia Iñiguez Vicuña, pariente nuestra por el lado de nuestros abuelos pater-

nos nos colmaba de atenciones, sin considerar jamás nuestra situación por los reveses de fortuna. Otro tanto Emilia Solar de Salcedo, a cuyo palco íbamos también con M. Mercedes Salcedo, su hija que salía a sociedad después del segundo aniversario de la muerte de su hermana, mi amiga íntima. Así, pues, gozamos nuestra juventud como si hubiéramos sido ricas, gracias a la bondad de algunas personas.

Victoria tenía gran afición por el canto y era un inmenso placer para ella oír a los buenos artistas. Mi madre resolvió que estudiara canto y pasó a ser alumna de la señora de Antonieti, esposa de un Director de Orquesta, radicado en Santiago. Victoria debía recibir dos lecciones en la semana. Entusiasmada la maestra con la voz de Victoria, sólo cobró el primer mes de aprendizaje, después, tomó a honor enseñar a mi hermana y se esmeraba en ella. La señora Antonieti era de la escuela de aquella gran cantante que hacía las delicias del Convent Garden, la Malibrán.

Luego tuvimos el pesar de ver que Emilia se iba a Europa, acompañando a sus hijos que iban a estudiar a la Universidad de Lieja. Tres hijos tenía Emilia: M. Mercedes, Severo y Samuel.

Ese mismo año Andalucía sufrió una enorme inundación y toda América prestó su ayuda a la Madre Patria. Para reunir fondos se organizó en Santiago, un gran concierto, que tuvo lugar en el Teatro Municipal. Victoria cantó entonces en público por primera vez. Cantó "Música Prohibita", muy en boga entonces. ¡Cómo describir el triunfo de mi hermana! ¡Linda voz, juventud, belleza!... Qué de aplausos! ¡Qué de canastillos de flores que al día siguiente fueron depositados en la tumba de mi padre!

Victoria continuó tomando parte en los conciertos que se organizaban por entonces en la Unión Central. Cantó con Aramburu, tenor de fama mundial, el dúo de la "Fa-

vorita”, con motivo de una fiesta a beneficio de la Protectora de la Infancia. Lluvia de flores y bandada de palomas encimadas fueron las manifestaciones más expresivas de su éxito, además de los aplausos y ovaciones sin fin. Como era justo, Victoria tuvo varios admiradores y no pocos pretendientes. Dos años más tarde se casó con aquel en que menos pensábamos.

¡Destino! Murió muy joven, menos de treinta años, y tuvo diez hijos.

A raíz del matrimonio de Victoria nos fuimos a Valparaíso. Ofrecieron la crónica de “La Unión” a mi hermano Salvador y partimos con él, tristes con la separación de mi hermano menor, Manuel, quien quedó en Santiago ocupado en el escritorio de un amigo de la familia. Su empleo le daba tiempo para continuar sus estudios.

Apenas nos separamos, cuando él expresó no conformarse con la separación. Resolvió seguir la carrera sacerdotal y vino a prepararse al Seminario de Valparaíso, de cuyo establecimiento religioso quedaba cerca nuestra casa. Durante el primer año de permanencia en el Puerto, no trabajé, preocupada de los quehaceres de la casa y ayudadas como éramos por Salvador. Pero él fué trasladado a Concepción y hube de buscar trabajo fuera del hogar. El cura de la Parroquia de los Doce Apóstoles, a la sazón, don Juan Ignacio González Eyzaguirre, futuro Arzobispo, me propuso que tocara en la iglesia. Principié por ejecutar en armonio, después de haber ido varios días a ensayar; en seguida, ejercítame en el órgano. Esto me costó bastante, pues no tenía fuerzas suficientes para mover los pedales. Quedaba sumamente fatigada; entonces era delgada y débil. Cuando ya pude tocar, un niño tenía que ayudarme a mover los pedales. ¡Qué de sacrificios!

Los Padres Jesuitas de Santiago me proporcionaron otro trabajo: la confección de los premios destinados a los alumnos del colegio. El trabajo consistía en colocar un nudo de cinta a algunas medallas y una coronita de flo-

res emblemáticas a otras. Me esmeraba en la confección de estos premios, para tener contentos a los Padres y para dejar bien a la amiga que me había recomendado a ellos, la bondadosísima Elenita Correa Rivas. He visto unas cuantas medallas arregladas por mí, en casa de Carolina Iñiguez de Pereira, que corresponden a los premios obtenidos por sus hijos. De más está decir que este trabajo me proporcionó unos cuantos pesos.

A los dos años de permanencia en Valparaíso, a principios de agosto de 1888, se produjo allí un acontecimiento tristísimo. Después de una semana de lluvia torrencial amaneció un día espléndido. Cansada del obligado encierro, salí temprano en busca de una amiga para ir juntas a recorrer el comercio, y a gozar de ese día de sol. Ibamos por la calle de la Victoria, cuando de repente oímos un ruido ensordecedor, y quedamos sorprendidas y aterrorizadas al ver que desde el puerto venía una afluencia de agua tan considerable, que en un dos por tres todo estuvo inundado a nuestro alrededor; al mismo tiempo que una multitud de gente avanzaba a todo correr huyendo de algo espantoso; hombres de a caballo cargando cuerpos de personas ahogadas o moribundas, mientras otras eran arrastradas por las aguas. ¿Qué sucedía? Imposible darnos cuenta en el momento mismo del pánico. ¡Era la catástrofe del Tranque de Mena! Se había derrumbado, y una avalancha de agua caía del cerro devastando las habitaciones de los moradores.

El comercio acababa de abrir su puertas y nadie atinaba a volver a cerrarlas. Dueños y empleados huían desfavoridos, sin saber bien qué pasaba y presos del ansia de salvarse. Todo el comercio sufrió con esta catástrofe, como también las calles inundadas por el agua. Qué triste era todo aquello! Luego vino el desfile de la población a recorrer los parajes desolados y las calles cercanas a los cerros, todas ellas completamente sepultadas bajo el fango. ¡Y qué de víctimas!

Al año siguiente, mi hermano Manuel se enfermó de gravedad, y tuvimos que irnos a vivir a Los Andes por prescripción del médico. Tuvo que interrumpir sus estudios durante un período. Felizmente, la estada en la cordillera fué benéfica para él; no así para mí, pues la altura me hizo mal para el corazón y los nervios. Cuando mi bondadoso padrino y su buenísima esposa supieron el mal estado de mi salud, le escribieron a mi madre, pidiéndole que me dejara ir con ellos a pasar la temporada de verano en Viña del Mar. En Llayllay nos reunimos, y a los pocos días de llegar a ese encantador balneario, sentí un bienestar y reacción en mi salud. Su buen clima, el hallarse allí varias familias santiaguinas y algunas amigas muy queridas desde la infancia, todo esto influyó favorablemente a una pronta mejoría.

¡Qué de paseos agradables! En las noches de luna íbamos a la playa de Miramar, llevando guitarras, bandurrias y mandolinas, instrumentos que estaban muy en boga en esa época. Nos sentábamos en las rocas, tocábamos y cantábamos canciones, unas tristes, otras alegres, las violetas y golondrinas de Becker, la Canción del Cisne y el Nocturno de Acuña, y algunos aires argentinos. Hasta la una de la madrugada nos quedábamos algunas veces en la playa, gozando de la fresca brisa del mar y de la agradable compañía de los amigos que convivían con nosotros en el mismo ambiente.

Restablecida la salud de mi hermano, pudo seguir su carrera, continuando sus estudios en la diócesis de Concepción. Eligió esa diócesis por la escasez de sacerdotes que había en aquel Obispado.

Con mi madre resolvimos vivir en Santiago. Buscaríamos una casa pequeña, mientras llegaban los muebles. Una buena amiga, Teresa Fóster de Besa, nos ofreció su casa. Mi padrino edificaba la suya en la calle Huérfanos entre Bandera y Morandé. Le propuso a mi madre que viviésemos con ellos en familia. Decía: "Para qué hacer

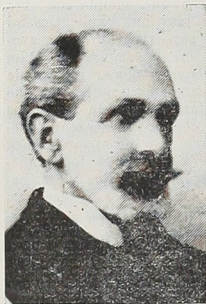
ese gasto de arrendar casa". En los bajos de su casa había un departamento apropiado para nosotras, enteramente independiente, ya estaba concluido; de manera que el día que quisiéramos, podíamos habitarlo. Mi madre refirióme la proposición de mi padrino. "Madrecita, le dije, vivamos solitas en nuestra casa, aunque sea pobremente; trabajaré en todo lo posible, ya que somos solas las dos. No hay nada mejor que vivir independiente" Contestóme mi santa madre: "Se hará lo que desees, hijita".

A los pocos días fué a verlos mi madre, quedóse a almorzar con ellos y le preguntaron que cuándo nos íbamos al departamento; mi madre tuvo que explicarles mi resolución de arrendar una casa para vivir sin ser gravosas a nadie. Causóles extrañeza mi determinación. "¿La Carmen dijo eso? Dígale que venga a comer esta tarde con nosotros y la llevaremos al teatro; pero no le diga que sabemos su resolución". Fui esa tarde y cuando estábamos en la mesa, me dice mi padrino con severo acento: "¿Será posible que te opongas a vivir con nosotros? Nunca nos hubiéramos imaginado esto. Vivirán con toda independencia; eso sí, nos acompañarán en nuestra mesa, haciéndonos un servicio en comer con nosotros. ¡Somos tan solos!" Me desarmó esta generosidad tan noble y de verdadero cariño. Al día siguiente mandamos los muebles y arreglamos nuestro departamento con toda independencia. Se componía de un dormitorio para las dos, un cuarto de baño, uno de vestir, que servía de costurero y un saloncito para recibir a las amigas íntimas. Muchas veces llenábase la salita con mis amigas de confianza, que venían a consultarme sobre modas, trayendo muestras de géneros para que les diera mi opinión e ideas en la confección de sus trajes. Cuando nos reuníamos a la hora de comida, me preguntaba mi padrino por qué teníamos tanta algazara en mi saloncito, yo le respondía que eran amigas que venían a consultarme sobre modas, porque tenían confianza en mi gusto. "Eres más buscada que un

Ministro, me decía él, podías hacerte rica en poco tiempo si por cada consulta cobraras cinco pesos". Verdaderamente, a veces duraba la consulta todo el día.



A mediados de 1890 principiaron los disturbios políticos que ocasionaron la revolución del 91.



Don Carlos Besa



Señora Teresa Fóster de Besa

A la última sesión que hubo en la Cámara de Diputados, que fué de noche, asistí a ella invitada por mi amiga Teresa Fóster de Besa, pues Carlos su esposo era Diputado. Carlos era opositor. Desde la tribuna de los diplo-

máticos presenciarnos la sesión, que fué por demás acalorada. Presidente de la Cámara era don Pedro Montt. Los diputados contrarios al Gobierno, que hablaron, fueron Carlos Walker Martínez, Isidoro Errázuriz (el Condorito) y otros que no recuerdo. Balmacedistas eran don Francisco Concha, Ricardo Pérez Eastman y Anselmo Blanlot H. Los opositores no dejaban hablar a los balmacedistas, metían una bulla fenomenal, haciéndose imposible oírlos. No así cuando ellos tenían la palabra. Cuando habló don Isidoro Errázuriz, fué aplaudido estruendosamente, como que era uno de los grandes oradores de Chile. Al hacerse silencio se oyó un grito salido de la barra que resonó por toda la sala: "Vendido el Condorito". Todas las miradas se dirigieron al sillón que ocupaba el señor Errázuriz, quien, acomodándose mejor en el sillón, quedóse impassible. Nadie protestó de la injuria. Después de esta acalorada sesión que duró hasta las altas horas de la madrugada, fué preparándose el terreno para que pronto estallara la nefasta guerra civil. ¡Anomalías de la vida! Los mismos que años atrás llevaron al poder a Balmaceda, se declararon sus encarnizados enemigos.

Estalló la revolución el 6 de enero del 91, a la cual, desgraciadamente, se unió la escuadra, guerra civil que tantos males ocasionó al país, revolución injusta que así la reconocen hoy día muchos de los grandes opositores que sobreviven. ¿Y por qué? Porque se impone la justicia de la causa del inmortal Balmaceda. Se propendía a la nacionalización del salitre, conquista del 79 por los chilenos. "Los campos que fueron regados con la sangre de tantos chilenos, debían ser propiedad nacional y no de extranjeros".

El Congreso resistía negando su cooperación para el despacho de la Ley de Presupuestos que debía regir el 1.º de enero de 1891 y la aprobación de la ley que fijaba las fuerzas de mar y tierra. El 1.º de enero debía paralizarse la marcha de la administración, despedirse a los empleados

públicos, licenciarse a los soldados y marinos, suspender los pagos en el exterior, etc., o declarar la dictadura. Esta oposición injusta precipitó al país al caos y a la anarquía. He aquí la guerra civil más encarnizada de hermanos contra hermanos.

Los balmacedistas pelearon con valor heroico hasta rendir sus vidas en los campos de Pozo al Monte, Concón y Placilla. Los cuerpos de algunos de sus jefes fueron profanados por el vandálico furor de los opositores. En Pozo al Monte se ensañaron en los cadáveres del General Robles y del Coronel Méndez. En fin, más bien pasar por alto tanto horror cometido en esa pavorosa fecha teñida en sangre fratricida.

Balmaceda, a última hora puede decirse, sufrió la traición de varios jefes, sobre todo de uno en el que tenía toda su confianza. Hicieron saber al Presidente que lo traicionaba un militar; se indignó el Presidente y su noble esposa, cuando llegó a sus oídos este rumor, exclamó: "Lopetegui, nó, no es posible. Metería las manos al fuego por su lealtad". Cuando este militar llegaba a la Moneda, sin haber almorzado, ella misma le preparaba la comida; no hallaba cómo demostrar su gratitud, creyéndolo consecuente con la causa del Gobierno.

Ocho meses duró esta desgraciada revolución, que ha constituido una página negra para nuestra historia. Ojalá sirva de ejemplo a la posteridad.

El 28 de agosto, se supo el triunfo de la oposición. A las doce de esa noche, el Presidente, antes de dejar la Moneda, llamó al General Baquedano y como una garantía para el país, lo hace depositario del mando. Desgraciadamente, el General no supo desempeñar el delicadísimo cargo que Balmaceda le confiara; no tomó las medidas enérgicas que convenían en esos momentos.

El General, tal vez demasiado confiado, creyó que con su sola presencia apaciguaría los ánimos de los que entraban triunfantes. Al amanecer recorrió la ciudad en

carruaje abierto, con la banda presidencial en el pecho y envuelto en nuestra bandera. ¡Error imperdonable en que incurrió el General!



General don Manuel Baquedano

Mientras recorría ufano la ciudad, los opositores entraban entregándose al pillaje y al saqueo, tolerados por sus jefes, quienes aun les indicaban las casas de los Ministros y partidarios de Balmaceda.

A la una de la mañana retiróse Balmaceda de la Moneda, yéndose a refugiar en la Legación Argentina. Al entrar a la Legación se encuentra en el patio con Sofía Linares, esposa de Carlos Walker Martínez. Había pasado la noche con su amiga Leonor de Tezanos Pinto, esposa del Ministro argentino señor Uriburu. “Sofía, dícele

Balmaceda, confío en su lealtad, no me denuncie donde estoy asilado". "Sellaré mis labios José Manuel", le contestó, y cumplió su palabra.

Si Balmaceda se asila en la Legación Norteamericana no se habría suicidado, pues habría estado junto a sus Ministros y partidarios que lo acompañaron hasta su última hora, y que se encontraban en esa Legación.

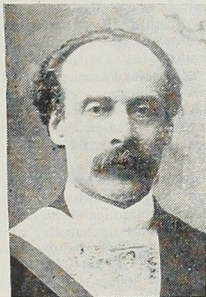
En la Legación Argentina lo dejaron solo con su pensamiento. No debieron permitir que llegaran a sus manos los diarios incendiarios que decían atrocidades y horrores en su contra. En uno de esos diarios venía un párrafo en estos términos: "Qué buscarían a Balmaceda hasta hallarlo y lo arrastrarían por las calles de la ciudad, matándolo a pausa"; crueldades como ésta, y otras por el estilo, se publicaban en la prensa opositora. El destino lo llevó a cobijarse en esa Legación. Emilia, su esposa, presintió el trágico fin de su marido.

Tarde han venido a reconocer su gran talento y excepcionales aptitudes para gobernar una nación con sus Cámaras Parlamentarias, con todo un complicado engranaje político. Fué uno de los Presidentes que más trabajó por el bienestar del pueblo y la grandeza de Chile; dejó repletas las arcas fiscales; no se malgastó un centavo durante su administración; llevó a término grandes e innumerables obras y dejó iniciadas muchas otras. Por todos los pueblos que se recorren, se ve la acción imperecedera de Balmaceda; las escuelas palacios, cárceles modelo, grandes puentes comenzados, el viaducto del Malleco, grandioso monumento que concluyó años más tarde nuestro malogrado Presidente don Pedro Montt, etc.

CARTA POLITICA DE BALMACEDA

"Mi vida pública ha terminado. Debo por lo mismo, a mis amigos y a mis conciudadanos, la palabra íntima de mi experiencia y de mi convencimiento público.

“Mientras subsista en Chile el Gobierno Parlamentario en la forma y en el modo en que se ha querido practicar y tal como lo sostiene la revolución triunfante, no habrá libertad electoral, ni organización seria y constante en los partidos ni paz en los círculos del Congreso. El triunfo y el sometimiento de los caídos producirán una quietud momentánea, pues antes de mucho renacerán las viejas disensiones, las amarguras y los quebrantos morales para el Jefe del Estado.



Presidente don José Manuel Balmaceda

“Sólo en la organización del gobierno popular representativo con poderes independientes y responsables, medios fáciles y expeditos para hacer efectiva la responsabilidad, habrá partidos con carácter nacional, derivados de

la voluntad de los pueblos y armonía y respeto entre los poderes fundamentales del Estado.

“El régimen parlamentario ha triunfado en los campos de batalla, pero esta victoria no prevalecerá. O el estudio, el convencimiento y el proselitismo abren camino razonable y tranquilo a la reforma, a la organización del Gobierno representativo, o nuestros disturbios y dolorosas perturbaciones habrán de producirse entre los mismos que han hecho la revolución unidos y que mantienen el afianzamiento del tiempo, pero que al fin concluirán por dividirse y chocar. Esas eventualidades están más que en la índole y espíritu de los hombres, en la naturaleza de los principios que hoy triunfan y en las fuerzas de las cosas.

“Este es el destino de Chile y ojalá que las crueles experiencias del pasado y los sacrificios del presente, induzcan la adopción de las reformas que hagan fructuosa la organización del nuevo Gobierno, sería y estable la constitución de los partidos políticos, libre e independiente de la vida el funcionamiento de los poderes públicos y sosegada y activa la elaboración común del progreso de la República.

“No hay que desesperar de la causa que hemos sostenido, ni del porvenir. Si nuestra bandera, encarnación del pueblo verdaderamente republicano, ha caído plegada y ensangrentada en los campos de batalla, será levantada de nuevo en tiempo no lejano y con defensores numerosos y más afortunados, flameará un día para honra de las instituciones chilenas y para dicha de mi patria, a la cual he amado sobre todas las cosas de la vida.

“Cuando ustedes y los amigos me recuerden, crean que mi espíritu con sus más delicados afectos, estará con ustedes.

José Manuel Balmaceda”.

Este grande hombre fué un vidente que pronosticó lo que debía suceder más tarde.

Los Ministros que acompañaron a Balmaceda en su último período fueron: Ministro del Interior Claudio Vicuña, candidato a la Presidencia, lo substituyó Julio Bañados Espinosa; de Relaciones, Manuel M. Aldunate; de Hacienda, Manuel A. Zañartu; de Instrucción, Francisco Javier Concha; de Guerra y Marina, el General Velásquez. Todos ellos hombres probos y grandes políticos.

La primera casa saqueada fué la del candidato a la Presidencia don Claudio Vicuña, situada en la calle de la Compañía, entre Teatinos y Amunátegui (la Alhambra). Vinieron después la de la familia Ovalle Vicuña en la calle Compañía entre Morandé y Teatinos; la de la familia Rojas Pradel, Catedral esquina Teatinos; la de Nemesio Vicuña, Calle Monjitas entre Claras y Miraflores; la de don Adolfo Eastman, quien con su distinguida y bellísima esposa, doña Carmen Mackenna, se ocultaron en un desván de la casa, tuvieron la buena ocurrencia de mezclarse entre la muchedumbre y pudieron escabullirse, hasta encontrar un refugio seguro. Suntuosas mansiones saqueadas sin piedad, ricos mobiliarios y grandes obras de arte, cuadros de autores extranjeros y chilenos, esculturas soberbias, grandes espejos, retratos de familia, muchos de ellos pintados por Monvoisin, reliquias para los descendientes, todo era arrojado a la calle con furia infernal, haciéndose trizas al caer. Sigue el saqueo en casa de los militares caídos; los saqueadores, ebrios de venganza, destruyen todo lo que encuentran a su paso, burlándose de las madres e hijas que quedan sin hogar.

Como a las ocho de la mañana de ese día, fuimos a casa de José Miguel Valdés, ex Ministro de Balmaceda y gran partidario de su causa, casa situada en Agustinas esquina de Almirante Barroso. Ofrecimos a su esposa y familia que se asilaran en casa del matrimonio De Putron, de quienes eran íntimos amigos. Emilia agradeció el ofrecimiento y dijo que no se movería de su casa, porque su cuñado Eleodoro le había dicho que no le pasaría nada, asegurándole que su hogar sería respetado.

A las diez de la mañana después de presenciar el saqueo de Claudio Vicuña y familia Ovalle Vicuña, profundamente impresionadas, llegamos a casa y en ese mismo momento se detiene un coche de posta, del que se bajan varias personas, entre ellas Emilia La Jara de Valdés Carrera y sus hijos. Tal era su emoción, que, anegada en llanto, apenas podía hablar. Al fin nos dice que luego que habíamos salido de su casa, llega una turba de saqueadores que penetró por la calle de Agustinas, destruyendo todo lo que encontraban a mano, escapando ellos por la puerta falsa que daba a la calle Almirante Barroso. Afortunadamente estaba allí detenido un coche de posta que ellos tomaron.

Lo único que pudieron salvar, fué unas pocas alhajas que traían atadas en un pañuelo y la ropa que las cubría. José Miguel asilóse en la Legación Norteamericana, en la cual estuvo cinco meses, y su familia en casa de De Putron. En los primeros días de enero dejó la Legación y uniéndose con su familia, siguió viaje a Europa, destierro que duró algunos años. Estando para regresar a su patria aconteció su fallecimiento.

Quiera Dios que el recuerdo de esta nefasta revolución, sirva de ejemplo a los pueblos civilizados y no permitan que se cometan semejantes crímenes, propios de salvajes y del cruel despotismo y tiranía de los hombres que siglos atrás gobernaban a las naciones.

ALGUNAS ESCENAS ODIOSAS DE LA REVOLUCION

Las señoras y niñas del Partido de la oposición, para distinguirse de las balmacedistas, lucían en la muñeca de la mano derecha una pulsera hecha de una cinta roja con su gran lazo. Un Alcalde tuvo la feliz y oportuna ocurrencia de hacer desfilar por el centro, los carros basureros, a la hora del paseo matinal, llevando cada mula en la pata derecha, una gran amarra roja. Con gran calma y parsimonia paseábanse las mulas por todo el centro con su distintivo opositor. No hay palabras para expresar la indig-

nación de los opositores. Este acontecimiento fué muy celebrado por el bando opuesto y muy aplaudida la genial idea del Alcalde.

Las opositoras eran muy atrevidas; insultaban ferozmente a los balmacedistas, donde los encontraban. En la mañana del día del triunfo de la oposición, se dirigió a la Moneda un grupo de jóvenes y niñas de la aristocracia; precipitadamente penetraron al dormitorio del Presidente y ciegos por la pasión, cometieron actos repugnantes. Con tijeras y otras armas cortantes destrozaron los retratos al óleo de la familia de Balmaceda. Esto lo presencié una señora opositora, que indignada refería estos actos de salvajismo cometidos por esos jóvenes. No los quiero nombrar; los que lean estas páginas recordarán sus nombres; algunos viven aún. ¡Cuántas veces les habrá remordido la conciencia por haber cometido actos tan degradantes!

La madre de Balmaceda, la respetable señora Encarnación Fernández, iba todos los días a la misa de diez de la Catedral. Acercábanse a ella algunas niñas a insultarla, y por último, le escupían el manto. Estas eran las mismas que ultrajaron las habitaciones del Presidente, y la distinguida dama, que presencié el salvajismo cometido ese nefasto día, fué también testigo de tamaña infamia sacrílega, que con tanta indignación reprochaba.

¡Hasta qué extremo ofusca la pasión humana! Bastante castigadas estarán por el remordimiento de su conciencia.

Hasta un Ministro del Señor rindió su tributo y prestó su voz a estas crueles manifestaciones contra hermanos. Palpitan todavía en las frías bóvedas de la Catedral de Santiago, las palabras de odio y de anatema lanzadas por un sacerdote, que había sido Capellán de la Moneda durante el gobierno de Balmaceda, y que escogió el púlpito destinado a explicar las doctrinas humanitarias y de caridad del Mártir del Gólgota, para dar libre desahogo a la más audaz denigración de los vencidos y contra del que hacía pocos días había dado, desde su puesto de Presidente de la

República, pruebas de confianza al predicador que lo difamaba tan implacablemente y sin piedad. Esta nefasta guerra civil, trajo la desunión en las familias, hubo padres e hijos que ni en la hora de la muerte se reconciliaron; los odios y pasiones políticas dan lugar a todas estas acciones crueles e inhumanas. Gritemos desde lo más íntimo del alma: ¡Abajo las armas! pidiendo a nuestro Padre Celestial, que infunda en las almas de sus hijos el amor y la caridad entre hermanos, virtudes que hacen grandes a las naciones y que son portadores de la paz y felicidad de los pueblos.

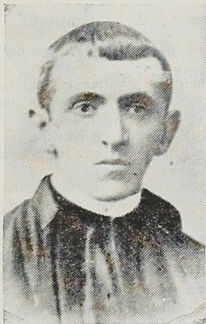
6 DE NOVIEMBRE DE 1895

Fecha memorable; dijo su primera misa mi hermano Manuel, en la Capilla del Seminario de Concepción. Dios premia así a mi santa madre, concediéndole lo que ella tanto deseaba.

Fuimos a Concepción a acompañar a mi hermano en ese gran día, mi madre, mi hermana Victoria y dos de sus hijitos, el mayor, Fernando, de siete años y Tolita, de tres. Enrique de Putron y Mercedes Ignacia Iñiguez, fueron unos de los padrinos de su primera Misa. Obsequiáronle un ornamento completo, lo mejor que se encontró en Santiago, con todos sus paramentos. Don Plácido Labarca, Obispo de la Diócesis, presidió la ceremonia. Durante la Misa, tocó una orquesta de profesores. Victoria cantó el Ave María, de Lucchi, con gran sentimiento y alma. Asistió lo más selecto de la sociedad de Concepción. Nos alojamos en casa del Ministro de la Corte, el prestigioso caballero don Nepomuceno Parga y su inteligente señora Elisa Rencoret, grandes amigos de nuestra familia. En celebración de ese memorable día, el matrimonio Parga Rencoret ofreció a mi hermano, un gran banquete, al que concurrieron el se-

ñor Intendente, personajes del foro, el señor Obispo Labarca, el padrino de Putrón y señora y amigos de la familia Parga.

¡Qué ceremonia más impresionable fué la Misa! ¡Y qué emoción y lágrimas de gozo cuando recibí la Sagrada Comunión de sus manos!



Pbro. don Manuel Smith C.

Verdaderamente, parecía un santo, desde pequeño revelóse en él lo que fué más tarde. Muy corto fué su paso por la tierra. Por algunos meses quedóse en el Seminario de Concepción.

A fines de 1896, fué nombrado párroco de Yungay. Trabajó con verdadero celo apostólico por el bienestar espiritual y corporal de sus feligreses. Mi santa madre lo

acompañó el primer tiempo, ayudándole tesoneramente y recorriendo a los pobres en todas sus necesidades. Fué una verdadera madre para ellos; referíanle sus penas y miserias, que ella remediaba con el caudal inagotable de su bondadosa caridad. Apenas se hizo cargo del curato de Yungay, mi hermano me escribió la siguiente carta:

“Yungay, 13 de junio de 1896.

Señorita Carmen Smith. — Santiago.

Mi querida Carmelita:

Les he agradecido en el alma la felicitación del día de Corpus. Hoy he ofrecido la Misa por mi padre y me he acordado mucho también de Enrique y Mercedes Ignacia y de tí. Pienso muy a menudo en ustedes. Yo ruego constantemente al Corazón de Jesús que los conserve para que le sirvan y le amen cada día más.

El día de Corpus tuve ciento cincuenta Comuniones y el día siguiente, como novecientas. Pero mis días felices son los domingos. En la mañana confieso, doy la Comunión, digo Misa, hago mi platiquita y sigo confesando hasta las doce. Almuerzo de carrera, en seguida voy al Círculo de Obreros, estoy con ellos media hora y luego me vuelvo a la Iglesia a poner los óleos y a hacer el Catecismo; tengo ya como doscientos niños; concluyo el Catecismo y me espera un mozo con un caballo; subo y me voy al campo a confesar. Llego a la hora de comida; como también ligerito, porque aun hay que rezar el Mes del Sagrado Corazón, predicar y seguir confesando hasta las nueve. A esta hora llego a mi casa, rezó mi oficio, doy gracias a Dios y me acuesto algo cansado, es cierto, pero contento.

Adiós, querida Carmelita, saludos cariñosos a Enrique y Mercedes Ignacia. Dime si Fernando ha encontrado ocupación. — Te abraza tu hermano. — **Manuel**”.

En marzo del 97 fué nombrado Párroco de Coronel, a donde también lo acompañó mi madre. Le manifesté entonces a mi padrino los deseos que tenía de conocer el nuevo curato de mi hermano y de pasar una temporada acompañándolo. Cumplí mis deseos y aproveché la ida de mis buenos amigos Eduardo Reyes Lavallo y su esposa, Luisa Fóster Recabarren, para hacer el viaje. Eduardo, como Notario, fué el encargado de hacer el inventario del palacio de Lota, perteneciente a doña Isidora Goyenechea de Cousiño recién fallecida en aquel tiempo.



Don Melitón Porras



Señora Eugenia Rosas de Porras

Un mes permanecí en el Curato, felices y contentos de estar reunidos. Gozaba con ver a mi madre tan feliz en su elemento, ayudando a su hijo en todo lo concerniente a su misión. Corto fué el tiempo que permanecí en su com-

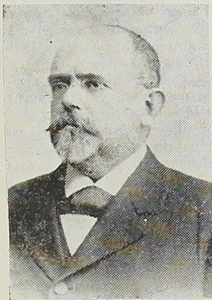
pañía. Antes de regresar a Santiago, invitaronme mis amigos a pasar unos días con ellos en Lota. ¡Qué de bellezas se presentaron a nuestra vista en esta mansión! Regios palacios, suntuosos por su gran lujo que su dueña no alcanzó a estrenar. Regresé a Santiago con los amigos; mi madre quedóse algún tiempo con su hijo en Coronel.

El matrimonio De Putrón era muy sociable; recibían a sus relaciones los días miércoles; se reunían varios amigos y amigas a tomar té a las cinco. Nunca faltaban los diplomáticos, entre ellos el Ministro del Brasil, Cavalcanti, su señora y su hijo Félix, quienes fueron muy amigos desde su llegada a Chile y se relacionaron con lo mejor de la sociedad santiaguina. Otro de los íntimos fué el Ministro del Perú, Melitón Porras, con su interesante esposa Eugenia Rosas de la Puente, limeñita bonita y encantadora por su gracia natural y proverbial atractivo de las peruanas. Cuando se presentaba en los bailes era muy celebrada aun por los caballeros más serios, quienes entre broma preguntábanse unos a otros: “¿a cuál de las señoras te vas tú”. Yo me voy a la Porra, etc.

Los más íntimos eran invitados a comer los miércoles. Entre ellos el General Baquedano, Miguel y Joaquín Eyzaguirre C. En mucha paz y tranquilidad deslizábase nuestra vida en casa del matrimonio de Putrón.

A fines del 97 vino a Chile don Francisco Moreno, perito argentino, a tratar sobre la cuestión de límites con la puna de Atacama. Latente debe estar en la memoria de todo chileno el bullado hilo o mojón de San Francisco, cuya ubicación dió tanto que hacer. El perito vino acompañado de su familia. Su esposa, Mariana Varela, mujer interesante, atrayente, muy inteligente y de vasta ilustración, conocedora de casi toda Europa y de varias partes de América, acompañaba en todos sus viajes a su esposo, aun en sus exploraciones; era madre de cuatro encantadores niñitos, el mayor Panchito, de diez años; Juana María, de ocho; Eduardo, de siete, y el pequeñín Florencio, de tres. En Viña del Mar pasaban la temporada el pe-

rito y su familia. Luego tuvimos el gusto de conocer a Mariana, siendo bien acogida en la primera sociedad. Los dos simpatizamos y nos hicimos verdaderas amigas.



Don Francisco Moreno



Sra. Mariana Varela de Moreno

Mariana con su familia quedóse en Viña hasta mediados de abril y nosotros nos fuimos a la hacienda de San Ignacio. A nuestro regreso supimos que Mariana había llegado de Viña bastante enferma; se hospedaba en el Hotel Oddó. Se declaró el tifus; los mejores médicos fueron llamados, el doctor Vicente Izquierdo era el de cabecera, y de noche velaba el doctor Aldunate Bascuñán, recién recibido. Con verdadera solicitud e interés atendían a Mariana los doctores.

Emilio Aldunate se dedicó con toda abnegación a cuidar a la distinguida enferma; pocas horas reposaba; no

se movía de su lado, pendiente de todo lo que necesitaba.

Se hizo todo lo humanamente posible por salvar la vida a nuestra querida enferma. Tuvo una reacción que dió esperanzas de mejoría y que se aprovechó para trasladar a la enferma a una casa amoblada que arrendó el señor Moreno en la calle Estado, perteneciente a la familia Infante Cerda. Llevóse a pulso en camilla con el más delicado cuidado; varias de sus amigas íbamos a su lado. Feliz hallábase Mariana en su lindo y alegre dormitorio, bañado de sol, con toda clase de comodidades. Esto aconteció a fines de julio. Predíjose una larga y feliz convalecencia, pero desgraciadamente le falló el corazón.

A la semana de estar en la nueva residencia, en esa noche que más contenta estuvo conversando en amena charla y después de haberse servido con todo gusto una taza de café con leche, sin que nadie imaginara su próximo fin, entregó su alma a Dios, plácidamente, sin agonía. Quedóse dormida para siempre en medio de la consternación de todos los que estábamos con ella. Partió dejando un esposo inconsolable y en la orfandad a cuatro encantadores hijitos. Don Francisco Moreno y sus cuatro hijitos se fueron a casa de don Enrique de Putrón, quedando hospedados en ella hasta que partieron a Buenos Aires con los restos de la querida e incomparable compañera.

Hiciéronle solemnes honras de cuerpo presente en la Catedral. Asistió lo más escogido de la sociedad, acompañando de pie el traslado de los restos que fueron depositados en la capilla ardiente que le tenían preparada en la Caridad donde permanecieron hasta el día de su partida.

Al día siguiente de la muerte de Mariana fué la primera entrevista de don Francisco con sus hijitos. Abrazándoles les dijo con todo el dolor de su alma: "La mamacita voló al Cielo". Juana María hecha un mar de lágrimas, abrazándose de su padre le decía:

"Papacito, yo haré las veces de mi adorada mamacita, te haré el lazo de la corbata, correré con toda tu ropa

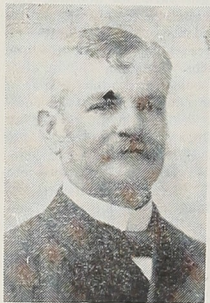
y con la de mis hermanitos". Este cuadro emocionó a todos los que se hallaban presentes. ¡Qué criatura de tanto corazón y de alma tan grande! Hizo llorar a sollozos a todos los que estábamos presentes, entre los cuales se hallaban varios diplomáticos, Ministros de Estado y sus mejores amigos. A los ocho días partió Moreno con sus hijos, llevándose los restos de su amada esposa, que tanta simpatía supo conquistarse en nuestro país. En un tren especial que salió a las seis de la mañana partieron y ese mismo día tomaron el vapor que los condujo a Buenos Aires.

Esto aconteció a mediados del 98. Llegaba a su término la cuestión de la Puna de Atacama. En esos momentos de gran exaltación convenía un Ministro de paz. Nuestras relaciones con la Argentina estaban por demás tirantes. El Presidente Errázuriz eligió para tan delicado cargo a don Enrique de Putrón, caballero tranquilo, de reposado y sólido criterio. Era el Ministro de Relaciones, estaba muy al corriente de los graves acontecimientos que se presentaban por demás críticos. Acertada fué la elección del Presidente al mandar como mediador de paz a un hombre a quien siempre se le consultaba en toda cuestión delicada que se presentara. Testimonio dió de ser un hombre de excelente criterio. Durante mucho tiempo fué Consejero del Banco de Chile y de varias otras instituciones; pertenecía al Partido Conservador, era el consejero obligado de sus colegas y aun de liberales. Algunos de sus amigos conservadores no admitían Cartera ministerial sin consultar con él primeramente; se atenían a sus consejos Walker, Blanco Viel, Tocornal, Custodio Vicuña y muchos otros. Fué hombre intachable, de gran firmeza de carácter y de una generosidad poco común. El mismo Presidente Errázuriz iba tarde de la noche a consultarle asuntos de Estado, delicadísimos.

Cuando le ofreció nombrarlo Ministro en la Argentina le dijo que lo pensaría, que en el plazo de tres días tendría la contestación.



Llegado a casa nos dice el ofrecimiento que acababan de hacerle. Dirigiéndose a mí, expresa: "La contestación depende de tí, es decir, si tú nos acompañas". Como mi madre se encontraba en Coronel yo no podía disponer de mi voluntad hasta consultar con ella. El me dijo: "Ahora mismo escribe a tu mamá". En el acto le escribí y me contestó en esta forma: "No digo a la Argentina, a Siberia si van Enrique y Mercedes Ignacia, allá debes acompañarlos". Llama a tu madre para que venga a estar este último tiempo con nosotros; inmediatamente vino mi madre y estuvo con nosotros hasta el día de nuestra partida, habiéndonos acompañado hasta el Salto del Soldado. El viaje estaba dispuesto para mediados de di-



Don Enrique de Putrón



Sra. Mercedes Ignacia Iñiguez
de de Putrón.

ciembre, pero hubo que postergarlo con motivo de las grandes nevazones que borraron los caminos. Tuvieron que trabajar en cortar la nieve y formar caminos para que pudieran pasar los carruajes.

Salimos de Santiago el 6 de enero, en tren especial. Llegamos a San Felipe donde estaba de Intendente don Julio Puga Borne, quien nos recibió con todos los honores posibles en compañía de su interesante esposa Lucía Fischer. En la estación había una inmensa concurrencia que aclamó con vivas muestras de simpatía al Ministro de paz. A la partida del tren, la banda de músicos rompió con los acordes de nuestro Himno Patrio que nos emocionó profundamente. En los Andes nos esperaban en la estación los sobrinos del Ministro, Adela de Putrón de Vélez y su esposo, que era gerente en aquella época del Banco Santiago. Iba también con nosotros Anita del Villar, esposa del Secretario de la Legación Argentina, don Alberto Blancas, quien había quedado en Chile encargado de la Legación por ausencia del Ministro Piñero. Al día siguiente salimos a las tres de la tarde, en tren especial que nos llevó hasta el Salto del Soldado, donde nos separamos de la querida comitiva que volvió a Chile y nosotros seguimos a la Argentina.

Al salir del Salto del Soldado, se nos presentó un grandioso espectáculo. Los carruajes fueron pasando por entre murallas de nieve, cuya altura sorprendente nos atemorizó, pues pensábamos que bien podíamos quedar sepultados entre la nieve. Admirábamos esos trabajos enormes de los pobres hombres, que no dejan de exponer sus vidas para ganar su pan a costa de grandes sacrificios.

A las ocho de la noche llegamos al famoso Portillo, alojamos en un pequeño hotel, donde comimos y pasamos la noche con las molestias consiguientes por la falta de comodidades. Nos levantamos al amanecer, seguimos nuestro viaje y llegamos a la cumbre, cada viajero en una mula que era conducida de la brida por un experto arriero. Allí nos despedimos de Chile con un buen champaña-

zo, brindando por el feliz éxito del viaje. Corta fué la jornada. ¡Qué grandiosos paisajes presentábanse a cada momento! Quedábamos extasiados contemplando esas bellezas incomparables que tiene nuestra patria. Hay ocasiones de arrobamiento en que el espíritu, desprendido hasta cierto punto de la pequenez de la materia, contempla con más claridad la magnificencia y grandiosidad de la naturaleza.

Pronto presentóse a nuestras miradas el nacimiento del río Aconcagua. Baja por despeñaderos un impetuoso torrente de agua que al chocar contra peñascos enormes, produce sonidos musicales de sonora cadencia.

Cuando descendimos de la cumbre tomamos los carruajes que nos esperaban y condujeron hasta las Cuevas. Llegamos a mediodía a esa Aduana, en la cual encontramos a Joaquín Walker Martínez que venía de regreso a Chile. La familia había quedado en Buenos Aires. Conversó largamente con mi padrino sobre la cuestión de actualidad y demostraba en su semblante contrariedad y descontento. De las Cuevas seguimos a Punta de Vacas en un carrito tirado por caballos. Ahí nos esperaba un trencito que nos llevó a Mendoza. A las siete de la tarde tomamos un tren especial que nos condujo directamente a Buenos Aires. Por la premura del tiempo no tuvimos ocasión de conocer a Mendoza.

Verdaderamente, fuimos tratados a cuerpo de rey, como se dice, en este tren de lujo. Cada departamento tenía un cuarto de baño al lado; el comedor regio; a las horas de comida había verdaderos banquetes hasta con orquesta. La mesa estaba profusamente adornada de lindas flores y banderitas chilenas y argentinas entrelazadas. Todo esto anunciaba la paz venidera. Poco pudimos gozar de la vista de las pampas porque pasamos de noche un gran trayecto de ellas. Al llegar el día nos sorprendió la fertilidad de esos campos; admirábamos los hermosos maizales, sus pintorescas chacras e igualmente sus grandes vi-

ñedos. Al oír hablar de pampas una se figura ver desiertos; lejos de eso, la vista se recrea en su brillante verdura. Lo que se extraña mucho es la falta de montañas. ¡Qué horizonte más interminable!

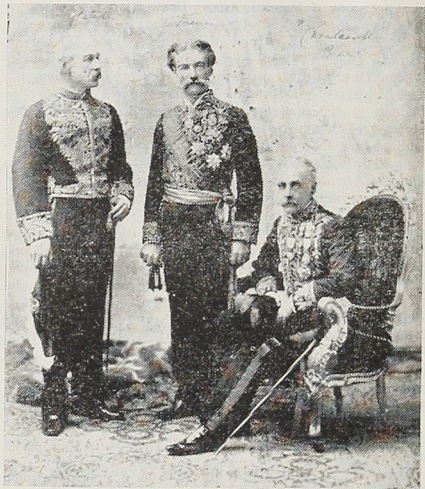
El viaje fué rapidísimo, a las nueve y media de la noche llegamos a Buenos Aires. Dos estaciones antes de la llegada nos esperaban el Secretario de la Legación, Matías Errázuriz, y el Oficial Primero Enrique García de la Huerta Ossa, dos repórters, uno de "La Prensa" y el otro de "La Nación", quienes departieron amigablemente con el Ministro. A la llegada a Buenos Aires fuimos recibidos por el Ministro de Relaciones Exteriores, Figueroa Alcorta, y el Secretario del perito Moreno, Clemente Onelli. (El señor Moreno estaba en Londres). El señor Figueroa al saludar a la señora del Ministro, presentóle un bello ramillete de orquídeas y otro igual obsequióme Onelli. Algunas familias que nos esperaban, entraron al salón del tren. Luego oí voces que decían: ¿Cuál es la prima de Carlos? Al oír esta pregunta me dí cuenta que las que preguntaron serían de la familia de Elisa Maderna, esposa de mi primo Carlos Rusiñol Smith, que residía en Santiago desde la época en que tuvieron que salir de la Argentina los chilenos, a causa del entredicho motivado por la malhadada cuestión de la Puna. Los padres de Elisa eran don Alejandro Maderna y Elisa Ritler. También nos esperaban el señor Cavalcanti, su esposa y su hijo Félix, grandes amigos desde Chile, donde el señor Cavalcanti fué Ministro del Brasil por varios años y habíase trasladado a la Argentina.

Este amable cortejo nos acompañó hasta dejarnos en el Hotel Royal, el mejor de esa época, situado en la calle Florida.

Una vez en el hotel nos dimos cuenta del calor insupportable que hacía en Buenos Aires en el verano. Imposible dormir.

Recuerdo que a las dos de la mañana tuve que le-

vanlarme a darme un baño frío. Cuál sería mi asombro al ver el agua turbia, color de barro, aunque venía por cañerías y filtrada en el monumental Palacio de las Aguas Corrientes, que hacía poco que funcionaba. Acostumbrada



Ministro señor Cavalcanti, (sentado), con otros Ministros

a nuestra agua cristalina y pura me costó decidirme; por fin vencióme el calor y me bañé.

Venir de una tierra de promisión como la nuestra cuesta acostumbrarse al cambio tan brusco de temperatura.



Señora Luisa de Cavalcanti y su hijo Félix Cavalcanti

La primera visita que recibió el Ministro fué la del General don Bartolomé Mitre, grande amigo de Chile, noble caballero que guardaba un profundo recuerdo de gratitud por haber vivido algún tiempo en nuestro país, cuando fué desterrado por el tirano Rosas. Recordaba con mi padrino a algunas familias con quienes había tenido gran intimidad; y al saber que yo era nieta de una de ellas, este noble señor me abrazó con ternura, diciéndome: “El hogar de sus abuelos fué mi hogar, que siempre recuerdo con cariño y gratitud. Quiero verdaderamente al país her-

mano". Grabóse en mi memoria la fisonomía de este simpático y venerable anciano; alto, delgado, de rasgos nobles, de nariz aguileña, de semblante riente y suave. Varias veces tuvimos el gusto de verle. Desgraciadamente sufrió un accidente, se quebró una pierna y tuvo que guardar cama algún tiempo. Con frecuencia íbamos a hacerle un rato de compañía.

Al día siguiente de llegar a Buenos Aires salimos a conocer la ciudad. Al principio no acertaba a darme cuenta de algo que echaba de menos. Presentábase a mi vista un hacinamiento de edificios amontonados por diferentes partes, en medio de un horizonte interminable. Por fin vine a dar con lo que echaba de menos y era que a Buenos Aires le hacía falta el bello marco de los cerros que rodean a Santiago, dando gran realce de belleza a la ciudad. Lindas avenidas con monumentales edificios. La Avenida Mayo, recién concluída, llama la atención por su uniformidad; todos los edificios están construídos a la misma altura; sus amplias aceras hacen recordar a los principales bulevares de París. Su soberbia dársena, que me produjo envidia, deseando otra igual para mi patria, es verdaderamente obra de progreso, digna de un pueblo culto y civilizado. El Palacio de las Aguas Corrientes, que está en la calle Córdoba, es un edificio monumental que ha costado millones y millones a la Argentina; el interior es una obra acabada de instalación. La fachada de este suntuoso Palacio es de piedras minerales, de ónix, malaquita, lapislázuli, ágata y mármol de Carrara. La Avenida Alvear que conduce a Palermo, es uno de los más bellos paseos frecuentados por la mejor sociedad, donde se reúnen en las tardes las elegantes en bellos milords, las damas lucen sus hermosas toilettes mejor que en nuestros días que van encajonadas en los autos. Dicha Avenida por donde desfilan los carruajes, es muy amplia y de edificios suntuosos, verdaderos palacios, castillos al fondo con grandiosos parques con sus grandes avenidas de

añosos árboles y jardines floridos. Con razón llaman a Buenos Aires el segundo París. En realidad, hay mucha semejanza con la capital de Francia.

Poco antes de llegar a Palermo se hallaba la casa del tirano Rosas. En aquella época se conservaba como un recuerdo histórico: hoy día no existe. Recuerdo la imponente Avenida de las Palmeras, sus lagos llenos de poéticos encantos. Palermo es el orgullo de los argentinos. La antigua Avenida del Callao es bonita e igualmente la del Perú. Se me ocurrió preguntar si había alguna calle que llevase el nombre de Chile. Al contestármeme que sí, fuimos a conocerla. ¡Qué desilusión! Allá en los suburbios está la callejuela, barrio popular; vino a mi memoria la calle que lleva el nombre de Buenos Aires en mi país, que se halla al otro lado del Mapocho, más o menos por el mismo estilo. Bastante visible es la simpatía de los argentinos por los peruanos.

En enero los calores son atroces. No pudiendo ir al Mar del Plata, el mejor balneario donde va la aristocracia bonaerense, centro de lujo y de vicios, tuvimos que ir al Tigre, porque de un día a otro esperábamos la llegada del Presidente, don Julio Roca, quien tal vez en esos momentos se estrecharía con nuestro Presidente Errázuriz en un fraternal abrazo, dejando sellada en nuestro estrecho la paz venidera. El Tigre está cerca de la capital, sitio pintoresco, muy agradable por las brisas refrescantes que manan del río navegable, famoso por sus regatas y paseos en vaporecitos que recorren en grandes distancias. Está bordeado por ambos lados de grandiosas residencias. Al frente del hotel Tigre se halla el castillo del señor Bullrich, Intendente de Buenos Aires en aquel tiempo. Los castillos y chalets tienen sus muelles propios con sus vaporecitos y lanchas que conducen a Buenos Aires a sus moradores. Prefieren viajar por el río que por tren.

Permanecimos allí hasta fines de febrero. Nuestro hotel era el más concurrido por familias bonaerenses que

veraneaban allí. Entre ellas la familia de don Epifanio Portela, su esposa Dalinda Riera y sus tres hijos; el señor Portela fué nombrado Ministro de la Argentina en Chile; un señor Palacios y su esposa María Avellaneda, señora muy joven, distinguida y simpática, con quien intimidamos; señorita Domínguez, las de Nevares, encantadoras y celebradas niñas o muchachas como dicen en la Argentina; Piñero y su esposa Leonor Basavilbaso y su hermana Enriqueta de Catelín, bellísima mujer, una de las hermosuras argentinas.

Varias familias distinguidas iban a pasar los domingos en el Tigre. Recuerdo a una señorita que estaba recién llegada de París, que lucía las últimas modas y que llamaba la atención por su elegancia y linda figura. No recuerdo su nombre de pila, pero el de sus padres sí, Bunge Guerrico. Bailaba divinamente, era muy atendida por el joven Vicente López, considerado como uno de los mejores partidos. Al poco tiempo contrajeron matrimonio. Almorzábamos y comíamos en la terraza, al aire libre. Lo molesto era que teníamos que librar una verdadera batalla con los mosquitos y langostas y otros insectos repulsivos, que auyentábamos con un abanico para que no cayeran en los platos. Esta bandada de bichos no nos dejaban dormir tranquilos, a pesar de estar nuestros lechos protegidos por mosquiteros. Chile es una tierra de promisión; sólo saliendo de él se reconoce su gran importancia, las bellezas que lo circundan y la bondad de su clima.

Otro recuerdo agradable que nos proporcionó la estada en el Tigre, fué el almuerzo en el Convento de San Francisco que está en una de las islas. Había en él algunos Padres chilenos que fueron a visitar al Ministro y a invitarlo a él y a su familia a pasar un día de campo y a almorzar a la chilena. Uno de los Padres vino a buscarnos en un vaporcito. ¡Qué finca más pintoresca! Había plantaciones de duraznos, higueras, naranjos y grandes maizales que son exuberantes en esa región. Bajo un

gran parrón fué servido el opíparo almuerzo a la chilena; succulenta y sabrosa cazuela de ave, empanadas de horno, grandes fuentes de humitas y de choclos cocidos, cordero asado al palo; por último, hasta los vinos eran chilenos, lo mismo que los postres. Espléndido fué el almuerzo con que festejaron a su Ministro los Reverendos y bondadosos Padres. Hasta ahora recuerdo con agrado ese día.

Regresamos a Buenos Aires a fines de febrero. En el Tigre estaba en su apogeo el Carnaval; jugamos con entusiasmo. Se juega con mucha elegancia y señorío; tirábamos globos de agua perfumada, flores, confites y serpentinas. En Buenos Aires nos tocó presenciar el Corso que es por el estilo de los de Niza. Desde los balcones del Royal vimos desfilar el Corso que duró hasta altas horas de la noche. Delirante es el entusiasmo con que se juega el Carnaval. El Ministro Buchanam, árbitro inglés, nos llevó dos canastos repletos de serpentinas, que tirábamos a los carruajes de disfrazados que pasaban y que ellos devolvían, dejándonos tapadas con ellas. En estas batallas se apodera de una un frenesí que no se puede dominar. Pienso que cuántas veces sucederá lo propio en las guerras, en las batallas mortíferas; mientras que éstas son también batallas, pero perfumadas y floridas. ¡Anomalías de la vida!

A fines de marzo debían llegar los delegados de la Puna. El Ministro resolvió arrendar una casa amoblada para recibir y atender a esos señores. Hubo varias, pero que no tenían las condiciones que se deseaban. Por fin tomó en arriendo un palacete rodeado de jardines, situado en la calle de Córdoba, casi al llegar a la Avenida Callao. La Legación quedaba independiente en el primer piso, también los salones y comedores; en el segundo, varios dormitorios con instalación de baño y otras comodidades.

El único defecto que tenía era el demasiado fausto de sus muebles, eran pesados por la profusión de dorados, faltos de gusto que rayaba en charrería. No se hizo con-

trato esperando que se presentara otra casa que reuniera mejores condiciones. Su dueño era el diputado Cabal, que estaba ausente. A poco de residir en la casa llegaron tres jóvenes chilenos: Federiquito Errázuriz, hijo del Presidente, Aníbal Zañartu Iñiguez y Fernando Alamos Iñiguez, jóvenes de 17 a 18 años. Venían en viaje de recreo a conocer la Argentina. Relacionáronse con jóvenes de la primera sociedad, los que se encargaron de acompañarlos, haciéndoles conocer lo más importante del país. Pastor Obligado, hijo, con quien se conocían desde Chile, estuvo obsequioso con ellos. Felices fueron para estos jóvenes los días que permanecieron en Buenos Aires por las atenciones recibidas y por el cariño que se les dispensó en la Legación. En vísperas de regresar a Chile, Federiquito me pidió que lo acompañara a una joyería en busca de una alhaja para su madre y su hermana Elena. A su madre le compró un prendedor; un trébol de cuatro hojas de amatista, en el centro un brillante; a Elena, una tortuga de brillantes con ojos de esmeralda, chiche para pulsera o cadena muy en boga en ese tiempo.

Antes de la llegada de los delegados vinieron los Ministros de Chile en Uruguay y Brasil a hacerle un visita al Ministro de su patria; Máximo Lira, de Uruguay, y Custodio Vicuña, del Brasil. Custodio era primo de Mercedes Ignacia y amigo antiguo de mi padrino. La Legación fué su casa y el punto de reunión de varios chilenos que residían desde algún tiempo en Buenos Aires. Máximo Lira era gran aficionado a la buena mesa y gran conocedor del arte culinario; hacía el menú para el almuerzo y las comidas; llamaba a la cocinera que era chilena y le explicaba algunos guisos de su gusto.

En realidad, salían exquisitos.

Corta se hizo la permanencia de estos agradables huéspedes. En los primeros días de abril llegaron los delegados de la Puna de Atacama; eran Eulogio Alzamirano, Enrique Mac Iver, Eduardo Matte, Luis Pereira y Julio Zó-

gers; los Secretarios Marcial Martínez y Enrique Mac Iver, hijo, e Ismael Pereira.

Don Eduardo Matte vino con su señora, Elvira Gormaz y su hija Rosario, jovencita agraciada, más tarde esposa de Ramón Lecaros Covarrubias, y don Enrique Mac Iver con la suya, Emma Ovalle. Nada contentos escuvieron estos caballeros con el resultado de la partición hecha por el árbitro inglés. El que menos se conformó y manifestó su descontento fué don Julio Zegers; sus compañeros le decían: "Mira, hombre, es mejor una mala transacción que un buen juicio". Fueron festejados por algunas familias chilenas. Alberto del Solar y su señora Felisa Dorrego (argentina) les dieron un espléndido banquete en su soberbio palacio situado en la Plaza de la Victoria. Todos fuimos invitados a esta manifestación en la cual reinó la más franca cordialidad y se hicieron los más agradables recuerdos de la patria. Ofreciéronles otra manifestación Matías Errázuriz, Secretario de nuestra Legación, y su esposa Josefina Alvear, argentina, en su residencia de la Avenida Alvear, la que resultó regia. En la noche siguió un baile al que fueron invitadas muchas familias argentinas. En esos días había llegado don Guillermo Pereira con su interesante esposa Isabel Yrarrázaval, que recientemente habían contraído matrimonio. Bonita chilena Isabel, una rubia de facciones muy finas, de ojos azules expresivos, de dulce e inteligente mirada; se conquistó la estimación de los que la conocieron. La sociedad de Buenos Aires es muy amable y acogedora; es cariñosa, generosa y obsequiosa con los extranjeros, por lo que generalmente no se deja sentir la nostalgia de la patria. Don Eulogio, antes de partir, me pidió que lo acompañara para comprar un obsequio a su distinguida esposa Adelina Talavera. Elegimos un valioso tapado de invierno y un lujoso abanico de Chantilly con varillas de carey.

¡Qué solos nos encontramos cuando se fueron estos señores!

A mediados de abril llegaron a Buenos Aires los Arzobispos y Obispos de varias Repúblicas sudamericanas que iban en viaje al gran Congreso que se celebraba en Roma. Entre ellos, tres chilenos: los ilustrísimos señores Ramón Ángel Jara, Obispo de Ancud, con su Secretario Martín Rucker; Florencio Fontecilla, Obispo de La Serena, su Secretario Alberto Reyes; Plácido Labarca, Obispo de Concepción, su Secretario Reinaldo Muñoz. Mi padrino invitó a hospedarse en la Legación a Monseñor Labarca con su Secretario, y dijo: "Le ofrezco mi casa al Obispo Labarca por tratarse de mi ahijado Manuel, en cuya Diócesis se encuentra, para que su Obispo lo quiera más. Debía haber alojado a Florencio porque somos antiguos amigos; tratándose de Manuel, he dado la preferencia a su Obispo". Los Obispos chilenos nos acompañaban casi diariamente a almorzar o a comer. Fueron muy atendidos por las dignidades eclesiásticas y por familias de la alta sociedad. Los Obispos Jara y Fontecilla se hospedaron en el Convento de los Jesuitas.

La ilustre matrona señora Teodolina Fernández de Alvear, suegra de Matías Errázuriz, festejó a todos los Obispos del Norte y Sur que venían a tomar el vapor "Reina Margarita" para dirigirse a Roma. ¡Qué lujo de Prelados! Cada uno de ellos con sus respectivos Secretarios, además, el Cuerpo Diplomático; Ministros de Estado y varias familias distinguidas. Al entrar al regio salón presentóse a nuestra vista un espectáculo sorprendente; en los lujosos sillones se destacaban las dignidades del clero con sus trajes de gran ceremonia, roquetes de ricos encajes sobre sus hábitos violeta de finísima seda, ribeteados de vivo carmesí. Sobre su pecho ostentaban ricas cadenas de oro con sus pectorales de piedras preciosas y sus esposas de amatistas, esmeraldas, rubíes y topacios orladas de brillantes. Todo relucía, hasta las hebillas de oro de sus calzados. Este derroche de lujo traía a la memoria los cuentos orientales de Las Mil y una Noches.

Al pasar al comedor cada dignidad iba con una matroleta a su lado, la que también resplandecía de piedras preciosas.

Ni en el Vaticano creo que se haya dado un banquete igual. La mesa faustosa; el servicio de fina porcelana de Sevres, que había pertenecido a Napoleón I, y la cristalería de baccarat. Cuando el señor Alvear estuvo de Embajador en Francia adquirió todo este servicio por un precio subidísimo. Durante la comida sirvióse champaña en jarras de baccarat con asa y cuello de plata.

En los primeros días de marzo zarpó el "Reina Margarita" con los ilustres huéspedes. Lo mejor de la sociedad argentina se dió cita para irlos a dejar a bordo. El señor Lamarca, senador de la República, pronunció un elocuente discurso de despedida, que conmovió a la concurrencia. Un enorme gentío invadió la dársena, haciendo más imponente la despedida de estos ilustres viajeros.

El 25 de mayo, día de la apertura del Congreso, asistió el Ministro de Chile a esa ceremonia; fué solo, porque el Secretario estaba ausente, y el Oficial primero iba en viaje a Chile a pasar una temporada con su familia. A poco de salir el Ministro aconteció lo siguiente: Oímos los acordes de una banda que venía por la calle de Córdoba; la esposa del Ministro y yo abrimos uno de los balcones para ver lo que ocurría. Se trataba de un gran desfile; la multitud se detiene frente a la Legación y con frases por demás inconvenientes insultan nuestro escudo gritando: "¡Abajo ese escudo, hay que destruirlo, pisotearlo...! ¡País de carnívoros, bebe sangre humana... ese país no debe existir... hay que borrarlo del mapa! Cuál no sería nuestro estupor al oír tales impropiedades. La policía los hizo callar y siguieron su camino. Al cerrar el balcón no pude dejar de gritarles con toda la fuerza de mi alma: "Cobardes". Quedamos atemorizadas al hallarnos tan solas; tomé el teléfono y llamé a nuestro amigo Clemente Onelli, quien vino en seguida, y lamentó infinitamente lo sucedi-

do. Al llegar mi padrino me acerqué al carruaje y le dije: No se baje, acaba de pasar esto y le narré lo ocurrido. Mi padrino se dirigió a la Casa Rosada a dar cuenta al Presidente Julio Roca de lo que pasó. Grande fué la sorpresa que demostró el Presidente, como también sus Ministros, los cuales fueron esa misma tarde a la Legación a deplorar lo ocurrido y a dar toda clase de satisfacciones. Ellos fueron Figueroa Alcorta, Ministro de Relaciones; General Campos, de Guerra; Barilari, de Marina; el Intendente Bulrich y otros políticos más. La primera providencia fué ir a la prensa a recomendar que no se publicara nada respecto a lo ocurrido. Cuando quedamos solos y tranquilos me dice mi padrino: "Carmen, si esto se sabe en Chile, se declara la guerra y los habíamos arrollado, porque no están preparados".

Felizmente nada se supó en Chile; se guardó el más profundo secreto.

La casa que ocupaba la Legación no prestaba las comodidades necesarias, por lo cual tuvimos que buscar otra. En la calle Viamonte, esquina de Maipú, encontramos la casa del doctor Pacheco, que viajaba por Europa y había dejado su casa amoblada. Como una distinción se la cedieron al Ministro de Chile. La casa era de tres pisos; en el primero estaba la Legación, en el segundo el salón, el escritorio particular, el comedor y dependencias, y en el tercero, los dormitorios con sus magníficas instalaciones higiénicas. Ya en esa fecha Buenos Aires tenía una calefacción general en todas las casas. Como se aproximaba la vuelta a Inglaterra del árbitro inglés, mister Buchanam, invitó a los diplomáticos y amigos a un banquete en el Royal Hotel, donde se hospedaba, en retribución de los muchos con que él había sido festejado. Catorce fueron los invitados. Al sentarse a la mesa el Ministro brasileño, señor Cavalcanti, se puso de pie con semblante alterado. ¿Qué había sucedido? Como los brasileños son supersticiosos había notado que en la mesa había trece personas por

ausencia de uno de los invitados. El señor Cavalcanti dijo: "Dispéñseme, señor Ministro, yo no puedo sentarme a la mesa habiendo trece personas". El Ministro encargó a su Secretario que fuese a comer a otra mesa. Quedamos entonces doce personas; pero luego después aparece el convidado ausente y volvimos a quedar trece. Nuevamente protesta el señor Cavalcanti y se envió en busca del Secretario, quedando así tranquilos. Después del banquete fuimos todos a la Opera donde actuaba una magnífica compañía y daban la ópera "Iris". En el trayecto del Hotel al Teatro mi padrino me refirió la conversación que había tenido con el Ministro alemán durante la comida, referente a un sueño con una mariposa negra que yo había tenido noches atrás, mariposa que veía revolotear alrededor del lecho de mi padrino. El Ministro alemán le aseguró que soñar con objetos o animales negros era de mal agüero y que una desgracia iba a pasar en la familia. Mi padrino se quedó silencioso un momento, después me dice: "¡Quién sabe si yo voy a morir luego", y yo le respondí: "No piense en semejante cosa. Me moriré yo primero que usted!" Ojalá tu boca diga verdad, me contestó él.

En los primeros días de julio mi padrino ofreció un banquete al Presidente don Julio Roca; a los Ministros y al Cuerpo Diplomático. El mismo día, a las cuatro de la tarde, mi padrino sufre un ataque de angina; ya se puede suponer la alarma que nos causó este accidente. Como ya sabíamos los remedios, se aplicaron oportunamente y hubo una favorable reacción. Se dió el banquete que resultó espléndido y terminó con un baile que se prolongó hasta la madrugada. Al día siguiente fui a saludar a mi padrino y a saber cómo había pasado la noche; me contestó que había dormido mejor que nunca. Por precaución ese día se quedó en cama. Al siguiente día se sintió un poco intranquilo por cuyo motivo se llamó al doctor Blancas, amigo de la familia, quien dijo que temía que la enfermedad degenerara en bronco neumonía y se le hicieron los remedios

del caso. Desgraciadamente siguió el malestar y por indicación de Blancas se llamó al doctor chileno Tezanos Pinto, quien declaró que el caso era mortal. Se llamó al doctor Herrera Orces, el mejor facultativo de Buenos Aires, e igualmente fué de parecer que el caso era perdido. Mi padrino conoció su gravedad; él mismo pidió confesar y que llamásemos a Monseñor Terrero, quien vino al momento; se confesó y recibió la extremaunción contestando con todos sus sentidos y con la fe del justo. El Secretario estaba ausente, en su estancia. Por llamado nuestro vino y llegó en el preciso momento en que mi padrino se estaba confesando: "Carmelita, me dijo, voy a traerle el Notario a don Enrique, porque me pidió que fuera testigo en su testamento que deseaba renovar estos días, porque con el antiguo que tenía no estaba conforme y quería agregar



Monseñor Juan Terrero, Arzobispo de Buenos Aires

otras disposiciones". Yo le contesté: "No es el momento, Matías, dejémoslo tranquilo a mi padrino hasta que se presente una reacción favorable". "Por usted lo hago, Carmelita, porque don Enrique me había dicho que quería arreglar su testamento, para dejar su porvenir asegurado, porque usted había sido una hija cariñosa, y en el primero no la nombraba".

Se hizo lo humanamente posible por salvarle la vida. Dios lo llamó a sí, preparado con todos los sacramentos que recibió en su sano juicio y con santa unción. Monseñor Terrero lo auxilió hasta sus últimos momentos. El día 15 de julio entregó su alma a Dios. ¡Ese día era el de su santo, San Enrique!

A fines de mayo había recibido un cajoncito de Chile con papas de flores del Lazo, encargo que había hecho a mi madre para obsequiarle a una amiga que deseaba cultivar esas flores en su jardín. Eran desconocidas en Buenos Aires y mi amiga las había visto pintadas. Al sacar las papas sacudí la tierra; en ese momento llegó mi padrino: "¡Ay! dijo, tierra de Chile, guárdala Carmen, por si me muero fuera de mi patria para que me la coloquen en mi ataúd y repose mi cabeza en ella". ¡Quién se hubiera imaginado que ese día estuviese tan cercano! Bien se comprenderá el trastorno sufrido con tan inesperada desgracia. A pesar de las atenciones delicadas y consoladoras de nuestros compatriotas y de las buenas relaciones argentinas que se encontraban en esos tristes momentos alrededor de su lecho, no había conformidad para nosotras. Mercedes Ignacia perdía a su compañero, modelo de marido, y yo a mi segundo padre. Entre nuestros compatriotas estaban Rosa Rojas Bezanilla de Becker, Ignacio Reyes Lavalle, Cónsul de Chile, y su esposa María Arana, una interesante argentina de la misma rama de don Diego Barros Arana, el distinguido joven Arturo Rosales que poco después contrajo matrimonio con la interesante señorita argentina Georgina Green.

En los momentos que expiraba el ilustre Ministro llegaban el Presidente Roca y varios Ministros a visitar al enfermo, impuestos de su gravedad. ¡Qué emoción más profunda manifestaron esos señores! Los mismos que pocos días antes habían sido objeto de delicadas atenciones del representante de Chile, celebrando con verdadero regocijo el afianzamiento de nuestras buenas relaciones, que estuvieron a punto de interrumpirse por las viejas ambiciones que perdurarán eternamente! Por un pedazo de tierra que ambicionan los países se ciegan y es tal la crueldad que los domina que se matan por miles, dejando en pos de sí el llanto, la orfandad y la desgracia. Madres y esposas tienen que luchar solas en la vida para procurarse el pan, vestuario y educación a los hijos. ¡Cuánto no se sacrifican por su patria! ¡La patria muy pronto se olvida del sacrificio de sus hijos!

Erigióse una capilla ardiente en la Legación, allí se le ofrecieron dos misas, a las que asistió numerosa concurrencia; cuatro soldados argentinos hacían guardia de honor día y noche; preciosas coronas adornaban el féretro. Un gran cortejo acompañó sus restos que fueron depositados en el regio mausoleo de la señora Teodolina Fernández de Alvear, hasta el momento de nuestro regreso a Chile.

La vuelta a Chile se fijó para los primeros días de agosto. Esperábamos la llegada de Aníbal Zañartu Iñiguez, sobrino de Mercedes Ignacia, que venía a acompañarnos en nuestro viaje de regreso.

Como el paso de la cordillera estaba cerrado, tuvimos que hacer el viaje por mar. A los pocos días de la llegada de Aníbal emprendimos el viaje trayendo los restos de nuestro querido muerto. Todo lo mejor de la sociedad bonaerense, su Presidente, Ministros, Cuerpo Diplomático y otras personalidades se reunieron en la dársena para despedirnos.

Muchas de nuestras amigas íntimas que fueron a des-

pedirnos nos obsequiaron magníficos recuerdos; ya una alhaja fina, objetos artísticos de gusto y de valor y hasta dos valiosas guitarras en sus estuches. Una me regaló Pastor 2.º Obligado, joven que antes había estado en Chile con su padre y su interesante hermana Evangelina. Pastor tocaba y cantaba en la guitarra con verdadera maestría. Hasta que el vapor se puso en marcha nos acompañó la distinguida concurrencia. Con el último adiós nos arrojaban flores; nosotras les correspondíamos con lágrimas de gratitud y de dolor al mismo tiempo por la ausencia del que nos acompañó a la venida y no podía disfrutar ahora de la cariñosa manifestación.

La tarde de nuestra partida, en el vapor que hace la carrera entre Buenos Aires y Montevideo a donde llega al amanecer, avisamos al Ministro Máximo Lira, el cual con su Secretario y otros amigos nos fueron a recibir. El Ministro nos llevó a la Legación, donde permanecimos dos días y al tercero tomamos el vapor "Galicia" que nos llevó directamente a Valparaíso. A pesar de la pena que nos dominaba no pudimos dejar de admirar en la Legación uno de los salones; las murallas y muebles cubiertos de variados y vistosos mantones de Manila, artísticamente distribuidos, que hacían un efecto maravilloso. Nos referían que Lira daba con frecuencia fiestas verdaderamente orientales a las cuales asistían bellezas uruguayas que tienen fama mundial por sus ojos soñadores. El tipo de ellas es muy oriental, a la vez que tienen linda figura y mucha gracia al andar. Lo más selecto de la sociedad concurría a esas fiestas. Lira no valía nada en figura; era más bien feo, sin embargo fué hombre conquistador, inteligente, de gran cultura y vasta ilustración; el diplomático mimado de los orientales.

El dos de agosto salimos de Montevideo. La comitiva se componía de los mismos que hicimos el viaje por la cordillera a Buenos Aires; sólo nuestro querido muerto lo hizo en el silencio de su ataúd. Todos nos mareamos ape-

nas salimos del puerto. Viajamos con un mar tempestuoso; temíamos naufragar; verdadero pánico se apoderó de los pasajeros. Estábamos por llegar al Cabo Pilar, el terror de los navegantes, porque, como vulgarmente se dice, no queda títere con cabeza al atravesarlo. ¡Qué suerte nos tocó! Fué un día de sol y de completa calma. La pasada por el estrecho fué soberbia; era un día de sol radiante y de un cielo azul hermoso, una de las bellezas ponderadas de Chile. ¡Qué espectáculo más soberbio! Navegaba el vapor tranquilamente por esas aguas transparentes, color de esmeraldas; todos los pasajeros estábamos agrupados en la baranda sobre cubierta admirando tan grandioso panorama. Principiaba la primavera.

Los árboles agrupados formaban bosques de verdura nueva por ambos lados del vapor que pasaba tan cerca de tierra que, extendiendo los brazos, podíamos coger las ramas de la orilla. La cordillera con sus nieves eternas y sus famosos ventisqueros nos hacían transportar a un mundo ideal. De cuando en cuando divisábamos por entre los árboles poéticas casitas con sus chimeneas, despidiendo humo muchas de ellas, pertenecientes a extranjeros que viven lejos del bullicio del mundo, felices con su familia, trabajando en industrias propias de la región. Es envidiable esa vida tan tranquila.

Al llegar a Tierra del Fuego el vapor fondeó y nos vimos rodeados de fueguinos cubiertos de pieles. ¡Pobres indios! Enjutos, cobrizos, de semblante triste, tan desvalidos, inspiran verdadera lástima; comercian en pieles de lobos; a veces las cambian por víveres, otras veces las venden por un precio ínfimo. Esta raza es digna de más protección de su patria.

Llegamos a Punta Arenas; algunas personas conocidas nuestras que estaban radicadas ahí vinieron a saludarnos, entre otros Pañacho Blanco Lecaros y Severo Salcedo. Por ellos supimos los destrozos sufridos por los grandes temporales que ese año arrasaron de norte a sur las casitas de

los pobres campesinos, chozas de indios con sus moradores, todo arrastrado hacia el mar por los ríos desbordados. Poco antes de llegar a Coronel, en alta mar todavía, alcanzamos a ver una nube de pájaros negros que se lanzaban picoteando a unos bultos que flotaban en el mar. Junto a esos bultos se veían árboles con sus raíces y trozos de maderas. ¡Qué escena más lúgubre! Esos bultos eran los cadáveres de infelices arrastrados por las aguas del mar y que servían de alimento a las aves y a los peces. No podía ser más triste y conmovedor el espectáculo que se nos presentaba a nuestra llegada a Chile.

Anclamos en Coronel. El primero en llegar al vapor fué mi hermano Manuel, por segunda vez cura de Yungay. Con gran sacrificio y valiéndose de distintos medios de locomoción, hizo el viaje de Yungay a Coronel, pues la línea férrea al sur estaba interrumpida, nos acompañó hasta Valparaíso. En Talcahuano fué a recibirnos mi hermano mayor, Salvador, que vivía en Concepción. Varias otras familias amigas nuestras fueron también a saludarnos y a manifestarnos sus sentimientos por nuestra desgracia. Manuel se hizo cargo de sacar el ataúd del gran cajón metálico en que venía y de arreglar en la cubierta del vapor una capilla ardiente. Dijo una misa por el alma de su inolvidable padrino de su primera misa; todos los pasajeros la oyeron con unción.

¡Ceremonia conmovedora! A las tres de la tarde anclamos en Valparaíso.

De Santiago vino casi toda la familia de Mercedes Ignacia a recibirnos: su hermano Antonio, sus cuñados Aníbal Zañartu, Luis Pereira, Guillermo Ovalle, de sus parientes Guillermo de Putron, Adela de Putron, su esposo Ricardo Vélez, Miguel Eyzaguirre, Joaquín Eyzaguirre y varios otros amigos íntimos. No alcanzamos a irnos a Santiago esa tarde, porque la línea férrea quedó en mal estado a consecuencia de los grandes temporales y había que cambiar de tren teniendo que caminar a pie un largo trecho.

Cuando llegamos a la estación del Mapocho en aquel

tiempo en construcción, la encontramos invadida por un mundo de gente que fué a recibirnos y además, de curiosos que nunca faltan.

¡Qué recibimiento más triste! Entre lágrimas y sollozos nos abrazábamos sin pronunciar una palabra. Sus amigos lo condujeron al cementerio. Fueron tantos que no concluiría de nombrarlos a todos, citaré a algunos que fueron sus mejores amigos: José Tocornal, José Antonio Gandarillas, Carlos Walker Martínez, Pedro Fernández Concha, Rafael Campino, Javier Huidobro, Domingo Fernández Concha, Joaquín Fernández Blanco, Ismael Tocornal, Federico Puga Berne, que era Ministro de Relaciones en esa fecha, Ventura Blanco Viel, Enrique Mac-Iver, Eduardo Matte, Julio Zegers, Eulogio Altamirano, Federico Errázuriz, hijo, todos los Ministros de Estado y el Cuerpo Diplomático. Estos son los que más presente tengo en la memoria.

Como la casa de mi padrino estaba cedida a la Legación Argentina, Aníbal Zañartu nos llevó a la suya, en la que nos instalamos en un departamento independiente. Permanecimos allí hasta que el Ministro argentino señor Portela regresó a su país. Poco tiempo permaneció en Chile, algo pasaría porque recuerdo haber oído a la señora de Portela un día que yo estaba de visita en la Legación. “Nos echan, Carmen, de Chile ¿Qué le parece?” “Lo siento, dijo en seguida, pero mi marido no puede continuar”.

Portela era de carácter muy firme, un poco intransigente. Después de él vino don Lorenzo Anadón, hombre simpático, de carácter apacible; fué muy querido, como igualmente su esposa Micaela Zenteo. Ellos estrenaron el Palacio que nuestro Gobierno obsequió a la Legación argentina. Recuerdo que dió una fiesta magnífica para estrenarlo.

Pasé algunos meses sin ver a mi querida madre que acompañaba a mi hermano en su Curato de Yungay y que no podía venir a Santiago, porque el camino había quedado intransitable para carruajes y la línea férrea del sur aun no se arreglaba. Vino a Santiago en el mes de noviembre y como dicen que una desgracia nunca viene sola, así sucedió. Mi hermana Victoria se hallaba enferma hacía algún tiempo; vivía en San Carlos y era madre de varios hijos; su marido estaba empleado en ese pueblo. A fines de noviembre vino a ver médico a Santiago; desgraciadamente la enfermedad era mortal. Murió al mes de haber llegado dejando ocho huérfanos; el mayor de once años y el menor no tendría un mes. Mi hermano Manuel se hizo cargo de tres; Fernando, Victoria y Rosaura de 11, 7 y 4 años, respectivamente. ¡Qué joven perdieron a su madre estos niños; aun no cumplía treinta y un años!

Resolvimos acompañar a Manuel y a los niños algún tiempo; nos fuimos con ellos a Yungay a pasar los meses de verano, pueblo simpático, sus moradores buenísimos y acogedores. Algunos amigos de la familia eran dueños de fundos que estaban en los alrededores del pueblo y venían por la temporada de verano, como don Daniel Urrejola y su señora Natalia García de la Huerta. Continuamente enviaban a mi hermano obsequios y le proveían la despensa. Mi madre gozaba, porque compartía con los pobres de estos regalos.

Nadie sabe lo que le reserva el porvenir, lo que menos se imagina sucede. Hacía tiempo que vivía con mi hermano un joven que había conocido en el Seminario; deseaba seguir la carrera eclesiástica; pero no continuó, porque se convenció de que no tenía vocación. Se dedicaba al periodismo, acompañaba a mi hermano en su curato y trabajaba en la propaganda conservadora. Joven, inteligente, de carácter reservado, hablaba poco, era observador, de tipo árabe, facciones muy correctas y finas, alto, delgado, bonita figura de hombre que tenía gran partido entre las niñas.



Como era tiempo de verano y hacía bastante calor, el joven Fidel Espinosa propuso a mi madre nos fuéramos a pasar una temporada a casa de sus padres, en un lugareito de casta, llamado Buchupureo, de la provincia del Maule, pueblecito tranquilo, donde los niños podían aprovechar para darse algunos baños de mar. Mi hermano y él nos irían a dejar para regresar en seguida y cuando fuese tiempo irían a buscarnos. Se aceptó la invitación y nos pusimos en viaje; de Yungay a Cabrero en carruaje y por tren desde esa estación hasta Cauquenes, viaje que se hizo sin la menor novedad. En Cauquenes permanecemos un día haciendo los preparativos para la jornada que era más larga y que había que hacer en carruaje desde Cauquenes a Quirihue y desde este pueblo a Cobquecura y Buchupureo.

El día antes había llovido; de manera que los caminos tenían que estar algo pesados, eso sí, sin tierra. Nos pusimos en marcha, llevando repuestos de caballos, buenas provisiones para el camino, un gran canasto con un sueu-lento pavo, como son los de esas regiones del sur; pollos, huevos, quesos, charqui, vino, etc. Ibamos por caminos muy buenos, gozábamos de los paisajes pintorescos de tanta vegetación; pasábamos por bosques de boldos, arrayanes, hermosas pataguas, por valles y colinas poéticas con sus casitas y ranchos blanqueados, rodeados de jardincitos cubiertos de flores. En esas regiones las gentes son muy apasionadas por las flores; es admirable el gusto que tienen para cultivarlas. Se halla mucha poesía en esas moradas de los campos.

A mediodía descansamos a la sombra de una hermosa patagua; almorzamos, el suelo nos sirvió de mesa; tendimos un limpio mantel, servilletas y todos los útiles necesarios. Con qué apetito devoramos parte del pavo y de los demás comestibles. Continuamos nuestro viaje deseosos de llegar más temprano a Quirihue. El viajecito se estaba prolongando demasiado. Principiaba a obscurecer, no había luna, sólo se divisaba muy a lo lejos una que otra lu-

cesita muy tenue que venía de las casitas diseminadas por los campos. Ya tarde de la noche tuvimos un contratiempo; una de las ruedas del carruaje se metió en una zanja que por la obscuridad el cochero no vió. Nos bajamos inmediatamente; algunos de los niños iban dormidos. ¡En qué apuros nos vimos! No era posible continuar el viaje en noche tan obscura; resolvimos quedar en el carruaje para pasar la noche hasta que amaneciera y sacar el coche de la zanja. Nos quedamos dormidos; de repente despertamos asustados por unos gritos feroces. Clamábamos a Dios y a todos los santos pensando que eran pumas que venían a devorarnos. Tal era nuestro miedo que ya nos parecía que iban a llegar hasta nosotros. Nos tranquilizaron diciéndonos que eran zorros que en esas serranías tienen sus madrigueras. Por fin divisamos una lucecita un poco lejos; nos dirigimos hacia ella; tropezábamos continuamente, no veíamos el camino, andábamos de tumbo en tumbo; hasta que por fin llegamos a la casita de teja, de donde partía la luz. Se levantaron los moradores y nos ofrecieron hasta sus camas que acababan de dejar y que se veían muy limpias.

¡Qué gente más bondadosa! En medio de su sencillez demostraban toda su naturalidad. Luego hicieron fuego para calentar agua a fin de que tomáramos algo caliente. Como traíamos nuestras provisiones nos servimos de ellas, agradeciendo la atención de los dueños de casa. Improvisamos una buena cena que compartimos con ellos. La familia era numerosa; los chiquitines de la casa despertaron y cuando vieron niños, se levantaron en un santiamén e hicieron buenas migas. A mí me gustan las aventuras, tienen su encanto, se sale de esa monotonía; todo igual, en el mismo orden de cosas. Gocé con todo lo que nos pasó.

Cuando aclaró se sacó el carruaje de la zanja y continuamos el viaje. Como a las ocho o nueve de la mañana llegamos a Quirihue, donde nos esperaban con las camas prontas, las que ocupamos con mucho gusto. Teníamos que

partir en la tarde, pero no lo hicimos por habernos quedado profundamente dormidas.

A mediodía del siguiente salimos en dos carruajes. En uno íbamos nosotros con los niños y en el otro, que era pequeño, mi hermano y Fidel. La belleza del camino es imponderable; va por montañas; a ambos lados hay frondosos árboles que proyectan agradable sombra; se divisan a cada paso quebradas profundas, valles extensos y hermosísimos, bosques interminables y copihues rojos enredados en los árboles. Arrobados contemplábamos tanta belleza.

Al pasar junto a un árbol secular vimos que de sus raíces salía una vertiente de agua tan pura y cristalina que irradiaba al caer sobre unas rocas, donde se formaba un pozo natural. Nos bajamos del coche a beber en el hueco de la mano esa agua deliciosa.

Mi madre fué una gran admiradora de la naturaleza: todo lo celebraba. Divisaba una florecita silvestre se bajaba a tomarla; juntaba muchas y formaba ramilletes. Al atardecer llegamos a Cobquecura. Debíamos haber continuado viaje a Buchupureo, pero no fué posible, porque nuestros compañeros no llegaban. No dejó de alarmarnos esta tardanza; temíamos que hubieran sufrido algún percance en el camino; resolvimos esperarlos. Vivían entonces en Cobquecura el señor Leocadio Oviedo con su señora doña Carlota Armstrong y sus hijos, familia amiga de la de Fidel. Ellos nos ofrecieron su casa para que esperásemos a los atrasados. No llegaron en toda la noche; nos perdíamos en conjeturas, pensábamos que les habría sucedido algo grave. La noche fué terrible sin poder dormir. Por fin amaneció y llegaron sanos y salvos, no en el tilburí, sino de a caballo, porque el cochecito se había quebrado.

Por suerte encontraron un rancho cerca, donde pasaron la noche, y sus dueños les proporcionaron caballos. Almorzamos en casa de la hospitalaria y distinguida familia Oviedo y en seguida continuamos viaje a Buchupureo.

Nos fuimos por otro camino de belleza distinta; el imponente mar por un lado y por el otro extensos valles y

cerros por cuya falda serpentea el camino muy cerca de la orilla del mar. La costa es verdaderamente grandiosa; las gigantescas olas que rompiendo en elevadas rocas, suben a enorme altura en forma de penachos de blanca espuma, producen al caer el efecto de cascadas de brillantes. Como a la mitad del camino, al terminar el valle de Pilucura y antes de comenzar la ascensión a los cerros, se halla la iglesia de Piedra. Es un cerro cubierto de vegetación, de grandes dimensiones que se divisa de larga distancia, a orillas del mar. Dos grandes cavidades dan acceso a una enorme cueva, a la cual penetramos no sin cierto recelo. En realidad nos pareció un verdadero templo de piedra, imponente y majestuoso, dividido en dos grandes naves. Al final de la segunda nave hay otra cavidad también de gran tamaño, que da acceso al mar, cuyas aguas irradian luz y en las altas mareas circulan de un extremo a otro del cerro. La acción de estas aguas y las filtraciones del cerro, pues en la cumbre hay vertientes de agua dulce, han debido formar este monumento grandioso de la naturaleza.

En la tarde llegamos a Buchupureo a casa de don Fidel Espinosa Torres, donde nos esperaban con mucho cariño. La casa estaba como a diez cuabras del mar, se iba en carreta a la playa. El viaje era muy divertido; la mayor parte lo hacíamos a pie por arenales inmensos para coger fruta silvestre, sobre todo, una muy sabrosa que devorábamos y que llamaban doca. Una vez en la playa jugábamos y nos metíamos al agua en unos pocitos y pequeñas ensenadas resguardadas por rocas de las grandes olas. Los choritos maicos que cubrían los peñascos eran nuestro alimento; los encontrábamos tan deliciosos como ostras.

La hospitalaria casa de don Fidel Espinosa y de su distinguida y bondadosa señora doña Melania Burgoa, era una gran mansión antigua con numerosas habitaciones para su dilatada familia compuesta de seis hombres y cinco mujeres. Los hombres eran Eliseo, Fidel, Roberto, Enrique,

Jorge y Ramón y las niñas Olimpia, Melania, Donatila, Berta y Mercedes. Olimpia, la mayor, estaba casada con Darío Andrade y vivía muy cerca de la casa de sus padres. Tenían varios hijos; cuatro hombres y cuatro mujeres.

La familia de don Fidel era muy fervorosa, verdaderamente cristiana, de costumbres patriarcales y que sólo se conservan en aquellas apartadas regiones, lejos de las grandes ciudades. En las comidas el dueño de casa y toda su familia, antes de sentarse a la mesa, pedían la bendición de Dios; lo mismo daban gracias al terminar. Don Fidel era el alma del Partido Conservador; su casa estaba abierta a todos los políticos, especialmente a los de su partido.

Caballero de clara inteligencia y vasta ilustración, todos los vecinos, aun los que vivían distantes, venían a consultarlo en sus querellas y se sometían a sus decisiones y fallos. Se dedicaba a los trabajos de agricultura y además era teniente Administrador y Subdelegado Marítimo de ese puerto menor.

Buchupureo tuvo su auge en otros tiempos cuando aun no se construía el ramal del Ferrocarril de Parral a Cauquenes, ni el de Coelemu a Tomé. Todo el trigo de esa zona era llevado a Buchupureo, por donde se embarcaba ya para puertos nacionales o para el extranjero. La antigua y extinguida casa de Serdio Hnos. tuvo allá grandes bodegas, a la que siguieron Williamson Balfour y la firma Koster en la compra y embarque de trigo. Hoy día sólo queda el recuerdo.

Días muy agradables pasamos durante nuestra permanencia en la costa; siempre en excursiones a conocer los parajes más bonitos de los alrededores, tanto por sus playas, como por los cerros y sus pintorescas colinas. Los moradores de esas lejanas y apacibles aldeas, reciben con agrado y generosidad las visitas que con frecuencia llegan, aunque sea por primera vez. Eso no se acostumbra en las grandes ciudades y mucho menos en algunas provincias que son famosas por el orgullo de familia que se re-

traen de estas manifestaciones francas y cordiales. Corta se nos hizo la estada en ese pintoresco lugarcito, donde fuimos recibidos con tanto cariño. En los primeros días de marzo vinieron a buscarnos Manuel y Fidel. Los niños tenían que volver al Colegio.

Nos acompañaron en el viaje Melania y Eliseo. Este fué más rápido porque no sufrimos contratiempo; hicimos el mismo recorrido. Al pasar por la vertiente descendimos otra vez para beber esa agua tan deliciosa. En Chillán nos separamos; los jóvenes se fueron a Yungay, nosotras nos quedamos algunos días en Chillán.

Faltaban pocos días para nuestro regreso a Santiago cuando se apareció un día mi hermano a hablar con mucha reserva con mi madre; venía de emisario.

Fidel le había confesado su cariño por mí, que me había elegido para la compañera de su vida; díjole que era la única mujer que le había inspirado gran afecto. Mi hermano le hizo muchas reflexiones, una de ellas era la gran diferencia de edad entre nosotros, siendo yo bastante mayor. El le contestó: "Si ella tuviera la edad de su madre, siempre la elegiría por esposa". Resistíme mucho a la aceptación e igualmente mi madre.

El joven era de méritos; pero la diferencia de edad hacía presión para no resolverme a realizar esta unión. Mi hermano estaba de su parte. Nos decía:

"Es un joven que parece viejo en sus ideas y en su modo de proceder. Piensa, Carmelita, en tu porvenir. Si desgraciadamente muere mi madre y te falta yo, quedarás muy sola en la vida". Le dije: "No pienses en eso, mi madre está relativamente joven aun, le ayuda su buena salud y su gran energía. Dios permitirá que ninguno me falte". Le encargué a mi hermano que agradeciera a Fidel su cariño sentido por mí; en verdad atraía este joven por sus bellas cualidades e interesante figura. Vino de Yungay a tener una entrevista conmigo. Muchas reflexiones le hice respecto del porvenir; díjele que meditara más durante nuestra separación.

En los últimos días de marzo nos fuimos a Santiago mi madre y yo; los niños quedaron en San Carlos con su padre, mientras arreglábamos nuestros muebles para trasladarnos a Yungay y vivir con mi hermano y los niños. En Santiago nos fuimos a casa de Mercedes Ignacia. Mientras tanto el joven Espinosa me escribía diariamente afectuosas cartas que yo contestaba, haciéndole reflexiones sobre el paso que íbamos a dar y que había que resolver. Mi hermano también me escribía exigiéndome una pronta contestación para terminar este asunto. Por consejos de mi madre y de mi hermano acepté por fin a Espinosa.

Antes de salir de Santiago recibí el anillo de compromiso que me mandó Fidel de Constitución, donde vivía con mi hermano que había sido trasladado a esa parroquia. Las cartas llegaban sin tregua apurando nuestro regreso; al fin resolvimos el viaje a mediados de mayo. En Talca nos esperaban Fidel con Fernando y sus hijos Fernando, Victoria y Rosaura, que iban a vivir con nosotros en Constitución. Pasamos un día en Talca y al siguiente partimos para Constitución. En junio se efectuó nuestro matrimonio, estrictamente reservado, con sólo los miembros de la familia. A fines de agosto tuvimos la desgracia de perder trágicamente a mi querido hermano. Dios quiso probar a mi madre en lo más íntimo de su alma, llevándose a su amado hijo a la temprana edad de treinta años. Aun no hacía un año que había muerto mi hermana y ahora teníamos que lamentar otra muerte.

Una noche mi hermano se retiraba a su dormitorio que estaba en el segundo piso de la casa, la noche era oscura, la escalera no estaba bien terminada e iba sin luz. Es más que probable que haya ido subiendo distraído por alguna preocupación, con los brazos cruzados y envueltos en el manto, como acostumbraba, y al llegar al descanso, siguió por la parte que no tenía escalera, ni baranda, y cayó al pasadizo de bastante altura, golpeándose la cabeza en el pavimento que era de ladrillos, tal vez sin poder valerse de los brazos y las manos para defenderse en la caída. Sufrió

una conmoción cerebral que a los ocho días le causó la muerte. Mi madre que estaba recogida en su dormitorio, sintió el golpe y fué inmediatamente a ver lo que pasaba. Yo estaba acostada y al oír el movimiento inusitado me levanté. ¡Qué cuadro más triste presentóse a mi vista! Mi madre echada en el suelo con el cuerpo de su amado hijo en sus brazos, como la Mater Dolorosa cuando descendieron a Jesús! Vivió inconsciente durante una semana; se hizo todo lo humanamente posible por salvarlo. En el primer momento volvió en sí y habló de muchas cosas; después entró en un profundo sopor hasta que murió. Unas amigas se llevaron a mi madre y la recostaron en su cama; no se había movido un instante del lado de su amado hijo, atendiéndolo día y noche. Yo estaba en la pieza vecina a la de mi madre! Fué tal mi desesperación que dije: ¡Dios mío! ¡Por qué nos castigas tanto? Al oírme mi madre me llama: “Carmelita”. Dejóse caer de la cama, arrodillóse ante la Virgen de los Dolores y exclamó: “Señor, lo que tu haces, bien hecho está. ¡Qué se haga en todo y por todo tu santa voluntad! ¡Qué resignación más sublime la de esta santa mujer! Dios la probó durante toda su vida con los más acerbos sufrimientos. Llévóse la con la corona del martirio y la auréola de todas las virtudes. Su ejemplo de Santa entre las Santas ha quedado grabado en la memoria de todos los que tuvieron la dicha de conocerla y de tratarla.

Ann no hacía cuatro meses que se había hecho cargo de la parroquia cuando ocurrió su muerte. A su llegada fué recibido con verdadero entusiasmo en el pueblo. Las mejores familias lo visitaron. A todo el mundo conquistó por su bello carácter y humildad. Cura joven, verdadero apóstol de Cristo principiaba a trabajar con ardor en todo lo concerniente a su apostolado. ¡Desgraciadamente duró muy poco! No hacía un mes que se habían celebrado unas honras por el Rey de Italia; honras solemnes y de mucha pompa, pues en Constitución residen muchos italianos, comerciantes en su mayoría, los que contribuyeron

con gruesas sumas a fin de darles gran magnitud. El luto del templo fué nuevo y muy severo. Decían en el pueblo que eran las primeras honras que se habían dado con tanta solemnidad. No pudo olvidar lo que con ese motivo me dijo mi hermano: ¡Quién será el otro que tenga las mismas honras que éstas? ¡Y fué él! Duelo general manifestó todo el pueblo los días que duró después del accidente; la casa era una romería. Todos venían a saber de su párroco y se ofrecían de corazón para todo lo que fuese necesario; algunos quedábanse velándolo en la noche; no se conformaban con perder a su querido cura. Verdaderamente manifestaron un profundo dolor por su inesperado fallecimiento. Con gratitud recuerdo a ese noble pueblo; puerto bellissimo; su naturaleza rica en vegetación, sus playas hermosas y extensas; sus rocas monumentales, de las cuales las más notables son las de las ventanas, iglesia de piedra y mucha otras que se distinguen por su forma caprichosa. Hay renombradas familias oriundas de Constitución, entre ellas la de un señor inglés mister Cornish, que llegó en su propio barco de Inglaterra con su familia y se radicó en este puerto. Algunos de sus hijos se casaron con señoritas de Santiago. Ana Blanco Viel se casó con uno de ellos, enviudó al poco tiempo y contrajo matrimonio con Emilio Carrasco Allende. El gran político radical don Enrique Mac-Iver, hombre dotado de gran inteligencia, orgullo del partido radical y muy respetado y querido por los demás partidos; caballero de honradez acrisolada que supo respetar igualmente toda creencia, contrajo matrimonio con Emma Ovalle, mujer de gran virtud y fervorosa católica, constituyendo una familia modelo, un hogar respetado y querido de todo el mundo. Don Enrique jamás privó a su señora practicar obras de piedad. No olvido haber visto a don Enrique asistir a la primera Comunión de sus hijas en la capilla de la Caridad, tan emocionado, que derramaba lágrimas de regocijo.

Otras familias respetabilísimas que vivían en el Puerto y con quienes nos relacionamos íntimamente eran Esme-

ralda Hoyl de Gutiérrez, Emilia de Novion, Gutiérrez de Hoyl, Alvarado de Morel, Borja Arancibia con su hija Rosalba, familia Señoret Astaburuaga, Larenas, Acuña, Azócar, Pizarro, etc.

Constitución es uno de los balnearios más concurridos; ví a muchas familias de Talca, de Santiago y de otras ciudades. La Isla, preciosa y vasta extensión de terreno que se halla a la desembocadura del río Maule, frente al Puerto, paraje lleno de encantos poéticos, de exuberante vegetación y de frondosos árboles, pertenecía desde años atrás a la distinguida familia Orrego Luco que venía a pasar la temporada de verano todos los años a ese delicioso lugar. El último verano pasado en ese simpático puerto fuimos con frecuencia a la Isla, donde se encontraba una parte de la familia con la que nos unía una antigua amistad. Estaban la señora Rosalía Luco de Orrego, su hermana Emilia L. de Orrego, sus hijas Elena de Lira, Mercedes, Clemencia y Martina Barros de Orrego. Las tardes pasadas en la amena compañía de sus moradores, eran como un suspiro. La conversación chispeante de Martina mantenía absorta a toda la concurrencia por su inteligencia superior, su grande ilustración y su amabilidad. Cortísimos nos parecían esos momentos transcurridos en la Isla, cuyos moradores sabían recibir a sus visitantes con sumo agrado y gentileza.

La inesperada muerte de mi hermano ocasionó cambios en nuestro hogar; permanecimos en el curato desde septiembre hasta abril, mes en que llegó el nuevo párroco Enrique Hering. Tuvimos entonces que cambiar de residencia y arrendar una casa perteneciente al notario don Juan Godoy, casado con la señora Juana Rioseco. Este matrimonio que era sólo, vivía en la casa contigua a la nuestra. Eran personas bondadosísimas y cariñosas; fueron excelentes amigos. Mi madre resolvió pasar el invierno en Santiago, en casa de Mercedes Ignacia, donde permaneció hasta principios de diciembre.

Aníbal Zañartu, cuñado de Mercedes Ignacia, fué un

leal amigo nuestro; estuvo de Presidente interino en reemplazo de don Federico Errázuriz Echaurren, que murió antes de terminar su período presidencial, habiendo quedado Aníbal hasta el advenimiento de Riesco. En aquel tiempo abrióse el puerto de Caleta Coloso para el servicio de las salitreras de Aguas Blancas, muchas de ellas pertenecientes a don Matías Granja, a don Baltasar Domínguez y a la familia Astoreca, grandes capitalistas españoles. Ofrecióle Aníbal a mi marido el puesto de Teniente Administrador de esa nueva aduana, puesto que fué aceptado, de manera que a fines de 1901 debíamos trasladarnos al norte. Mi madre iría a vivir con nosotros, lo que me llenó de felicidad. Los hijos de mi hermana no irían con nosotros; tendríamos que separarnos de estos niños que queríamos con ternura. Su padre había contraído segundas nupcias ese mismo año y vivía en Coronel. Mi madre iría a dejarle a sus hijos por el tiempo de vacaciones, pues ingresarían de internos en un colegio de Santiago.

Nosotros debíamos irnos con ella a fines de diciembre. Ya habíamos embarcado nuestro equipaje; faltaba poco para irnos cuando recibimos una carta de mi madre en la que decía que no tenía valor de separarse de sus nietos y resolvió quedarse con ellos hasta dejarlos en un buen colegio. A Victoria la colocó en la Inmaculada Concepción y a Fernando en San Pedro Nolasco. Esta determinación nos contrarió, aunque nos prometía irse próximamente a nuestro lado. Nos embarcamos en Valparaíso en el vapor Itata; fué un viaje corto y feliz. Llegamos a Antofagasta en la época de más actividad en ese puerto salitrero. Los grandes capitalistas emprendían trabajos en las diferentes oficinas salitreras que funcionaban con gran éxito.

El puerto de Coloso se abrió para poder embarcar con más facilidad el salitre procedente de la región de Aguas Blancas. En Antofagasta el mar es muy agitado y se hacía muy difícil el embarque; a veces se perdía mucho tiempo por estar cerrada la barra. Además carecía Anto-

fagasta de los elementos necesarios para atender todo el movimiento que se divisaba venir. En cambio en Coloso el mar es tranquilo; fué por lo tanto un verdadero puerto de salvación para los salitreros. Don Arnoldo Ried era el Gerente de la casa Granja en este puerto. Administrador de la oficina Pepita era don Valentín Miguez, español, casado con una chilena nacida en Iquique.

Admirablemente organizado fué este puerto; tenía un ferrocarril que venía con sus carros repletos de ese fabuloso producto, que era embarcado en los buques de vela que llegaban de distintas partes en busca de esa savia de vida para tonificar sus tierras agotadas por la producción de tantos siglos.

Constantemente el mar se veía poblado de buques de vela y vapores de distintas nacionalidades, ingleses, franceses, alemanes, italianos, rusos, holandeses, noruegos, daneses, etc. Tuve oportunidad de conocer a casi todos los capitanes de estos barcos, en su mayoría hombres cultos y corteses. Con frecuencia nos convidaban a almorzar a bordo y ¡qué variedad de guisos tuve ocasión de paladear! Los italianos nos festejaban con sus especiales tallarines, ravioles, mortadelas, vinos Lacrima cristi, marsala, en fin una gran variedad de todo; los ingleses con sus rosbig, sus pasteles, plum pudding, mermeladas amargas, todo confeccionado con poco condimento. Los alemanes con sus arenques, su chucrut y guisos dulces, vino del Rhin y su famosa cerveza. La comida rusa buena en sí, lo original que hallé en ella fué el famoso caviar, que lo preparan como entrada de una manera exquisita. La mejor cocina es sin duda la francesa; su comida condimentada con discreción y muy bien presentada.

La población de la Caleta se instaló en los cerros. Las viviendas para los cargadores de salitre eran casitas de calamina; quedaban en la parte alta de los cerros; por buenos caminos se subía a una verdadera población que se llamaba el Alto de la Luna. Cargadores y empleados subalternos vivían allí con sus familias. La habitación del Ad-

ministrador de la Casa Granja estaba también en la parte alta, como igualmente las oficinas, casas para empleados superiores, pulpería, hotel, etc. Una quebrada separa esta parte del Alto de la Luna.

El edificio de la Aduana y las bodegas quedaban en la parte baja, a la orilla del mar, menos de veinte metros del malecón. La casa de la Aduana era de madera pintada al óleo; no había piezas empapeladas. Tres eran las casas en un solo cuerpo de edificio; la primera, la más grande, para el Teniente Administrador, era ocupada por la oficina y habitación; seguía al lado, la del interventor pesador primero, y la tercera, para el pesador segundo. Había también dos grandes piezas para marineros. Todas las casas tenían sus respectivos patios y estaban separadas por pasadizos. Anchos corredores las circundaban, los cuales convidaban a instalarse en ellos para gozar del lindo panorama del mar y de la llegada de los vapores y demás naves.

Las familias que allí vivíamos íbamos por las tardes con nuestras labores de mano a sentarnos en la galería: nos hacíamos la ilusión de que estábamos sobre la cubierta de un gran barco y de que íbamos navegando. Eramos dos matrimonios los que ocupábamos las casas, nosotros y el pesador 1.º Armando Roger Brieba, recién casado con Luisa Valdés Morel. El pesador 2.º Jorge Santa Cruz Wilson, soltero, estuvo muy poco tiempo en la Caleta; permutó con el joven Roberto Ugalde Molina, también soltero.

Los domingos la Caleta se veía muy alegre por la concurrencia de las mejores familias de Antofagasta; hacíamos paseos a la playa, llevando provisiones, no faltando el cordero asado al palo. Algunos españoles empleados en la Casa Granja llevaban sus guitarras que saben manejar tan bien, y manifestaban su alegría bailando jotas, sardanas y otros bailes con castañuelas. Tardes amenas y de regocijo eran esas pasadas en la playa de Coloso.

El año 1903 vino mi madre a reunirse con nosotros, ¡Cuán feliz halléme de tener a mi madre a mi lado! Mani-

festóse muy contenta; todos celebraban su carácter tan alegre y acogedor, con todo gozaba. Fuí a recibirla a Antofagasta, se venía acompañada de Armando Roger que había ido al sur. Hicieron el viaje en el vapor "Perú" que traía muchos pasajeros, unos para Bolivia, otros para Iquique y otros puntos del Norte. La mayor parte de los viajeros rodeaban a mi madre para despedirse de ella con todo cariño y me decían: "La señora ha sido el alma del vapor, pronta a tocar el piano para que los demás bailaran. Siempre la recordaremos con cariño". Esta demostración de cariño a mi madre querida fué para mí muy placentera. Felices nos fuimos esa tarde a Coloso. De Antofagasta se hace el viaje en carruaje hasta Carrizo, paraje por donde pasaba el tren que venía de Aguas Blancas. A mi madre le agradó todo en Coloso; la casa tan cerca del mar, su pieza con una gran ventana bañada de sol y mirando al mar; por la noche el ruido de las olas al chocar contra las rocas, con todo gozaba. Con mucha paz y tranquilidad pasaban nuestros días. Mi madre se entretenía tocando el piano, un rico Steinwason, recuerdo de mi hermano Manuel. Continuamente recibía cartas de los nietos, esto era una felicidad muy grande para ella.

La tierra de Antofagasta era muy estéril debido a la falta de agua, muy escasos los jardines. En las casas más antiguas de la población se veían jardines con plantas artificiales puestas en maceteros; había plantas de cala con sus hojas verdes y sus blancas flores, o aspidistras, begonias, etc. A primera vista hacían efecto de flores naturales. La única quinta con jardines verdaderos tenía plantas de hoja: las flores que más se destacaban eran floripondios de gran variedad de colores, muy perfumadas; llamaban la atención por la frondosidad de sus flores; el laurel rosa era muy abundante. Había quioscos apropiados para almorzar y hacer onces; estaban cubiertos de enredaderas de suspiros y zapatitos de Venus, plantita muy delicada y fina. Con gran trabajo formaron esta quinta preparando la tierra hasta

hacerla fértil. La hortaliza se da muy bien, muy superior a la del sur; los tomates de gran tamaño, cada uno llena un plato y son muy jugosos; las lechugas, rabanitos, acelgas y demás verduras exuberantes. El salitre convierte la tierra en un verdadero bizcochuelo, como se dice vulgarmente. Hay ciertas plantas que cuestan mucho aclimatarlas; por ejemplo las rosas, camelias y otras de la misma especie.

El algodónero se desarrolla muy bien. Las familias que venían del sur se esmeraban en hacer jardines, que dan vida a los hogares y proporcionan a la dueña de casa una distracción que alegra el espíritu y hace agradable el hogar. La plaza principal no carecía de encantos en esos años; tenía frondosos árboles, plantas de hojas y cosmos. Esta es una flor decorativa por sus variados colores. Lo primero que hicimos al llegar a Coloso fué formar un pequeño jardín y hortaliza. De Constitución nos traían sacos de tierra vegetal; venían en la barca Julia que con frecuencia llegaba cargada con productos de ese puerto. Muy pronto transformamos ese pedacito de tierra de que disponíamos como patio. Era un pasatiempo muy agradable y provechoso, teníamos de todo; desde rabanitos, tomates, coliflores, lechugas, perejil, cilantro, hasta berengenas y alchachofas. Todo se producía allí. El salitre es algo asombroso como tónico fertilizante para todo lo que produce la tierra. Construimos un bonito quiosco cubierto de enredaderas; en él nos reuníamos a hacer onces con las visitas que venían de Antofagasta.

Todos muy felices gozábamos de la encantadora vista del mar, del revoloteo de los alcatraces y garumas que abundan en esas costas, de la llegada de las naves y del movimiento febril del puerto. Coloso estaba en su apogeo como también Antofagasta. El resurgimiento de estos puertos se produjo por la fiebre de diferentes negocios que se desarrollaban en esa época. El primer factor era el salitre; había también interés por el borato, azufre, yodo y varios otros minerales, especialmente el cobre. Miles de personas, ávidas

de hacer fortuna, llegaban a estos puertos salitreros. Se disputaban las exploraciones, fuentes de riquezas. Muchos venían en busca del derrotero Naranjo, caballero que descubrió una mina de oro, la que decían hallábase muy cercana a Caleta Coloso. Este señor Naranjo poseía él sólo el secreto de la mina, dirigióse a la capital con algunas barras de oro que había hecho fundir con el objeto de buscar socios capitalistas para explotar la mina. Fatalmente el vapor en que iba naufragó en alta mar, en las alturas de Coquimbo. Junto con él quedó sepultado el secreto, porque no confió a ser viviente donde se hallaba la famosa mina. Allá por 1903 veíamos pasar constantemente caravanas de gente que iban en busca de este derrotero y que se hacían acompañar por changos que abundan en esas regiones. Hasta la fecha no se ha descubierto. Citaré algunas personas más caracterizadas que en aquel tiempo residían en Antofagasta. El Vicario señor Felipe Salas Errázuriz, prelado que fué muy querido de sus feligreses, aun los de diferentes religiones y credo político lo respetaban por su bondad, gran ilustración y cultura; supo poner en orden todo lo concerniente a su ministerio. Fundó varias obras de beneficencia; estableció monjas de la Providencia y anteriormente había llevado padres de la Congregación del Corazón de María. A la muerte del Papa León XIII, le hizo unas honras pomposas que fueron gran acontecimiento en el pueblo. Hallábase también un señor Pinkas, brasileño, Administrador del Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, señor de gran facha y que vivía fastuosamente; don José Antonio Bustamante, con su esposa Sara Aspillaga y familia; Emilio Carrasco, Emilio Claro Cruz, Eduardo Délano, Julio Fabres, todos con sus señoras y familias. Gonzalo Bulnes Pinto iba por temporadas a Antofagasta. El, con Emilio Carrasco gestionaban la construcción del Ferrocarril de Antofagasta a Salta; tenían completa seguridad en el éxito de sus gestiones. El Congreso se opuso tomando en cuenta que este Ferrocarril ocasionaría un gran perjuicio a la zona sur del país; pues los artículos de pri-

mera necesidad vendrían de la Argentina. Descorazonados quedaron estos señores por la echada por tierra de sus proyectos. ¡Anomalías de la vida! Hoy día se inician trabajos para ese ferrocarril, que no sería raro fuese la base para la independencia absoluta de esa valiosa región que tanta sangre ha costado.

Antofagasta es un puerto muy agradable por su clima buenísimo; se goza de una constante primavera, pues no se conoce el invierno; el verano es caluroso, pero saliendo a la calle se disfruta de una agradable brisa marina.

Sus plazas se ven siempre muy concurridas, la Avenida del Brasil se estrenó en 1903, hoy día debe ser el mejor paseo. Los mejores edificios eran el Cuartel del Regimiento Esmeralda, el Hotel Eden, cercano a la playa, la casa de don Guillermo Stevenson y otras. Las familias radicadas allí desde hacía años eran en su mayoría copiapinas: Elena Fraga de Mercado, con sus hijas Escilda de Varas, Ester de Abalos, Latrille Fraga, Aguilar Guerra, Bravo Lefevre, Koster Cienfuegos, Mercedes Figueroa de Talavera, copiapina distinguida; Stevenson, norteamericano casado con Elisa Vilches chilena, matrimonio con quien tuvimos una amistad muy recíproca. Años más tarde llegó el matrimonio Manuel Vargas e Ismaela Jara. Ismaela se había casado en primeras nupcias con un señor Tanco, ingeniero cubano de cuyo matrimonio nacieron María, Ismaela, Marta, Nelly y Nicolás. Todas estas niñas se casaron muy bien en Antofagasta; María con Carlos Caballero, hijo del gran salitrero del mismo nombre; Ismaela con Eduardo Villegas, Marta con Jorge Jones y Nelly con el boliviano Alcibíades Granier. También residieron por algún tiempo en ese puerto don Julio Girard y su esposa Natalia Zúñiga, don Francisco Javier Castillo, su esposa Luisa Letelier y familia, Fernando Lantáño Solar y su esposa Bartola Paredes, don Antonio María López, su esposa Julia López y sus interesantes hijas Julia, Orosia y María, los jóvenes Gerardo Ateaga, ingeniero, que se casó con la distinguida señorita Berta Koster Cienfuegos y Oscar Barrios que se dedicaba

al comercio, llamado a un gran porvenir por su inteligencia, actividad y espíritu emprendedor.

Los intendentes que desfilaron por Antofagasta desde 1902 a 1913 fueron los siguientes: Alejandro Fierro Carrera, con su esposa Inés Pérez Ovalle y su hijo Ruperto, don Carlos Merino Carvallo, Cayetano Astaburuaga y su esposa Julia Rojas Arancibia y un señor Chaparro, cuyo nombre no recuerdo.

No pasará por alto un acontecimiento que fué de funesta trascendencia para nosotros. A principios de 1906 llegó un inspector de aduanas; visitó la Tenencia de Coloso y le dijo a mi marido que a mediados de ese año se haría la reorganización de las aduanas, pero que él quedaría en su puesto, que sabía estaba acordado no moverlo por ser un buen empleado. En el mes de julio, sin embargo, a fines de este mes, recibióse de la Superintendencia de Aduanas un telegrama en que se le ordenaba se trasladase a la Aduana de Antofagasta en calidad de pesador 1.º Cayó como una bomba esta orden a mi marido, pues este cambio era un verdadero desbarajuste para nosotros. Después de esta orden llegaba a Coloso Enrique Sánchez Cotapos que iba a sustituirlo.

Sin pérdida de tiempo resolvimos mi madre y yo vernos a Santiago a reclamar de este cambio que tanto nos perjudicaba. Llegamos a Valparaíso en los primeros días de agosto. El intendente era Enrique Larraín Alcalde, casado con Victoria Morandé, con quien nos unía una antigua amistad. Luego de llegar fuí a verlos y les referí lo que nos pasaba; manifestáronme su buena voluntad en ayudarnos. Victoria me acompañó a la Superintendencia a hablar personalmente con don Salvador Zegers, Superintendente de Aduanas. Apenas nos vió me dijo: "Ya sé a lo que vienen" y se tomó la cabeza a dos manos. En seguida nos explicó que él no se había dado cuenta de este cambio, que fué motivado por un empeño poderoso de última hora, pedido por don Juan Luis Sanfuentes, en favor de

un pariente de su mujer, que había quedado fuera por haberse cerrado la Aduana de Mejillones en la que estaba de Administrador. Don Juan Luis Sanfuentes gobernaba la nación desde varios años antes de ser elegido Presidente (todo se hacía con el permiso de don Juan Luis), Zegers prometió arreglar esta injusticia tratando de reponer en su puesto a mi marido.

Una vez en Santiago di todos los pasos imaginables para conseguir el objeto que deseábamos ante los políticos más influyentes, principiando por el Ministro de Hacienda, que era Joaquín Prieto Hurtado, a quien conocía desde tiempo atrás. Dióme muchas esperanzas, díjome que ya estaba impuesto de este asunto por Manuel Fóster Recabarren, quien había hablado con él para que reparase esta injusticia.

Por el empeño poderoso de don Juan Luis se rebajaba a un buen empleado. Desgraciadamente este es el pan de cada día en los servicios públicos. ¡Injusticias y más injusticias! Las influencias interesadas nada respetan, ¡Ausencia de rectitud y de firmeza!!

Presidente electo fué don Pedro Montt. Por esos días había llegado a Antofagasta visitando las provincias del norte. Mi esposo tuvo una entrevista con él y lo impuso de lo ocurrido; él le prometió ocuparse de su asunto luego que asumiera la presidencia. Don Pedro Montt fué un hombre sin tacha, de gran carácter, recto en todos sus actos y de sentimientos elevados. Andaba en esas visitas cuando tuvo lugar el terremoto de agosto que causó tanta ruina, pérdidas de vida y males irreparables; consternación profunda produjo en Chile tan horrorosa catástrofe. Valparaíso se arruinó, Santiago sufrió bastante, como igualmente varias otras ciudades. Los que presenciemos este fenómeno no lo podremos olvidar. Sacerdotes cruzaban las calles, alamedas y plazas, donde se guarecían las multitudes, que solicitaban sus atenciones. Caballeros y jóvenes se confesaban conmovidos preparándose para recibir la muerte en gracia de Dios. Se supo de muchos que alejados por lar-

gos años de toda práctica piadosa, llamaban a gritos a los sacerdotes; de otros que por primera vez se confesaban. Tristísimos cuadros presenciábamos, varias muertes repentinas acontecieron; un señor Correa, Administrador de la Quinta Normal, murió de esa manera, ¡Cuánta desolación causó esta catástrofe! Siguió temblando diariamente; a distintas horas del día, hasta el mes de diciembre.

En aquellos días se hacían grandes preparativos para recibir al Ministro de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, Mister Root, que venía a visitar a varias Repúblicas sudamericanas; viajaba en el Crucero "Charleston" y el "Zenteno" lo escoltaba. En el Puerto de Lota dióle la bienvenida nuestro Ministro de Relaciones, don Antonio Huneeus, a nombre del Gobierno y del pueblo chilenos, invitándolo a visitar la ciudad. Con el Sr. Root, desembarcaron también su esposa, sus hijos y el Comandante del "Charleston", Mister Wilson, quienes por el espacio de largo rato pudieron admirar las bellezas de Lota.

En la Estación Central fué recibido por todos los Secretarios de Estado; la comitiva dirigióse al Palacio Edwards, donde se hospedó el Ministro durante su estada en Santiago. Este caballero fué muy festejado por la sociedad chilena, que se esmeró en agasajarlo; él sintió hondamente la desgracia ocurrida por el terremoto.

Seguí mis gestiones interrumpidas por todos estos acontecimientos. Me entrevisté con don Juan Luis Sanfuentes, Anita, su esposa, era mi amiga muy querida; ella me llevó al escritorio de su marido para que hablara con él. Yo le dije estas palabras: usted fué el del empeño poderoso para Zegers a fin de que dejara colocado a Sánchez Cotapos en Caleta Coloso. Usted es el llamado para hacer que se remedie la situación de mi marido, reponiéndolo en su puesto. Con su risita proverbial asentía a todo, encontrándome razón. Antes de asumir la Presidencia don Pedro Montt, fuí a su casa habitación, a la entrada del Portai Mac Clure y tuve una entrevista con él. Sara, su distinguida y gentil esposa, se interesó por nuestra causa. Montt

me prometió que Fidel volvería a su puesto. Cuando fué Presidente hubo cambio de Ministerio, ocupando la cartera de Hacienda don Raimundo del Río, caballero benévolo, muy culto, quien manifestó interés en servirme y hasta me aseguró que mi marido volvería a Coloso. Un día estuve en la Presidencia a entrevistarme con Montt. Conversamos largamente sobre el asunto que me llevaba; me hizo esta reflexión: "A su marido le convendría más un puesto de planta, la de Coloso no es de esta clase. Muy superior sería el de Alcaide de la Aduana de Antofagasta, mejor rentado y en vías de hacer carrera". Escríble esta proposición, Fidel se convenció y aceptó la oferta. ¡Qué batalla más grande la que se libró! Presentáronse varios candidatos que se interesaron por la Alcaldía; Senadores trabajaban por sus partidarios. Diputados igualmente, Había perdido las esperanzas del nombramiento de Fidel. El Secretario del Ministerio de Hacienda, Valentín Magallanes, me había descorazonado a última hora, diciéndome la lucha que se libraba en el Gobierno para darle ese puesto a un protegido de un Diputado. Quedé triste y preocupada pensando en un fracaso seguro, sabiendo que los congresales eran los que llevaban la batuta. En ese momento recibo una tarjeta de Sara del Campo, acompañada de una de su marido que le escribe desde el Despacho Presidencial en la que le dice: "En este momento firmo el decreto en que se nombra Alcaide de la Aduana de Antofagasta, a don Fidel Espinosa."

En marzo de 1907 fuí a reunirme con mi marido a Antofagasta. En el primer tiempo estuvimos en el Hotel Edén hasta encontrar una casa que nos conviniera. Por suerte la encontramos pronto; en la calle Atacama encontramos una casita recién construída, apareme para un matrimonio solo. Cerca de nuestra casa residían algunas familias conocidas, entre otras, la familia Bravo, que habitaba una quinta muy hermosa, donde tenían frutas y hortalizas en abundancia, como igualmente flores. Era una quinta de recreo donde se pasaban tardes muy agradables

contemplando las bellezas de aquella quinta tan llena de verdura que tan escasa era en esos parajes.

A los dos años de estada en Antofagasta regresé nuevamente a Santiago en busca de mi madre. Con ella pensamos volver a Antofagasta, llevándonos a Victoria, una de sus nietas predilectas, que hacía poco había terminado sus estudios en la Inmaculada Concepción. Ella y Delia hija de Salvador, fueron sus nietas predilectas, muy queridas de su abuelita; ellas correspondían con cariño queriéndola con ternura.

Habíamos resuelto pasar el verano en la costa de Buchupureo, en casa de mi suegra pero mi madre manifestó grandes deseos de pasar un tiempo en su pueblo de Chillán. Fuimos a casa de mi cuñada Ercilia, la que nos recibió con cariño. Salvador estaba en Bolivia en esa época. Delia y Victoria estuvieron muy contentas de hallarse juntas. Niñas jóvenes en la primavera de la vida, lo pasaban admirablemente de paseo en paseo. Delia tenía su pretendiente, el joven Aurelio de la Fuente, joven de porvenir con quien contrajo matrimonio más tarde. Victoria se hizo de muchos amigos, entre los que encontró al que debía ser su compañero en la vida. Este fué el joven Gonzalo Gazmuri Arrau, perteneciente a una de las más antiguas familias del pueblo. Pronto se realizó el matrimonio y mi madre y yo fuimos a Santiago y de ahí sola otra vez a Antofagasta. Pasamos el primer tiempo en el Hotel Colón hasta encontrar una nueva casa, la que no se hizo esperar. Nos proporcionaron una con todo confort; pertenecía al Cónsul del Uruguay Tomás Konke, quien además tenía un alto puesto en el Ferrocarril de Antofagasta a Bolivia, empresa inglesa. Este joven había contraído matrimonio recientemente con la interesante joven santiaguina Elcira Moller Bravo. Se iban en viaje de placer a Estados Unidos y a Europa, donde permanecerían algunos meses. Nos propusieron que nos fuéramos a vivir a su casa hasta su regreso sin el menor gravamen para nosotros, lo que aceptamos

con todo gusto. Lo único que nos pidieron fué que hiciéramos izar la bandera uruguaya los domingos y aniversarios patrios de todas las naciones. Esta fué una gran oportunidad que nos hizo ahorrar durante seis meses.

En marzo de 1911 regresó el matrimonio Konke Moller. Nosotros arrendamos una casa un poco más arriba, calle Suere, perteneciente a la familia Vargas Jara; ellos vivían al lado. Ismaela Jara de Vargas, oriunda de Chillán, que llamó la atención por su belleza, muy atrayente en todo sentido, de una dulzura y suavidad de carácter que se hacía querer de cuantos la conocían, atrajo todo mi afecto. La señora Palmira Rugg de Sánchez, esposa del Rector del Liceo, fué también muy amiga mía. Palmira era de Constitución, su padre mister Rugg era un comerciante que llegó a Constitución en un barco propio y contrajo matrimonio con una señorita argentina, Corina Cabero, cuya familia residía en aquel lugar desde el tiempo de Rosas. El matrimonio Sánchez tenía varias hijas: Aurelia, María Elena, Ana Corina, Guillermina, Graciela y Lucía. Aurelia la mayor, jovencita agraciada, a poco de llegar a Antofagasta, conoció al joven abogado Aníbal Barrios, quien había ido a ejercer su profesión a ese puerto salitrero. Barrios, joven inteligentísimo, muy pronto se abrió camino y era el más buscado para defender tanto litigio. Bien puede calcularse cuántos se presentarían. Las estacas mal ubicadas eran motivo para desarrollar pleitos; estas estacas jamás estaban en el lugar que les correspondían. ¡El mundo es así! Cuando no guerras, hay que buscar pleitos desenterrando asuntos sepultados muchos años. La discordia y la envidia son las que más reinan en el mundo. La tranquilidad pone intranquila a la gente pensando qué ira a venir. Lo que asusta y preocupa más al ser humano es la tranquilidad de las naciones, imaginándose que quizás se estarán preparando a la sordina para declarar la guerra al vecino, las más de las veces por una pulgada de tierra, por una palabra descompuesta proferida contra una nación. No olvidemos el primer pleito

entre los hermanos Caín y Abel y todos los que siguieron después. La Biblia nos habla de matanza y división entre padres, hijos y hermanos. Nuestro Divino Redentor, Cristo, se sacrificó por el mundo entero. Ya sabemos el pago que se le dió; su sublime doctrina vivirá grabada en nuestra memoria hasta el fin de nuestra vida. Su sabia y regeneradora doctrina fué la herencia que nos dejó; algunos han conservado y duplicado con creces esa herencia evangélica: desgraciadamente, son los menos. Mucho predicó la paz el Divino Maestro y la unión entre hermanos, la igualdad es más difícil de practicar. La diosa Razón de los franceses vociferó la igualdad y ¿la han practicado? ¡La paz y el reposo sólo en el Sepulcro!

Perdone el lector este paréntesis tan largo.

La inteligente joven Aurelia contrajo matrimonio con el no menos inteligente y prestigioso abogado Aníbal Barrios, quien tuvo una brillante actuación durante su permanencia en Antofagasta. Por su acendrada honradez se hizo acreedor a la estimación en toda esa zona salitrera. A los pocos años se trasladaron a la capital, donde Barrios muy pronto figuró en la política como Senador, ocupando varias veces la Cartera de Ministro durante la Presidencia de don Juan Luis Sanfuentes. Años después se fueron a Europa donde se radicaron por largos años.

En abril de 1913 regresé a Santiago. Por varios motivos que se presentan desgraciadamente en la vida, me ví obligada a separarme de mi marido, separación eso sí, de común acuerdo y amigablemente. Me conformé con mi situación y me dediqué por entero a cuidar a mi santa madre, de edad ya avanzada.

Su vida ya descrita, había sido de grandes sufrimientos, me propuse endulzar los últimos años de su existencia. Mi marido me asignó una suma que yo aumenté con mi trabajo y me permitió arrendar una casita para las dos. Esta casa pertenecía a Mercedes Ignacia de de Putrón; había quedado desocupada y la tomamos por un cánon muy módico. Su dueño no me había pedido nada; pero yo

quise pagar algo y le daba cien pesos mensuales. Estaba en la calle de Cienfuegos al lado de la casa de Santiago Pérez Eastman. Mercedes Ignacia tan bondadosa y que nos quería, me propuso viviéramos con ella como cuando estaba soltera. Pero deseaba tanto tener una casita por mi cuenta que le pedí que me arrendara la de la calle Cienfuegos. Quedó convenido y permanecimos en su casa hasta que se hicieran unas reparaciones en la que íbamos a vivir.

La Divina Providencia siempre ayuda a sus hijos desvalidos. Había que amoblar dicha casita; lo único que teníamos eran las camas. La casa quedó por mi cuenta desde el mes de junio sin pagar el arriendo hasta ocuparla. Había que empapelar la casa y hacerle algunas reparaciones. Quise hacerlo por mi cuenta; compré los papeles y varios útiles para los arreglos. Lo primero de que me preocupé fué el baño y su instalación completa. La casita había tenido una, la del arrendatario que por supuesto se la llevó. Todo lo compré con facilidades de pago; la cocina fué de gas. Tanta fué mi suerte que mis buenas amigas me proporcionaron todo lo que necesitaba para instalar una casita hasta con elegancia. No puedo dejar de nombrar a todas las bondadosas amigas que contribuyeron a ayudarme. Teresa Fóster de Besa, dos catres iguales con su somiers, dos buenos sillones tapizados y dos sillas para el dormitorio; Mercedes Ignacia de de Putrón, dos sofás para la salita, un tapiz para el suelo y un mueble de caoba que arreglé de aparador; Natalia García de la H. de Urrejola, un calentador de gas; Ignacia Zañartu de Sánchez García de la Huerta, la cristalería completa y servicio de plaqué; María Luisa Zañartu de Pérez, un juego completo de porcelana para el comedor; Mercedes Prieto de Vial, un lindo ropero con espejo, fabricado en los Salesianos; Clemencia Prieto de Gandarillas, un catre y colchón para alojados, que nunca faltan; Rosa Huice de Gandarillas, una mesa de caoba; y mi buenísima amiga Sánchez de Barrios una

magnífica mesa de comedor con su respectivo trinche. Amelita Zañartu de Cañas, me proveyó la despensa para el primer tiempo. En casa de Mercedes Ignacia, al lado de nuestro dormitorio, había una gran mesa, en el cuarto de costura. Yo salía en el día, a veces llegaba tarde. Cuando entraba a esa pieza hallaba la mesa cubierta de regalos; las amigas se esmeraban en que nada nos faltara.

El primero que estrenó la casa fué mi sobrino Fernando. Estaba estudiando ingeniería y tenía que pagar pensión, por cuyo motivo quiso emplearse. Apenas la casita estuvo lista le dije que se viniera a ocuparla y que él mismo podía prepararse su comida, ya que la cocinita era de gas y de fácil manejo. A este respecto le agregué: “Fernando, te proporciono techo y alimento, has cuenta de que estás con tu madre, lo único que siento es no poderte proporcionar ropa. Dedicáte a hacer clases a jóvenes que siempre necesitan de pasantes, esto te dará para que puedas vestírte”. Así lo hizo, se trasladó a la casita, a su buena pieza, dos meses antes que nosotras y dejó el empleo que le quitaba tiempo para finalizar su carrera, que pudo continuar en mejores condiciones. Recibióse a los cinco años de estudios, sobresaliendo en todos ellos; recuerdo que en la Universidad lo llamaban Pascal. ¡Qué gusto cuando se presentó con su título! Su memoria versó sobre Hidráulica. Yo estaba enferma, guardaba cama. Le dije: “Hoy mismo manda a hacer una plancha para que la coloques”. Y le dí lo necesario para su compra. Esto fué un goce muy grande para su abuelita que se había sacrificado para que su nieto se aprovechase. Feliz por una parte y por la otra pensando en el destino que nunca se presenta sin nubes que lo empañen.

Yo me había dedicado a trabajar en confeccionar sombreros para señoras. Mis buenas amigas me dieron este consejo; todas ellas se comprometieron a mandármelos a hacer. Mis jóvenes e interesantes amigas Clotilde y Teresa Alamos, fueron mis grandes cooperadoras, contribuyendo al éxito de mi trabajo. Hasta la señora del Pre-

quise pagar algo y le daba cien pesos mensuales. Estaba en la calle de Cienfuegos al lado de la casa de Santiago Pérez Eastman. Mercedes Ignacia tan bondadosa y que nos quería, me propuso viviéramos con ella como cuando estaba soltera. Pero deseaba tanto tener una casita por mi cuenta que le pedí que me arrendara la de la calle Cienfuegos. Quedó convenido y permanecimos en su casa hasta que se hicieran unas reparaciones en la que íbamos a vivir.

La Divina Providencia siempre ayuda a sus hijos desvalidos. Había que amoblar dicha casita; lo único que teníamos eran las camas. La casa quedó por mi cuenta desde el mes de junio sin pagar el arriendo hasta ocuparla. Había que empapelar la casa y hacerle algunas reparaciones. Quise hacerlo por mi cuenta; compré los papeles y varios útiles para los arreglos. Lo primero de que me preocupé fué el baño y su instalación completa. La casita había tenido una, la del arrendatario que por supuesto se la llevó. Todo lo compré con facilidades de pago; la cocina fué de gas. Tanta fué mi suerte que mis buenas amigas me proporcionaron todo lo que necesitaba para instalar una casita hasta con elegancia. No puedo dejar de nombrar a todas las bondadosas amigas que contribuyeron a ayudarme. Teresa Fóster de Besa, dos catres iguales con su somiers, dos buenos sillones tapizados y dos sillas para el dormitorio; Mercedes Ignacia de de Putrón, dos sofases para la salita, un tapiz para el suelo y un mueble de caoba que arreglé de aparador; Natalia García de la H. de Urrejola, un calentador de gas; Ignacia Zañartu de Sánchez García de la Huerta, la cristalería completa y servicio de plaqué; María Luisa Zañartu de Pérez, un juego completo de porcelana para el comedor; Mercedes Prieto de Vial, un lindo ropero con espejo, fabricado en los Salesianos; Clemencia Prieto de Gandarillas, un catre y colchón para alojados, que nunca faltan; Rosa Huice de Gandarillas, una mesa de caoba; y mi buenísima amiga Sánchez de Barrios una

magnífica mesa de comedor con su respectivo trinche. Amelita Zañartu de Cañas, me proveyó la despensa para el primer tiempo. En casa de Mercedes Ignacia, al lado de nuestro dormitorio, había una gran mesa, en el cuarto de costura. Yo salía en el día, a veces llegaba tarde. Cuando entraba a esa pieza hallaba la mesa cubierta de regalos; las amigas se esmeraban en que nada nos faltara.

El primero que estrenó la casa fué mi sobrino Fernando. Estaba estudiando ingeniería y tenía que pagar pensión, por cuyo motivo quiso emplearse. Apenas la casita estuvo lista le dije que se viniera a ocuparla y que él mismo podía prepararse su comida, ya que la cocinita era de gas y de fácil manejo. A este respecto le agregué: “Fernando, te proporciono techo y alimento, has cuenta de que estás con tu madre, lo único que siento es no poderte proporcionar ropa. Dedicarte a hacer clases a jóvenes que siempre necesitan de pasantes, esto te dará para que puedas vestirme”. Así lo hizo, se trasladó a la casita, a su buena pieza, dos meses antes que nosotras y dejó el empleo que le quitaba tiempo para finalizar su carrera, que pudo continuar en mejores condiciones. Recibióse a los cinco años de estudios, sobresaliendo en todos ellos; recuerdo que en la Universidad lo llamaban Pascal. ¡Qué gusto cuando se presentó con su título! Su memoria versó sobre Hidráulica. Yo estaba enferma, guardaba cama. Le dije: “Hoy mismo manda a hacer una plancha para que la coloques”. Y le di lo necesario para su compra. Esto fué un goce muy grande para su abuelita que se había sacrificado para que su nieto se aprovechase. Feliz por una parte y por la otra pensando en el destino que nunca se presenta sin nubes que lo empañen.

Yo me había dedicado a trabajar en confeccionar sombreros para señoras. Mis buenas amigas me dieron este consejo; todas ellas se comprometieron a mandármelos a hacer. Mis jóvenes e interesantes amigas Clotilde y Teresa Alamos, fueron mis grandes cooperadoras, contribuyendo al éxito de mi trabajo. Hasta la señora del Pre-

sidente Mercedes Valdés de Barros Luco, me mandaba sus sombreros para arreglarlos, igualmente Sara del Campo de Montt, tan buena y generosa. Un día que fué a casa se fijó que no tenía espejo en la salita y en el acto me mandó uno muy bonito. La clientela iba aumentando día a día. Al principio trabajaba sola; el trabajo me dejaba anquilada; en el día tenía que atender a la clientela y no podía hacer nada. En la noche dejaba una mesa preparada con los sombreros que tenía que confeccionar y al día siguiente a las cinco de la mañana encendía la luz que estaba en mi velador y me ponía a trabajar.

El trabajo en moda es lucrativo, sin duda alguna. La vanidad en la mujer ha reinado desde el principio del mundo. El afán de embellecerse las hace vanas y frívolas, de espíritu pequeño y egoísta, a tal extremo que no permiten que las modistas repitan el modelo de sus trajes y sombreros para otras. A las que nos dedicamos a este arte nos sirve de enseñanza para conocer hasta dónde llega la vanidad de las mujeres. Lo material las domina, no dejando penetrar en sus almas lo espiritual; se olvidan de las potencias del alma, fe, esperanza y caridad; cultivan las del cuerpo, mundo, demonio y carne, convirtiéndose en idólatras de ellas mismas. Felizmente hay mujeres de alma superior. A estas no las subyugan las vanidades, se visten con discreción y gusto, no pretenden competir con sus amigas, ni les importa que éstas imiten sus trajes, por el contrario manifiestan gusto en facilitar a otras el mismo modelo. Esas almas son superiores, no les preocupa lo mundano, dedican su tiempo a practicar virtudes que nos enseña el Santo Evangelio de Cristo, ejercen la caridad para con el desvalido, procurando hacerle más llevadero el infortunio. Dedicarse a visitar la humilde vivienda del pobre e igualmente de las familias vergonzantes. Estas son las que más sufren, porque no pueden estirar su mano para pedir la limosna; su trabajo les proporciona escasamente la comida. La mujer que dedica sus mejores años en remediar la miseria de sus semejantes, es labo-

riosa, nada le arredra, busca por todos los medios posibles los fondos para socorrer al necesitado. Muchas de estas sublimes mujeres carecen de fortuna, pero no les importa de ir de puerta en puerta pidiendo para el pobre. Las que poseen bienes de fortuna son generosas y nobles; de algunas he sabido que no teniendo dinero por el momento, se han desprendido de una prenda de valor para venderla o rifarla a favor del pobre. Desgraciadamente, éstas son las menos; prevalece la vanidad en la mayoría. Muy sabido es que la masonería es la que dirige las modas; esos grandes modistos inventan cada día atrevidas y escandalosas modas; todo su afán es despertar los sentidos. ¿Hasta dónde llegarán? Está probado que son ellos los causantes de la desmoralización de la mujer.

El trabajo a que recurrí no era de mi agrado; traté de ocuparme en algún empleo fiscal; hice varias gestiones; primero me dirigí al Ministro de Instrucción Pública, a fin de conseguir un puesto de Visitadora, porque había una sola para el norte y sur, demasiado trabajo para una sola persona; Teresa Prats de Sarratea era la única. Traté de este asunto con Altamirano que era el Secretario, hijo de don Eulogio, a quien tuve el gusto de conocer desde niña por la antigua amistad que tuvo con mis padres. El joven Altamirano sintió no poder satisfacer mi pedido, por cuanto los presupuestos ya estaban aprobados; dióme esperanzas para el año siguiente; me dijo que se había pensado crear otro puesto de Visitadora para el año próximo, prometiéndome que me lo daría. Tenía que esperar un año, que dada mi situación era demasiado.

Ese mismo día me fuí a la Caja de Ahorros, hablé con don Luis Barros, díjome que sentía no poder atender mi pedido por no haber ninguna vacante. Por este motivo resolví continuar mi trabajo en sombreros sin volverme a preocupar de empleos. En los primeros meses de mi trabajo llegó a casa Ismael Pereira, venía acompañado de su bellísima y buena esposa Luz Lyon. Muy contento me dijo: “Carmelita, vengo a poner en tus manos el puesto

de Agente de la Caja de Ahorros de Rengo; trescientos pesos mensuales, casa, agua potable, luz y otra ventaja más para tí, como nuestro fundo queda cerca, te apeararía la despensa, poco tendrás que gastar para vivir". Agradable mucho su bondad; antes de contestarle tenía que consultarle con mi madre que en ese momento no estaba en casa. Quedó de volver al día siguiente a saber mi respuesta. En cuanto llegó mi madre le referí el ofrecimiento que acababan de hacerme, su semblante se puso triste, por lo que comprendí que no le había gustado: "Madrecita, le dije, de ningún modo lo acepto si usted no quiere salir de Santiago." Tal vez ella pensó en el nieto que quedaría nuevamente sin hogar. Por todos estos motivos no acepté el puesto, habiendo quedado muy agradecida a la solicitud de mis amigos.

Cuando me resolví a trabajar en sombreros, lo supo María Luisa Mac Clure de Edwards y fué a verme con Adela de Salas en su regio auto. Me imaginé que vendrían a mandarme a arreglar sus sombreros; pero después de saludarme me dijeron el objeto que las llevaba y era que si no quería que supieran que trabajaba, ellas podían vender mi trabajo en una tienda que se había inaugurado para las señoras que no querían se supiera que trabajaban. Mi contestación fué esta: "Muy agradecida quédole María L., a su ofrecimiento, pero no lo acepto, porque me gusta que todos sepan que vivo de mi trabajo". Al oír mi contestación su hija Adela, se levanta de su asiento con los brazos abiertos y me dice: "La felicito, porque yo pienso lo mismo que usted. ¡Cómo se conoce que por nuestras venas corre sangre inglesa!"

Tuve un gran éxito en mi trabajo, busqué operarias, a las primeras tuve que enseñarles yo misma. En esa época tenía que hacer hormas de tela alambradas, colocar el género; era verdaderamente un trabajo de modista. Por la noche revisaba lo que habían hecho las operarias y ¡cuántas veces tenía que deshacer el trabajo mal hecho! Cuesta conseguir hacerse de buenas operarias. Esta indus-

tria sombreril de señoras requiere mucho arte, esto no se aprende, nace con la persona. Cuando se declaró la gran guerra en 1914, principiaba mi trabajo que se presentó con suerte. Además del trabajo de los sombreros, un buen amigo, Julio Pereira, me recomendó a un señor amigo suyo para que me diera a consignación una partida de trajes de lujo que recientemente recibía de París, encargo que le hacía una amiga, inglesa distinguida, que había sufrido un quebranto en su fortuna y que trabajaba en ese comercio. La proverbial bondad del señor Gustavo Walker, a quien remitió la mercadería la señora inglesa, no trepidó en satisfacer a su amigo Julio Pereira, indicándole que me diera esa comisión a mí. Propúscome Julio este negocio y lo acepté. Todos los trajes de soirée, de tarde, y de baile, salto de cama, batas y mil accesorios elegantes y de gusto, todo esto fué escogido por Eugenia Huici de Errázuriz, el non plus ultra de nuestras mujeres bellas y de gusto, que reside en París largos años y muy amiga de la señora inglesa y que se prestó para elegir los trajes, según el gusto de las chilenas. Gran aceptación tuvo lo recibido; todo es cuestión de arte y de estudiar la fisonomía de las clientes, buscando el adorno que concuerda con su tipo. Este es el principal factor; depende también del arte de saber llevarlos con coquetería y gracia. Hay que estudiar la línea de cada mujer.

Cinco años permanecí en la casa de la calle Cienfuegos. Desgraciadamente acaeció la muerte de mi querida Mercedes Ignacia que legaba la casa a un sobrino de mi padrino. Pena grande fué para nosotras tener que cambiar de casa. Por suerte se nos presentó una cercana a la que dejábamos, situada en la Avenida Brasil entre Moneda y Santa Mónica; esta era más grande, pero el canon mucho más subido. Agrandé el taller, podía tener más operarias, ya fueron siete. El negocio de los sombreros iba, pues muy bien; no así el otro de la señora inglesa, que por la gran guerra de 1914, tuvo que paralizarse.

La casa de Avenida Brasil la arrendé sin contrato,

porque el dueño no lo aceptó, valiéndose de este motivo para subir el canon año por año; de modo que el primer año pagué doscientos veinte pesos mensuales, el segundo trescientos y los demás años cuatrocientos treinta pesos. Siguió marchando bien el negocio; como los gastos aumentaron el doble, las ganancias disminuyeron. Mientras permanecí en Cienfuegos, reuní buenas economías que invertí en la compra de una propiedad en los alrededores de Santiago, situada en la calle Sucre entre Pedro de Valdivia y esquina de Villaseca. Se puede decir que la edifiqué de nuevo cómoda y confortable. Todas las mañanas, muy de madrugada iba a vigilar el trabajo; un buen mayordomo, entendido en edificios, se encargó de la construcción. Antes del año quedó concluída la casa con una quinta agradable por sus añosos y grandes árboles frutales que había en ella desde años atrás; como ser dos grandes paltos, un frondoso nogal, magníficos cerezos, perales, ciruelos, nísperos y un buen parrón. También había jardincito con flores escogidas. Grande entusiasmo tuve con la casa quinta; deseaba vivir en ella sin abandonar el negocio, que se instalaría en el centro, regentado por una operaria de toda mi confianza; el taller se instalaría en la quinta. No fué posible realizar este deseo; mi madre sentía quedar tan lejos de la ciudad; era muy salesiana; todo su gusto era ir donde su María Auxiliadora; ayudábale a los padres, haciendo objetos prolijos para las rifas del Catecismo; era tan ingeniosa que de los pedazos de las telas que sobraban, sacaba partido, haciendo almohadillas, carteras, cojines, etc. Y cómo gozaba cuando mandaba sus trabajos a los buenos padres; no teniendo dinero cómo ayudarles, lo hacía con sus industriosos trabajitos. Viendo la pena que sufriría viviendo tan alejada de su querido Convento, arrendé la casa quinta, sintiendo no vivir en ella. Me habría gustado tanto gozar de mi trabajo. No era posible contrariar a mi santa madre. El deber de una hija es acatar la voluntad de su madre dándole gusto en todo lo

que uno pueda. ¡Qué de sacrificios hacen ellas por sus hijos! ¡mujeres subimes! Jamás los hijos llegarán a pagarle lo que una madre hace por ellos.

El negocio iba agrandándose y la clientela iba en aumento. Resolví encargarme directamente a París los materiales para confeccionar los sombreros; dirigíme a las mejores casas y fábricas de moda que surten el comercio de otras naciones. Fantasías de plumas de diferentes tipos, desde el avestruz, aigretes de garza, aves del paraíso, pajaritos de diversos colores y gran diversidad de fantasías en trabajos de plumas e igualmente flores y adornos de estrás. Todo lo que recibía era de gran novedad; en cintas me enviaban grandes remesas, de todos los anchos y calidad. En muchas ocasiones vendía al comercio y a algunas modistas parte de la mercadería.

A fines de diciembre de 1918 fué el cambio de casa a la Avenida Brasil. A mediados de enero de 1919, presentóseme una consignación de trajes y de varios artículos de refinado buen gusto para nuestro mundo elegante. Esta fué más grande que la que tuve en la calle Cienfuegos.

Unos señores chilenos que residían en París eran los dueños del negocio y se dirigieron a mí para que me hiciera cargo de la venta, la cual tuvo gran éxito. Por cuenta de sus dueños llevé la mercadería a Viña del Mar; me instalé en el Hotel France durante un mes, llevé conmigo una buena secretaria, la señorita María Bichón, niña joven y agraciada que me secundó en este trabajo.

Provista de tarjetas con el pomposo nombre de una modista francesa Madame Liliane, las repartí a todo el mundo elegante de esas playas y aun de Valparaíso. Diariamente se veían defilar por el Hotel a las damas entusiasmadas por ver las novedades que venían de las mejores casas de París. Las había de Jenie, Calot, Paton, los trajes sastres de Bernard de fama mundial; tapados de invierno, de media estación y de verano, bolsas de mostacilla, carteras de gamuza, quitasoles y en fin un sinnúmero de artículos femeninos de exquisita elegancia. Las primeras señoras

que llegaban al Hotel preguntaban por madame Liliane. Les decía: Yo vengo en representación de esta famosa modista. Todas se sorprendían y sentían no ver a la verdadera Madame. La mayor parte de las señoras eran conocidas y amigas mías. Las primeras que hicieron compras de lindísimos trajes y objetos que les presentaba fueron María Edwards de Errázuriz, Violeta Cousiño Lyon, Isabel Bunster de Sánchez, las familias García Moreno, Walker Linares, La Baronesa de Lagatinerie, que fué mimada por la alta sociedad de Santiago en esa época por su espléndida belleza. Las señoras gastaban como nada siete u ocho mil pesos en la compra de trajes, carteras y demás objetos de moda. Victoriosa salió Madame Liliane en la batalla que libró para la venta de las modas femeninas. Fué la primera que llegó al Hotel, el que a los pocos días principió a fenarse de las mejores modistas francesas de Santiago y de Valparaíso, entre otras Madame Gualtieri, Pouget, Baudín y la Philo de Valparaíso. Todas pusieron carteles en las puertas de sus habitaciones anunciando las novedades de la moda. Yo no avisé por cartel ni por publicación en los diarios, sólo se repartieron tarjetas. Al día siguiente llegó un empleado de la Municipalidad a cobrar la contribución de ventas, que tuvieron que pagar todas, menos yo, pues alegué que estaba en mi casa y que mi venta era privada; hallóme razón el empleado y no insistió. Esto contrarió a las demás modistas. Manifestaron su disgusto y decían que no era justo que una chilena las pospusiera en sus negocios. Gracias a Dios, no soy egoísta, hallo este defecto como falta de nobleza, siempre que se presentaba la ocasión las recomendaba a las señoras que iban a mi negocio; traté de ganármelas en esa forma. Una de ellas, la Philo, se fué a los pocos días y me dijo: “Señora Smith, usted me echa y ha venido a echarnos por tierra a todas nosotras”.

Teniendo que regresar a Santiago por el trabajo de los sombreros de invierno y como quedaba algo de mercadería, le sugerí al joven encargado de ella que se la diera

a la Gregoria; le pareció bien mi idea y quedó ella encargada de la venta. Llegué a Santiago a fines de febrero a preparar los sombreros de invierno, había que presentar la exposición de invierno a más tardar en abril o mayo. Había dejado el trabajo en enero; el tiempo apremiaba y tuve que buscar una buena preparadora, la señora de Gaillen prestóme sus buenos servicios. El trabajo de los sombreros era muy complicado; todo se hacía a mano, nada de fábrica, desde la horma de tela que se confeccionaba en la cabeza de la cliente, hasta cubrirla de terciopelo, género de seda o de gamuza de subido precio. Las cloches de fieltro o paño no se conocían; éstas son modernas; han venido a perjudicar el trabajo de las modistas.

Siguieron presentándoseme consignaciones que venían de diferentes personas, señoras que se dedicaban a hacer encargos a Europa y que preferían que yo me hiciera cargo de ellos para su venta. Después llegó el joven dueño del negocio que llevé a Viña. No se avino con la modista y me pidió que siguiera realizando la mercadería en mi casa. Todo lo que me daban a consignación se vendía.

Nunca faltan motivos de desagrados en los negocios; en Chile, desgraciadamente, se sufre de una enfermedad que se hace endémica y que se llama cleptomanía, la que no priva de libertad al enfermo. Anda por donde quiere, se introduce de preferencia en el comercio y ¡qué suerte tiene el cleptómano! Hace su manipuleo sin que nadie se aperciba; tuve que sufrir los efectos de esta epidemia, por la desaparición de varios trajes y objetos de valor que tenía a consignación. Yo era la víctima, pagaba por mi cuenta las especies robadas; tuve que hacerlo para conservar mi crédito. Cuando tenía que dar cuenta de lo robado, me valía de este subterfugio, les decía que había vendido a dos meses plazo esos trajes, siendo seguro su pago, por cuanto el cliente era persona conocida. En la calle Cienfuegos no sufrí estos percances. Entre pérdidas y robos subió la

cuenta a diez mil pesos. Si esto sucedía en un comercio reducido como el mío, cuánto perdería el gran comercio. El negocio seguía más o menos bien, a pesar de las pérdidas sufridas; nunca faltaban las consignaciones. Como la experiencia enseña, se puso gran vigilancia para evitar los manuleos de las cleptomanas.

En 1920, por las convulsiones políticas, hubo una pequeña paralización en los negocios que por suerte no fué de duración. Volvieron después estas convulsiones y trajeron la desconfianza tan perjudicial para el comercio. Estuvimos sobre un volcán pronto a estallar, manteniendo los ánimos en continua zozobra; diariamente desfilaban por las calles de la capital turbas de hue'guistas; hombres y mujeres marchaban provistos de palos, fierros viejos y otros instrumentos siniestros acompañados de trapos rojos; profirían groseros insultos contra la oligarquía. Algunos años duró esta insegura situación; tan grave fué, que causó la caída del Presidente Alessandri. Le sucedió la famosa Junta de Gobierno, por la cual desfilaron marinos y militares peleándose el poder entre ellos. Vinieron nuevas intranquilidades: no pudiéndose entender, llamaron nuevamente a Alessandri que estaba en París, rogándole que viniera a hacerse cargo del Gobierno hasta terminar su período. (No se hizo esperar la contestación; ella decía que estaba pronto para volver a la Moneda, siempre que estuviera desalojada de militares, pues no quería gobernar con ellos. Se le contestó aceptando la condición. Alessandri no debió haber puesto un pie en Chile sin haber tenido antes la completa seguridad del retiro absoluto de los militares del Gobierno. Poco previsor estuvo Alessandri; en estos casos hay que desconfiar de todo el mundo.

En marzo de 1925 volvió a su país; su llegada fué una verdadera apoteosis; de todo Chile vinieron a la capital a esperarlo; las multitudes delirantes lo aclamaban como si hubiera sido un guerrero que llegaba victorioso y lleno de gloria a su patria.

En jamás de los jamases volverá a verse en Chile un recibimiento semejante.

Ni Napoleón Bonaparte habrá sido aclamado por las multitudes con un delirio y júbilo tan desbordante como lo fué Alessandri; más tarde lo dirá la Historia.

En uno de los balcones de la casa de la calle Morandé, esquina de Moneda, donde vivía mi primo Carlos Ru-siño, presencié tan grandiosa apoteosis. Un mar humano desfilaba por la Plazuela de la Moneda y las calles adya-centes esperando la llegada del que creían su salvador. Al bajar del coche fué levantado en alto y conducido en triunfo a la Moneda, como lo hacían en otra época los ro-manos con sus Césares. Subió al balcón saludando a las multitudes que con gritos de júbilo correspondían a sus saludos; el Presidente abría sus brazos constantemente, como indicando que quería estrecharlos a todos. Fué tal el frenesí del pueblo que arrojaban lejos los sombreros, los pañuelos ondeaban por el aire. Pidieron que saliera al balcón la distinguida esposa del Presidente. En ese mo-mento, Rosa Ester no se hallaba en la Moneda; de la Estación se había ido a ver a su hija Marta que estaba enferma. Era de noche, serían como las diez, el Presidente sale al balcón abrazado de su esposa; no hay palabra para describir el entusiasmo del pueblo.

Para contentar al pueblo, Alessandri había llamado a Inés Echeverría de Larraín y salió abrazado con ella al balcón; no se le vió la cara porque los brazos del Presi-dente se la ocultaban y el pueblo creyó que era Rosa Ester.

Desgraciadamente no le cumplieron lo que él pidió; tuvo que gobernar con militares, sucedió lo que tenía que suceder; dejó el mando antes de concluir su período y don Luis Barros Borgoño lo substituyó. La situación iba siendo cada vez más difícil, hasta que se presentaron los candida-tos a la Presidencia: estos fueron José Santos Salas, lle-vado por los radicales y Emiliano Figueroa por los conser-

vadores y liberales. La lucha se presentó por demás reñida; el candidato popular era Salas y el pueblo quería sacarlo a toda costa; andaban con grandes carteles con las promesas que le hacía su candidato, a cual de todas más lisonjeras; tarde y mañana recorrían las calles viviendo a su candidato. La efervescencia no terminó hasta que triunfó el partido del orden, es decir el partido conservador liberal. El día antes de la elección, una turba de salistas paseó por las calles de Santiago, llevando en una picota la cabeza de Emiliano Figueroa con un gran sombrero de pelo y un puro en la boca. ¡Verdadera parodia de la revolución francesa!

La Presidencia de Emiliano Figueroa comenzó serena y tranquila; hombre de buen carácter no fué luchador; no tenía ambiciones, fué llevado al poder, no porque él lo hubiera deseado. Un día a las dos de la mañana llegan unos amigos al Club de la Unión diciéndole: “Eres el candidato a la Presidencia del partido conservador liberal”. Desde el primer momento se negó a admitir la candidatura; sus amigos lo convencieron diciéndole que él podía salvar la crítica situación en que se hallaba la patria. No hubo más remedio que aceptar. ¡Tan hábil Emiliano! “Si voy a la Presidencia, viviré en mi casa. Su casa habitación estaba en calle Moneda entre Brasil y Fontecilla. Todas las tardes pasaba en una victoria de posta de vuelta de la Moneda a su casa. Corta fué la Presidencia de Emiliano; los militares le tomaron el gusto al poder, trabajaron tenazmente y no descansaron hasta darle la zancadilla, haciendo salir al Presidente de la Corte Suprema, don Javier Angel Figueroa, su hermano, por lo cual se vió obligado a retirarse y a dimitir el mando. Al Ministro del Interior, Coronel Carlos Ibáñez Campos le correspondió asumir la Presidencia. ¡Era toda su ambición, todo su sueño dorado! Mamióbró hasta conseguir terciar la banda tricolor. ¡Pobre Chile!

Fecha dolorosa fué para mí el 8 de junio de 1925. Mi santa madre cae enferma sufriendo un fuerte resfrío que desgraciadamente le ocasionó una bronconeumonía. El médico que la atendió con solicitud y cariño fué el doctor del Sol; se hizo lo humanamente posible por salvar la preciosa vida de esa santa y sublime mujer. Se hallaba próxima a cumplir ochenta y ocho años. A pesar de su edad avanzada sus facultades intelectuales eran las de una joven. ¡Qué memoria más prodigiosa! Tenía una viveza de ingenio sorprendente y suma agilidad en todo. Poseía una alma de niño. Hasta sus últimos años conservó el gusto por la lectura y la música; prefería las melodías tristes; tocaba con tanta alma y sentimiento que muchas veces llorábamos al oirla. Ella supo soportar con resignación los acerbos sufrimientos con que Dios la probó. Guardó siempre en su alma el recuerdo de sus pesares, los cuales revivía al tocar la música que le pedía el artista



Señora Rosaura Canales de Smith.

cando estaba con la paleta y sus pinceles pronto a ejecutar en el lienzo un poema. Sus libros preferidos eran el Manual de la Sólida Piedad, Año Cristiano, Santa Mónica, La Vida de San Francisco de Sales, San Alfonso María de Liguorio, El Kempis, Los Santos Evangelios, El Manuscrito de mi Madre de Lamartine, Mis Prisiones de Silvio Pellico, La Mujer de Severo Catalina, etc. De todas las buenas lecturas sacaba una enseñanza moralizadora.

Su gravedad nunca se reveló, porque su ánimo era inalterable; de espíritu sociable, lo que demostraba siempre que sus amigas iban a verla, las hacía entrar a su pieza y conversaba con todas. Cuando llegó su confesor la dejamos sola con él; fué tan rápida la confesión que le dijimos al Padre “¡Ay, no se confesó?” Nos contestó: “De qué se va a confesar? Esa santa no ha pecado en su vida”. Jamás se me borrará de mi memoria cómo se preparó para recibir los Santos Sacramentos. La extremaunción la recibió luego de haberse confesado constestando a todo con su voz firme y llena de unción. Al día siguiente, 7 de julio, recibió la Santa Comunión. La noche antes se preparó cantando el Corazón Santo, en su tenue voz puso toda su alma; nos hizo llorar a los que la velábamos. Cuando llegó el cura de Santa Ana con el Santo Viático, ella lo esperaba erguida en su cama; pidió hasta un velo para cubrir su cabeza. ¡Tanta veneración tenía por todos los actos de religión!

Vivió todo ese día, conservó su sano juicio hasta el fin. A cada momento se le ponían inyecciones, con la esperanza de salvarla, no quedó nada por hacer, nunca se quejó, lo único que me decía, cuando se acercaba la enfermera con la aguja: “Carmelita, defiéndeme”. Yo le decía: Madrecita, usted que ha sufrido con tanta resignación en su vida ofrézcale a Dios este sufrimiento material, pensando que este remedio la sanará”. Con santa resignación se dejaba clavar. La virtud de la esperanza hace ilusa a la gente; creía con fe que Dios me la conservaría por algunos años más. Pocos días antes de enfer-

marse me había dicho: "Hijita, mucho le ruego a Dios que si he de perder la memoria, me lleve antes, no quiero darte esa pena de que me veas convertida en un ente. Nó, no quiero hacerte sufrir". Le contesté, ni por broma diga eso viejecita querida. Nunca perderá su memoria; confíe en su Padre Eterno.

Esa fué la gran devoción de mi madre, se arrimaba al tronco para apoyarse mejor. ¡Alma grande de mujer! Sabiendo que la Fitina es buena para la memoria, le traje una caja de cápsulas, las recibió con mucho gusto y las tomó todas. Nueve días duró enferma. El **miércoles 8 de julio**, a las 9 menos cuarto, la creía dormida, abrió sus ojos miró hacia arriba y con una alegría que los iluminó dijo fuerte: Ya está y se sonrió. La abracé preguntándole qué era lo que veía, no me contestó, cerró sus ojos para no abrirlos más. No podía convencerme de que había partido; imaginábame que seguía durmiendo. Ella había volado al cielo pero el egoísmo humano quería que volviese a la tierra. El dolor más acerbo que se sufre en la vida es presenciar la muerte de su santa madre. Con la muerte de ella todo acabó para su hija Carmen.

Hace años que partió, aun la lloro; su recuerdo ama-
nece diariamente acompañado de las lágrimas. Estas me consuelan, porque la veo en el cielo, la invoco en mis oraciones; las dos madres son invocadas a la vez, la del Cielo y la que me dió el ser. ¡Cuántas veces miro al Cielo, imaginándome que traspasando la bóveda celeste, la voy a ver con la aureola de gloria con que Dios la coronó.

Mi negocio siguió marchando sin entusiasmo. No había aliciente en la vida para mí; faltábame el principal elemento que me impulsaba al trabajo, ¡mi madre! Todo lo que ambicionaba era endulzarle la vida y que en sus últimos años nada le faltara, viviendo del trabajo de su única hija.

¡Qué triste es la vida cuando se ve desaparecer los seres más queridos! Primero se fué mi hermana **Victoria**, aun no hacía un año de su muerte la sigue Manuel en 1900,



dieciocho años más tarde Salvador, el mayor que luchó mucho en la vida. Hombre inteligente, de gran ingenio, escritor insigne, orador y artista, inició varias empresas, desgraciadamente sin resultados. Salvador contrajo matrimonio con una señorita chillaneja Ercilia Penroz Bravo, fijó su residencia en Chillán. A los dos años de casado, en 1891, lo nombró Balmaceda Secretario de la Le-



Don Salvador Smith C.

gación de Chile en Colombia, con tan mala suerte que al llegar a su destino cayó Balmaceda y Salvador, no pudiendo volver a Chile, siguió viaje a Europa. Iba con su familia; su primera hijita Delia tenía apenas cuatro meses.

Cerraré este paréntesis que ha brotado desde el fondo de mi alma, como postrera despedida y pasaré a tratar muy someramente de los principales acontecimientos ocurridos desde la usurpación del poder por los militares hasta nuestros días. Digo usurpación, porque en realidad todo ha sido obra de la fuerza; las instituciones armadas, desentendiéndose de todo sentimiento de dignidad y de su noble misión, se mezclaron en la política de nuestro país, desalojando y obligando a retirarse a los jefes pundonorosos que habían mantenido a nuestro Ejército y Marina en un pie de orden y disciplina, que constituían nuestro orgullo. El militarismo jamás ha formado estadistas y por lo tanto buenos gobernantes. Ni Napoleón Bonaparte, con su gran genio, que todo lo abarcaba, pudo desentenderse de esos arranques de la fuerza bruta, y si fué un gran guerrero, careció en cambio de las condiciones de estadista, cuya misión principal es propender al bienestar y felicidad de los pueblos. El militarismo no tiene otra misión que el resguardo del orden e integridad territorial, para lo cual tiene que desarrollarse dentro de un marco rígido y severo, en un marco de hierro, que no le permita propender a otras iniciativas y actividades que no le incumben, y que conducen fatalmente a un fracaso inevitable.

Más justicia y caridad y menos predominio de la fuerza bruta que trae como consecuencia el auge del militarismo, debe ser el objetivo de todos los pueblos civilizados, pues de otra manera no habrá felicidad y el reinado del egoísmo será indestructible.

Todo Gobierno que se basa en la fuerza armada para poder subsistir, tiene que ser forzosamente malo; la tranquilidad y el orden serán sólo aparentes, ficticios, mientras que en el fondo, en el corazón de las multitudes hierve el malestar, como la lava de un volcán, pronto a desbordarse, engendrando el odio y haciendo más sensible y más odiosa la condición humana, cuando no hay caridad sino egoísmo, de opresores y oprimidos.

La administración militar de Ibáñez fué verdaderamente desgraciada; pasará a la historia con el infamante epíteto de dictadura como actualmente es calificada. Si dejó algunas obras que perdurarán, en cambio no tuvieron límite el derroche y el desbarajuste, cuyas consecuencias están sufriendo las clases menesterosas, y no se sabe, ni es fácil predecir, qué proyecciones puedan tener más tarde.

Nunca se vió más lujo y más insolencia en los militares, de tal modo que de venerados y queridos que eran antes, pasaron a ser aborrecidos y despreciados. De ahí el gran estallido del sentimiento nacional, todo el mundo se puso de pie resuelto a morir y sin más armas que el desprecio a la vida se opusieron al Gobierno de Ibáñez, en forma que el dictador no tuvo más remedio que dejar la Presidencia y huir del país.

Terminaré mis memorias con las últimas incidencias gubernativas. A Ibáñez sucedió don Juan Esteban Montero por elección popular, triunfó por inmensa mayoría sobre su contendor señor Alessandri. Hombre de su hogar, de su profesión, tranquilo, de una honradez a toda prueba, y de muy buenas intenciones, no fué acompañado por gran parte de sus correligionarios, los radicales: ni su carácter se avino a ese ambiente malsano y caldeado por las ambiciones y pasiones humanas.

La Aviación y un Regimiento del Ejército asaltaron la Moneda, hicieron salir de la Presidencia a Montero y colocaron en su lugar al Comodoro del Aire Marmaduke Grove. Una semana duró el desconcertante Gobierno de Grove y sus secuaces. El ambicioso Carlos Dávila lo derribó sin dejarlo levantarse. Si obras mal no esperes bien, Dávila se afirmó en su gobierno y con un desenfado sin igual principió a dictar por cientos los decretos leyes que aún están en vigencia. Algunos dicen que este ciudadano afortunado fué dirigido por un hombre audaz, de

gran inteligencia y muy conocedor de los resortes políticos y negocios de la nación.

Refiérese una ocurrencia muy divertida de ese tiempo y que indudablemente envuelve una sátira acerca de la devaluación rápida de nuestra moneda. En una de las salas del Ministerio de Hacienda, dicen que hay un cóndor diseado que ostenta en el pieo una moneda de oro. Ministro de Hacienda era don Enrique Zañartu Prieto, que ha sido siempre muy papelero. Alguien puso bajo la co'a del cóndor un papel en que se hallaba escrito lo que sigue:

“Pájaro infiel, que te alimentas con oro y C. g. s. pape!”.

Llevaron este papel al Ministro, quien celebró mucho la ocurrencia y ofreció premiar al autor con la suma de 500 pesos, ofrecimiento que circuló por todas las oficinas del Ministerio.

Al día siguiente apareció otro papel en que decía: “Tentadora es la oferta; pero dime ¿con qué pagas? Con lo que comes o con lo que C....?”.

A pesar de todo se levantó una corriente en contra de Dávila, que fué derrocado teniendo que salir entre gallos y media noche, del país.

Volvieron las Juntas de Gobierno que permanecieron hasta la elección del actual Presidente. Tres fueron los candidatos: Rodríguez de la Sotta, por el Partido Conservador; Enrique Zañartu Prieto, por el Liberal y Arturo Alessandri, por las izquierdas. A última hora se presentó Grove que estaba desterrado, por los Socialistas y Comunistas. Triunfó por inmensa mayoría el señor Alessandri, subiendo por tercera vez al solio Presidencial.

Los chilenos esperamos confiados que concluya su período con gloria para él y bienestar para la nación, e infundirá en el corazón de sus conciudadanos este dilema: La unión hace la fuerza.

Todas las mujeres de Chile, agradecidas por los bienes recibidos de su Presidente, unirán sus plegarias al Espíritu Santo para que lo ilumine, le dé valor y fuerza y pueda continuar inalterable su misión reconstructora.

¡Loado sea Dios!

FIN

SANTIAGO DE CHILE
IMPRESA "EL IMPARCIAL"

San Diego 67

1936



CASA EDITORA

